BIBLIOTECA DEL HOMBRE CONTEMPO

1 — C. G. Jung: *Conflictos del alma infantil.*
2 — K. Horney: *La personalidad neurótica de nuestro tiempo.*
3 — W. Hollitscher: *Introducción al psicoanálisis.*
4 — F. Künkel y R. E. Dickerson: *La formación del carácter.*
5 — J. Rumney y J. Maier: *Sociología. La ciencia de la sociedad.*
6 — A. Adler: *Guiando al niño.*
7 — E. Fromm: *El miedo a la libertad.*
8 — A. N. Whitehead: *Los fines de la educación.*
9 — C. G. Jung: *Psicología y educación.*
10 — E. Fromm: *El arte de amar.*
11 — V. Klein: *El carácter femenino.*
12 — A. Freud: *Introducción al psicoanálisis para educadores.*
13 — B. Malinowski: *Estudios de psicología primitiva.*
14 — B. Russell: *Análisis del espíritu.*
15 — G. Highet: *El arte de enseñar.*
16 — L. Klages: *Los fundamentos de la caracterología.*
17 — E. Jones y otros: *Sociedad, cultura y psicoanálisis de hoy.*
18 — M. Klein y otros: *Psicología infantil y psicoanálisis de hoy.*
19 — F. Alexander, A. A. Brill y otros: *Neurosis, sexualidad y psicoanálisis de hoy.*
20 — F. Dunbar y otros: *Medicina psicosomática y psicoanálisis de hoy.*
21 — P. Schilder y otros: *Psiquiatría y psicoanálisis de hoy.*
22 — W. McDougall: *Introducción a la psicología.*
23 — G. Palmade: *La caracterología.*
24 — M. Reuchlin: *Historia de la psicología.*
25 — G. Viaud: *La inteligencia.*
26 — D. Lagache: *El psicoanálisis.*
27 — M. Mégret: *La guerra psicológica.*
28 — H. Baruk: *Las terapéuticas psiquiátricas*
29 — P. Chauchard: *La medicina psicosomática.*
30 — P. Pichot: *Los tests mentales.*
31 — J. Maisonn *social.*
32 — J. C. Filloux: *Ps los animales.*
33 — G. Palmade: *La ca.*
34 — R. Binois: *La psic cada.*
35 — J. Chazal: *La infa cuente.*
36 — M. Abeloos: *El crec.*
37 — P. Chauchard: *La del cerebro.*
38 — J. Delay: *La psico humana.*
39 — P. Chauchard: *La*
40 — P. H. Maucorps: *militar.*
41 — P. Chauchard: *Fis la conciencia.*
42 — E. Baumgardt: *Lo nes en el animal*
43 — F. Grégoire: *El*
44 — P. Chauchard: *El mano.*
45 — H. Piéron: *La s*
46 — J. C. Filloux: *El*
47 — A. Bal: *La ate enfermedades.*
48 — R. S. Woodworth man y otros: *Ps namicas y factoria*
49 — Y. Castellan: *La me ca.*
50 — R. Suaudeau: *Los na todos de educación fís*
51 — H. Delacroix y otros: *logía del lenguaje.*
52 — K. B. Mayer: *Clase y dad.*
53 — E. Nottingham: *Sociolo la religión.*
54 — E. Chinoy: *Introducció sociología.*
55 — G. Simpson: *El hombre sociedad.*
56 — J. Bram: *Lenguaje y dad.*
57 — G. de Ruggiero: *Po democracia.*
58 — J. Dewey: *El hombre problemas.*
59 — C. C. Jung: *Psicologia ligión.*
60 — C. G. Jung: *Energétic quica y esencia del sue*
61 — M. S. Olmsted: *El grupo.*
62 — D. H. Wrong: *La pol*

(Continúa en la página 231)

VOLUMEN

22

WILLIAM McDOUGALL

INTRODUCCIÓN A LA PSICOLOGÍA

Estudio de la conducta

Prólogo y traducción del
DR. HORACIO RIMOLDI

EDITORIAL PAIDÓS
BUENOS AIRES

BF131
.P222
1970

Título del original
PSYCHOLOGY, THE STUDY OF BEHAVIOUR

Publicado por
THE HOME UNIVERSITY LIBRARY. OXFORD, INGLATERRA

01-128072

Advertencia

Los editores de esta versión han agregado los sumarios que anteceden a cada capítulo y la bibliografía especial en castellano.

Impreso en la Argentina
(Printed in Argentina)
Queda hecho el depósito que previene la ley Nº 11.723

2ª edición, 1970

Inventario
BC 2021

©
Copyright de todas las ediciones en castellano by
EDITORIAL PAIDÓS
S.A.I.C.F.
Defensa 599
Buenos Aires

BF 217738

INDICE

PRESENTACIÓN DE LA PRIMERA EDICIÓN CASTELLANA, por los editores 7

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN CASTELLANA, Dr. Horacio Rimoldi 9

PREFACIO 13

CAPÍTULO I. — El campo de la psicología 15

CAPÍTULO II. — El estudio de la conciencia 40

CAPÍTULO III. — La estructura de la mente 66

CAPÍTULO IV. — Los métodos y los campos de la psicología 106

CAPÍTULO V. — El estudio del comportamiento animal .. 119

CAPÍTULO VI. — El estudio de la niñez y la psicología individual 151

CAPÍTULO VII. — Psicología anormal 162

CAPÍTULO VIII. — Psicología social 190

BIBLIOGRAFÍA ESPECIAL EN CASTELLANO 209

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

PRESENTACIÓN DE LA PRIMERA EDICIÓN CASTELLANA

El lector hispano-hablante, deseoso de internarse en el campo de la psicología, no disponía hasta ahora sino de unos pocos manuales —Müller, Messer, Von Aster...— *que han prestado en este aspecto valioso servicio. Pero faltábale una obra genuinamente introductoria, que lo guiase, paso a paso, por los intrincados caminos del campo de la psicología y le mostrase con claridad el panorama de sus problemas y de sus perspectivas actuales. Una obra así sólo podía componerla un autor dotado de una cultura psicológica muy amplia y de una mentalidad disciplinada en la enseñanza de esa ciencia.* William McDougall, *prestigioso estudioso de la psicología pura, comparada, social y patológica, de la filosofía, de la sociología y de la etnografía, y renombrado docente en universidades inglesas y norteamericanas, responde cabalmente a esos requisitos, según lo testimonia la presente* Introducción, *que satisface cumplidamente aquella necesidad. Siguiendo este estudio del campo y métodos de la psicología, de la estructura mental, la conducta animal, la psicología del niño, la psicología diferencial, anormal y social, el iniciado obtendrá una adecuada visión de conjunto de esta disciplina, y en virtud de la sencillez didáctica de su exposición, le será dable introducirse en ella sin tropiezos. No obstante ser un verdadero manual de iniciación para quienes se hallan desprovistos de for-*

mación psicológica previa, su densidad, hondura renovación de conceptos —desarrollados por quien h creado una de las escuelas psicológicas contempor neas más destacadas —"Psicología hórmica" o "pr positiva"— hacen de éste un libro igualmente valios para el especialista.

Tras de haber presentado a William McDougal *por primera vez en castellano con la versión de L* batalla del conductismo, *la Editorial Paidós se pl ce en dar esta segunda traslación de una obra d ese autor, con la que al par de entregarle al lecto de nuestra lengua un auxiliar valioso y de real ut lidad, le permitirá alcanzar un mejor conocimient de una de las más grandes figuras de la psicologí del presente.*

LOS EDITORES

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN CASTELLANA

La exposición de una hipótesis científica en forma clara, concisa y vigorosa no es, lamentablemente, una práctica generalizada. Suelen preferirse las disquisiciones interminables, las largas polémicas y una jerga prohibitiva en la esperanza de hacer más y mejor ciencia, lográndose en verdad un resultado opuesto.

Este hecho acaece con una frecuencia alarmante en las publicaciones psicológicas, y por ello es halagador poder presentar al público lector un tratado realizado con toda rigurosidad y sencillez, sin que por ello la calidad científica de los conceptos quede menguada. Además, el hecho de que sólo una escasa proporción del movimiento psicológico moderno se vierta en idioma español, y que no siempre sea ésta la literatura más selecta explica cómo este tratado de William McDougall, *que la Editorial Paidós ofrece siguiendo una reciente pero sólida tradición de bien seleccionadas traducciones, ha de ser recibido auspiciosamente.*

Sin entrar en detalles biográficos innecesarios, diremos que el autor de esta obra es ya un pedestal de la psicología y que aunque sus hipótesis puedan ser objeto de revisiones y polémicas violentas, su pensamiento es un poderoso impulso para la investigación.

El campo de la psicología ha sido explorado, ya burdamente, ya con exquisita precisión, y es un hecho innegable que tanto en esta como en otras

disciplinas en plena formación y búsqueda de futuro, las crisis del pensamiento repercuten con aumentada intensidad y crean situaciones difíciles y azarosas cuya solución sólo puede lograrse con actitudes desinteresadas y sin prejuicios y con una aproximación honesta a los problemas.

El interés que tiene el conocer un hecho psíquico y el desentrañar su enmarañada complejidad ha hecho que esta ciencia haya sido y sea a menudo confundida con un amable pasatiempo. ¿Quién no ha creído hacer psicología al observar un hecho cualquiera del comportamiento y dar una interpretación aparentemente exacta? Otros han tratado sobre la base de abstrusas y complicadas razones metafísicas, introducirse en estudios para los cuales carecían de preparación y entrenamiento. Otros han supuesto que en una explicación en términos fisiológicos se encontraba el oscuro secreto de la actividad psíquica. Y así sucesivamente los ejemplos se multiplican, demostrando que en la esfera de la psicología, tanto profanos como doctos han opinado sobre teorías, hechos y cosas ignoradas con absoluta impunidad.

Un estudio realizado sin las precauciones que requiere toda observación para poder ser científicamente válida, sólo es un acercamiento tangencial al problema central, pudiendo, es verdad, debilitar los controles y al ocurrir así, facilitar nuevas exploraciones, pero sin por ello llegar a interpretar la verdadera esencia de los hechos. No basta la existencia de un conjunto de problemas; es menester también el desarrollo de un método adecuado.

En la gestación de toda ciencia hay mucho de audacia, de cortar con viejas supersticiones y de iniciar con valentía nuevas exploraciones, pudiendo en general hacerse notar que el desarrollo del conocimiento humano ha sido una pugna entre los conservadores del mismo tal cual se transmite, los destructores de falsos ídolos y los creadores de la nueva concepción. A ellos sigue una lenta y pesada tarea de construcción, de acumulación de datos aislados y ulteriormente la realización de una síntesis que, vinculando lo desconectado, puede dar esa visión de conjunto que constituye la teoría científica. La psicología en el momento actual se encuentra en la imperiosa necesidad de realizar esta visión retrospectiva y coordinadora, pues son muchas las direcciones aparentemente divergentes que han tomado las escuelas más importantes. McDougall *representa una de estas tendencias.*

La resultante de éste, un sí es no es contrapunto intelectual, ha sido la de producir una difícil gestación del conocimiento, aclarando el terreno, describiendo, clasificando, limitando y enunciando conclusiones cuya validez ha quedado corroborada tanto empíricamente como a la luz de los conocimientos en otras disciplinas. Así la psicología ha entrado en el campo de las ciencias objetivas, estudiando el comportamiento de los seres, libre de muchas suposiciones gratuitas, siguiendo el pedido cada vez más urgente de la ciencia en general y de la vida de los seres y las sociedades, con unos bizantinismos peligrosos y olvidando toda la rémora que representan ciertos círculos puristas y academizantes cuya influencia sólo fue benéfica en cuanto permitió a los clarividentes superar el fárrago inútil de inútiles fórmulas. La peor manifestación de esta actitud fue la creación de un "dandismo" intelectual negativista y decadente, cuya acción se ha hecho sentir en psicología más que en otras disciplinas, pero que feliz-

mente ha sido tan sólo una postura aparentemente sabia pero en verdad ignorante y narcisista.

No se crea por ello que todos los problemas se han resuelto. Lo cuantioso de la producción psicológica es una demostración palpable de ello.

En la obra que prologamos hay opiniones discutibles, otras que son verdaderos hallazgos y muchas que inician caminos inexplorados. Por otro lado es obvio que ésta, como toda producción científica, lleva el acento particular que le imprime su autor, ese conjunto de condiciones que contribuye a marcar una posición científica determinada, y que en el caso de William McDougall *queda evidenciada desde las primeras páginas de la obra.*

No es nuestro deseo hacer una crítica de este tratado, pero puntualizaremos que la discusión del autor sobre ciertos conceptos, a veces meras palabras, nos parece muy acertada. Aconsejamos al lector leerlo despojándose en lo posible de toda parcialidad. Podrá así apreciar la profundidad de los conceptos emitidos, y el rigor científico y la honestidad con que están expresados. Se comprenderá entonces la gran complejidad que rodea al estudio del hecho psíquico, sus proyecciones, sus aplicaciones y su entrelazamiento con los problemas fundamentales de la ciencia, por ejemplo, el de la influencia del ambiente y de la herencia, tratados tan agudamente por McDougall.

Resumiendo nuestra opinión nos atreveremos a expresar que si bien es cierto que la doctrina de McDougall *tiene sus puntos discutibles, en la lectura de los capítulos que continúan se aprecia la existencia de un germen vigoroso y profundo que ha influido en forma definitiva en el desarrollo de la psicología en las últimas décadas.*

HORACIO RIMOLDI

PREFACIO

¿Qué es la psicología? ¿De qué se ocupa? ¿Cuáles son las preguntas que trata de responder? ¿Cómo cumple con su tarea? ¿Cuáles son sus métodos? ¿Qué progresos ha hecho? ¿Es una ciencia en estado avanzado de desarrollo, o se halla apenas comenzando su evolución, tomando forma definitiva y planeando claramente su programa de trabajo? Pero, sobre todo, ¿qué podemos esperar que ella agregue a nuestra capacidad para comprender la naturaleza del hombre y en qué puede contribuir al bienestar de la humanidad?

Tales son las preguntas que intentaré responder en este libro, tan simplemente como lo permitan las dificultades del tema con la esperanza de que alguno de mis lectores se sienta fascinado por su estudio y estimulado a proseguirlo en una o varias de sus ramas.

W. McD.

CAPÍTULO I

EL CAMPO DE LA PSICOLOGÍA

La delimitación del campo de las ciencias naturales por sus objetos. Conveniencia de una determinación provisional en términos de objetos familiares, diferencias aceptadas y hechos observados. Imperfección de las definiciones corrientes de psicología. El esquema de la historia del concepto del alma como testimonio de la imposibilidad de definir la psicología como ciencia del alma. La psicología como la ciencia de la mente. La psicología como ciencia de la conciencia. La psicología como ciencia positiva de la conducta de los seres vivos. — El propósito o esfuerzo dirigido a un fin como signo de conducta. La conducta: característica de las cosas vivientes. Comportamiento y proceso mecánico. Ejemplos de comportamiento. Casos de comportamiento en orden de complejidad descendente. Procesos del crecimiento corporal animal de tipo finalista. El dominio de los factores mecánicos por una orientación "intencional" como característica de ambas clases de procesos. Ampliación del concepto de actividad intencional: la organización corporal animal y los procesos del crecimiento vegetal. La definición. — Psicología y fisiología. La fisiología como investigación de los procesos de los órganos; la psicología como estudio de las actividades del organismo como un todo. Cambios

mecánicos y cambios intencionales en los objetos materiales. La interpretación mecanicista de la fisiología. La interpretación finalista de la psicología. Dos importantes ventajas de esta definición

La exacta delimitación del campo de cualquiera de las ciencias naturales no es, de manera alguna, tarea sencilla. Al indicar las clases de objetos naturales que estudian las distintas ciencias, las definimos a grandes rasgos y tal vez suficientemente para muchos propósitos. Por ejemplo: decimos que la geología es la ciencia que estudia la corteza terrestre. Pero tal definición no es rigurosa ni completa. La geología se superpone en cierta medida a otras ciencias: a la mineralogía, al examinar las formaciones minerales como parte de dicha corteza; a la biología, al ocuparse de los restos fósiles de los animales y plantas; a la astronomía o la cosmogonía, al investigar la formación de la corteza terrestre.

Existe considerable dificultad en precisar los campos de las diversas ramas de la ciencia, especialmente de aquellas que se ocupan de cosas vivas. Una definición acabada y fiel sólo sería posible poseyendo un conocimiento completo, lo cual, en el momento presente y con referencia a los seres con vida, no ocurre. Así nos es dable apreciar cómo a medida que aumenta nuestro conocimiento deben crearse nuevas ramas de la ciencia de la vida, y cómo nuestra concepción de las relaciones entre las mismas debe sufrir grandes cambios. En consecuencia, parece más acertado determinar provisionalmente los campos de cada una de nuestras ciencias en lo referente a su estado de desarrollo, métodos de estudio y necesidades prácticas, que intentar una definición final y rígida desde el punto de vista

de las clases de objetos con los cuales se vinculan. Además, corresponde definir el campo de una ciencia en términos lo más exentos posible de implicaciones teóricas o especulativas, y que sólo indiquen objetos familiares, diferencias generalmente aceptadas y hechos bien observados.

Si de acuerdo con este criterio examinamos las definiciones corrientes, encontramos que no suelen ser satisfactorias. La palabra psicología se formó con los vocablos griegos "alma" y "ciencia" respectivamente, y se la destinó para significar el estudio del alma o de las almas como una rama científica especial. ¿Pero qué es el alma? Demarcar así el campo de la psicología significa admitir una teoría sobre la constitución de la naturaleza humana que llegó hasta nosotros desde la más remota antigüedad y aún ampliamente sostenida: la de que cada personalidad humana está compuesta de dos partes o principios muy distintos, alma y cuerpo. El alma se concibió como capaz de existir separada del cuerpo material y como prestándole, durante su temporaria unión con él, todas aquellas particularidades que distinguen lo viviente de lo inanimado. En los primeros tiempos se pensó que el alma estaba formada de una sustancia sumamente tenue o sutil, que guarda con el aire tanta relación como la que éste tiene con las sustancias sólidas. Se supuso que este fluido sutil o espíritu penetraba cada parte del cuerpo, y que a pesar de infiltrarse a través de él era una entidad distinta, susceptible de existencia independiente. Muerto el cuerpo, continuaba existiendo y podía aparecer como su réplica esfumada (o fantasma). Y aun durante su vida —en el sueño o en el éxtasis— esta alma fantasmagórica podía separarse por momentos del cuerpo y presentarse en otros sitios.

Platón, el más grande filósofo de la Grecia antigua, rechazó este concepto del alma como etéreo duplicado del cuerpo. La concibió como un ser de naturaleza esencialmente diferente de la de las cosas materiales; como imperceptible para los sentidos y cuya aprehensión sólo es posible por vía intelectual. Enseñó que, no obstante, este ser existe antes y después de su unión con el cuerpo, unión que puede considerarse como un incidente menor en su larga carrera. Aristóteles, el más eminente de los sucesores de Platón, escribió un célebre tratado *Sobre el alma*, generalmente estimado como el primer escrito psicológico de importancia. Rechazó la noción tradicional de alma, conceptuándola más bien como la suma de las funciones vitales; dirigió su atención a las particularidades que distinguen a los seres vivos de las cosas inertes; afirmar que una cosa posee alma representaba para él un medio apropiado de expresar que exhibe todas o algunas de dichas particularidades. En cuanto al problema de si estas funciones son atribuibles a un ser o entidad susceptible de existir en alguna forma tras la disolución del cuerpo, se declaró incapaz de llegar a opinión definida alguna.

Durante la Edad Media los filósofos continuaron discutiendo la naturaleza del alma y sus funciones. La opinión más admitida combinaba las enseñanzas aristotélicas con la concepción platónica, que la consideraba como un ser inmaterial que puede seguir cumpliendo sus funciones independientemente luego de la muerte del cuerpo. Natural consecuencia del predominio de esta opinión fue una tendencia que procuraba atender sobre todo las funciones anímicas más elevadas o puramente intelectuales y que descuidaba en cambio las funciones corporales, a las que —como implicaban la conjunción del alma y del cuerpo— Aristóteles había contemplado como parte significativa de las expresiones del alma-vida.[1] En el siglo XVII esta tendencia culminó con las enseñanzas de Descartes, el fundador de la filosofía moderna, quien declaró audazmente que el cuerpo humano y el animal no difieren del resto de las cosas materiales, pues simplemente son máquinas muy complicadas, cuyo trabajo ha de explicarse por los mismos principios mecánicos que nos permiten comprender los procesos de las otras máquinas. Entre todas las cosas vivientes sólo al hombre le asignó Descartes un alma que exclusivamente ejercía las funciones mentales superiores del pensamiento y de la voluntad.

La definida formulación de la concepción estric-

1 Aristóteles define el alma como "la actualización primera de un cuerpo natural organizado que tiene la vida en potencia" (*De ánima*, 412, c. 27). Para Aristóteles el alma no es una realidad separada del cuerpo, ni tampoco un cuerpo; es "algo del cuerpo", "su quididad", según la cual él es tal o cual ser viviente, y sin la cual no sería más que un puro agregado de materia. Aristóteles distingue en el alma tres partes, si bien no la concibe como un género divisible en especies, sino como una función que contiene tres modos, ordenados jerárquicamente. En su grado más bajo —el más fundamental en consecuencia—, el alma es "vegetativa y generadora": es decir, productora de la nutrición, el crecimiento, la reproducción, etcétera, y por lo tanto común a todos los seres vivos indistintamente. Le sigue el alma "sensitiva", capaz de discernir por la sensación las cualidades de las cosas y de provocar movimientos apropiados según los deseos y las aversiones. Por último, el alma "pensante", o parte "razonante" del alma, o intelecto, caracteriza al hombre y lo distingue de todos los demás seres como ser racional. [E.]

tamente mecanicista de la naturaleza había conducido a Descartes a esta posición; el rápido progreso de las ciencias físicas fortaleció la creencia en su completa suficiencia, y pronto llevó a interrogar: si el animal no es sino una máquina compleja, ¿por qué no considerar al hombre como una de ellas, sólo que de mayor complejidad? Se preguntó además: "¿qué es el alma?", y se respondió: un concepto enteramente ficticio, engendrado por la superstición y mantenido por los sacerdotes con miras de fortalecer su influencia y sostener la autoridad de la Iglesia. Fue así como la valiente especulación cartesiana llevó al materialismo dogmático tan ampliamente aceptado en los siglos XVII y XVIII. Desafiados de este modo a suministrar una base científica para la noción del alma, los filósofos se encontraron ante una gran dificultad. Algunos, como John Locke, recurrieron a la religión revelada como único fundamento seguro para la creencia en el alma. El obispo Berkeley atacó el materialismo impugnando sutilmente la creencia de los hombres en la realidad de las cosas materiales. Pero uno de los más influyentes escritores de aquel tiempo, el gran escéptico escocés David Hume arguyó brillantemente que la existencia del alma no era más que una tradición aceptada sin crítica y que jamás se había dado ni podría darse demostración alguna de su existencia.

De esta manera, en las postrimerías del siglo XVIII, el materialismo y un escepticismo radical parecían ser las únicas alternativas admitidas por la filosofía. En ese estado de cosas surge Manuel Kant, quien ofrece una salida al dilema argumentando que al percibir los objetos materiales sólo podemos conocer su apariencia, y que nuestra con-

cepción del mundo físico se halla en gran parte determinada por nuestra índole mental. Lo que denominamos mundo natural o mundo físico, no es sino lo aparente de alguna realidad, de cuya verdadera naturaleza no podemos formarnos idea en razón de que la índole de aquellas apariencias o fenómenos está sobre todo condicionada por la constitución de nuestra mente. Inclusive las leyes físicas que creemos descubrir, tales como las de la causalidad y las de la mecánica, en rigor expresan más nuestra estructura mental que esa incognoscible realidad que se nos aparece como mundo material. Arguyó asimismo que también nuestra mente es inaccesible a la observación directa y que únicamente tenemos conocimiento directo de los fenómenos o apariencias mentales. Sin embargo, sostuvo que no obstante la imposibilidad de establecer la existencia del alma o de describir su naturaleza por los métodos científicos, la consideración de nuestra naturaleza moral justifica la creencia en que ella existe como un ser inmortal suprasensible.

La mayoría de los pensadores ulteriores aceptaron el desarrollo kantiano acerca del carácter fenoménico del mundo físico, pero encontraron convincente su argumento destinado a fundamentar la creencia en el alma; y los esfuerzos más tarde realizados para establecer su existencia y definir su naturaleza, por lo general no se juzgaron satisfactorios.

Este imperfecto esquema de la historia del pensamiento acerca del alma servirá para mostrar por qué no es posible seguir definiendo la psicología como la *ciencia del alma*; indica, en efecto, que esta noción es una hipótesis especulativa muy vaga

e incierta como para constituirla en nota esencial de la definición de este amplio campo de la ciencia natural. Siendo ésta la posición con respecto al alma, muchos autores modernos prefirieron definir la psicología como la *ciencia de la mente.* Pero ello es igualmente insatisfactorio dado que, en primer lugar, la lógica —para no mencionar otras ramas de la filosofía— pretende ser una ciencia de la mente, distinta y más o menos independiente de la psicología, de donde la definición falla al delimitar el campo de esta última; en segundo lugar, se formula en términos de un objeto muy mal definido, ¿pues quién puede decirnos con exactitud qué es la mente o una mente? Al plantear esta pregunta se suscitan inmediatamente algunos de los más profundos y debatidos problemas filosóficos.

Reconociendo estas objeciones, algunos autores modernos proponen perfeccionar la definición, diciendo que la psicología es la *ciencia de la conciencia,* pues —afirman— cada uno de nosotros posee un conocimiento inmediato, directo y positivo de ella. Pero a esta proposición se le plantean dos serios reparos. Primero: cada uno sólo tiene conocimiento inmediato de su conciencia y puede inferirse la conciencia de los demás por su comportamiento, e imaginarla por analogía con la propia; ello no obstante, la psicología intenta arribar a conclusiones válidas para todos los hombres en general. Al estudiar los animales, estas críticas se imponen como más importantes todavía. Segundo: cuando estudiamos la conciencia comprendemos que la más cabal descripción de la misma en cualquier persona, e inclusive de la del hombre en general, no constituiría una ciencia y menos aún la ciencia que la psicología espera llegar a ser. Pues tales descripciones no nos permiten entender por qué tal conciencia particular exhibe la forma que se describe ni agregan nada a nuestra capacidad de controlar el curso de la naturaleza.

Algunos de los que definen la psicología como la ciencia de la conciencia, están satisfechos de hacerlo así debido a que sostienen cierta teoría acerca de la naturaleza humana. Coinciden con Descartes al considerar el cuerpo meramente como una máquina compleja y todos sus procesos como mecánicamente determinados, de suerte que, en principio, cada aspecto de la conducta del hombre o del animal, resulta explicable en términos del mecanismo corporal y cae dentro del ámbito de la fisiología, la cual es, a su vez, una rama especial de la ciencia física. Los exponentes modernos de este punto de vista no siguen a Descartes cuando considera el pensamiento como una manifestación del alma que informa a la máquina; dicen más bien que la conciencia es simplemente como un resplandor fosforescente generado por el trabajo de ciertas partes de la máquina; o que está formada por ciertos procesos de la máquina de los cuales nos percatamos de una manera más inmediata e íntima que por la vía indirecta de la percepción sensorial.

Ahora bien, si se estableciese este punto de vista, cabría definir propiamente la tarea de la psicología como la descripción de la conciencia; pero ello constituiría un trabajo de escasa importancia que no merecería el nombre de ciencia. Mas tal concepción de la naturaleza de los seres vivos sólo es una especulación de muy dudoso valor, y nosotros hemos convenido tratar de precisar nuestra ciencia en términos que no impliquen teorías, sino hechos familiares e incuestionables.

Si preguntamos cuáles son los hechos que observa y estudia el psicólogo y cuáles no caen por completo dentro del campo propio de otra ciencia, la contestación será doble: 1) su propia conciencia y 2) la conducta de los hombres y de los animales en general. Su propósito es acrecentar nuestra comprensión y nuestro poder de orientación y control sobre el comportamiento de los hombres y de los animales, y a tal objeto usa todos los conocimientos que sea posible adquirir de la conciencia.

Por lo tanto, podemos definir la psicología como la *ciencia positiva de la conducta de los seres vivos.* Aceptar esta definición es volver al criterio de Aristóteles, o sea, partir sin prejuicios teóricos de hechos generalmente reconocidos. Es bien sabido que las cosas que componen nuestro mundo de objetos perceptibles pueden dividirse en dos grandes clases: *cosas inertes,* cuyos movimientos y cambios parecen hallarse estrictamente determinados conforme a las leyes mecánicas; y *cosas vivientes,* que se comportan o exhiben una conducta. Al decir que muestran una conducta, queremos significar con ello que parecen tener un poder intrínseco de autodeterminación y que persiguen activa y esforzadamente su propio bienestar y sus propios fines o propósitos.

En consecuencia, la manifestación del propósito o del esfuerzo dirigido a un fin constituye el signo de la conducta, y la conducta es la característica de las cosas vivientes. Todos usamos este criterio, pero como muchos no reflexionan al respecto, será provechoso fijar por un instante nuestra atención en ello. Tomemos una bola de billar y coloquémosla sobre la mesa: permanecerá inmóvil y continuará indefinidamente en este estado si no se le aplica alguna

fuerza o no se ejerce ninguna acción sobre ella. Empujémosla en cualquier dirección; su movimiento persistirá hasta que su impulso se extinga, o hasta que sea desviada por la resistencia del tapete y siga un nuevo camino mecánicamente determinado. Este es el tipo de movimiento mecánico. Comparémoslo ahora con una instancia de conducta. Saquemos un animal tímido de su cueva, por ejemplo, un conejillo de la India, y dejémoslo sobre el césped. En lugar de permanecer quieto, vuelve corriendo a su cueva; empujémoslo en cualquier otra dirección, y en cuanto retiremos la mano repetirá el mismo movimiento; pongamos cualquier obstáculo en su camino y buscará cómo rodearlo o salvarlo, persistiendo en esta actitud hasta alcanzar su fin o hasta que su energía se extinga.

Es éste un ejemplo de conducta ubicado en la zona media de la escala de complejidad y cuya consideración revela muy netamente la gran diferencia que existe entre comportamiento y proceso mecánico. Como caso más complicado, examinemos el de un perro alejado de su casa y encerrado en algún lugar. Aunque se lo trate con cariño permanecerá inquieto, tratando constantemente de escapar, tal vez rehusando el alimento y perdiendo poco a poco su salud. Al dejarlo en libertad partirá hacia su casa, y correrá sin detenerse muchas millas hasta llegar a ella; si el lugar le es familiar, en ruta directa, si no, tras mucho vagar.

A título de ejemplo del extremo superior de la escala del comportamiento consideremos el caso de un hombre que ama a su patria, pero que con el objeto de ganarse el sustento ha aceptado trabajo en un país lejano. Ejecuta fielmente las tareas emprendidas; pero su propósito dominante siempre es

el de ahorrar suficiente dinero como para regresar a su tierra y formar un hogar; esto constituye el más importante motivo de toda su conducta, al cual se subordinan los restantes. Comprenderemos mejor este último tipo de comportamiento si el exiliado nos dice que constantemente piensa en su amada tierra y en los placeres que espera encontrar allí, pues sabemos bien qué significa prever y desear ardientemente un acontecimiento. Aunque el expatriado sea un campesino de escasa inteligencia, incapaz de anticipar deliberadamente las delicias de su retorno, y aun cuando, porque añore el hogar, parezca hallarse deprimido, sin poder expresar o justificar este sentimiento mediante palabras, creemos que en cierta medida nos es factible entender su estado y su comportamiento. Advertimos lo mismo en el caso anterior del perro y en un grado menor en el del animal de nuestro ejemplo inicial. Porque también nosotros hemos experimentado un desasosiego vago e informe, un impulso de luchar persistentemente en dirección a un fin que no sabemos formular con claridad ni justificar racionalmente. También nosotros hemos experimentado cómo una obstrucción de esta actividad no hace más que acentuar nuestro impulso; cómo un exitoso avance hacia el objetivo nos suscita una indefinida pero honda satisfacción, y cómo su consecución puede por sí sola aliviar nuestra inquietud.

Estos son, pues, ejemplos incuestionables de comportamiento, únicamente comprensibles o explicables por analogía con nuestras particulares experiencias de esfuerzo o lucha. En el presente, el intento de explicación mecanicista de estos hechos no es plausible ni podrá ayudarnos en alguna medida a entenderlos o controlarlos. Ahora bien, aunque de

manera menos obvia, lo mismo rige para las formas más simples de conducta. Permítasenos considerar en orden descendente algunos casos de la escala de complejidad.

El ave migratoria que llega en la primavera construye su habitación en el monte, cede a los halagos de su compañero, fabrica un nido, pone sus huevos y silenciosa e inmóvil los cubre durante muchos días, hasta que nacen los pequeños. Entonces, con actividad ininterrumpida, los cría, alimentándolos hora tras hora y minuto tras minuto, hasta que llegan a ser independientes. Ya cumplida su gran tarea, al cambiar la temperatura mira nuevamente hacia el norte, y con las alas incansables, a través de enormes extensiones de tierra y mar, vuelve a su hogar de invernada y permanece allí hasta que en la primavera próxima una vez más retorna volando miles de millas para alcanzar, entre muchos, el mismo norte y repetir allí el mismo ciclo de su actividad. Indudablemente, ello constituye un ciclo de comportamiento. En cada período del desarrollo las acciones del pájaro pueden variar indefinidamente en detalle; pero siempre están dominadas por idénticos propósitos entre los cuales priva la perpetuación de la raza según su tipo específico y clase. Si en algún período se obstaculizan sus actividades, los esfuerzos se duplican: destruid el nido, y construirá otro; quitadle uno o varios huevos, y pondrá nuevos en reemplazo; atacad al pichón, y se resistirá con todas sus débiles fuerzas; encerradlo cuando se aproxima la época de volar al norte, y con movimientos continuos y variados golpeará contra los barrotes que lo aprisionan hasta escapar o quedar extenuado; separadlo de su compañero, indispensable para realizar sus labores, y desfallece-

rá acaso hasta la muerte. No cabe precisar en qué medida el pájaro conoce los fines de sus múltiples actividades, aunque tenemos, sí, buenas razones para suponer que prevé el efecto inmediato o fin de cada etapa. Sin embargo, no podemos dudar que tales sucesiones de actividades hállanse por su naturaleza más íntimamente emparentadas con las que realizamos nosotros siguiendo un propósito, que con cualquier sucesión de naturaleza inorgánica, y por tanto, que debe conceptuárselas como comportamiento.

Descendiendo unos grados más en la escala de la vida, consideremos el salmón. En la estación debida y luego de haber alcanzado cierto estado de desarrollo en el mar, el salmón penetra en un río y remonta la corriente para depositar sus huevos en el lecho de algún remoto tributario. La ascensión de un río largo y veloz con muchos rápidos y cascadas, exige variados e incesantes esfuerzos durante un período de varias semanas, en cuyo decurso el pez no se alimenta, pero consume la energía latente que sus músculos almacenan. También éste es un ejemplo irrecusable de comportamiento que, en cierta medida, nos es dable comprender en virtud de su semejanza con el nuestro, y que asimismo difiere mucho de cualquier fenómeno de la naturaleza inorgánica.

Igualmente el vasto mundo de los vertebrados presenta en muchos aspectos el mismo hecho importante del predominio del comportamiento, o sea del esfuerzo intencional (*purposive*) para mantener la vida de las especies. La avispa solitaria persigue asiduamente su presa todo el día; y si logra capturar una gruesa oruga de mayor peso que ella, trabajosamente la arrastra a través de miles de obstáculos hasta el nido dispuesto de antemano, para allí guardarla con

cuidado junto a su huevo, a fin de que pueda servir de alimento a la prole que ella no verá. El gusano de tierra que abandona su escondite, al encontrar una hoja, explora sus bordes, la toma por el vértice o en la forma y posición que mejor facilite su entrada en el escondrijo y la arrastra hacia él. Inclusive los movimientos de otros gusanos de tipo más sencillo exhiben los signos característicos del comportamiento: por ejemplo, esfuerzos persistentes con variación de los medios empleados en condiciones exteriores inalterables cuando los primeros movimientos no llegan a alcanzar el fin. La estrella de mar, cuando yace sobre su dorso, realiza con los brazos incesantes y variados esfuerzos para alcanzar un asidero sobre el suelo, y al lograrlo se endereza mediante una acción combinada de todas sus partes. Inclusive entre los animales más rudimentarios, por ejemplo en el microscópico protozoario unicelular, el comportamiento es también la regla. La amiba —simple masa de gelatina informe—, separándose de la superficie sumergida sobre la cual se desliza, emite largos seudópodos en todas las direcciones, hasta poner uno de ellos en contacto con un objeto sólido; entonces todo el animal se adhiere a él, para volver de nuevo a su forma ordinaria de movimiento. O, estando próximo un ejemplar más pequeño de su misma clase, lo persigue tenazmente, efectuando repetidos esfuerzos a fin de incorporárselo a su propia alimentación. El resbaladizo animalejo se mueve con rapidez de un lado a otro en busca de presa y suele vérselo en persecución de otros más pequeños.

Permítasenos considerar ahora otros hechos, en cierto modo de diferente clase y a los que no nos es posible describir con igual seguridad como compor-

tamiento. La tarea primaria de toda especie animal es producir huevos, depositarlos en el exterior en las condiciones y con la protección que requieren para convertirse en perfectos representantes de la especie. Este hecho, a cuyo cumplimiento, directa o indirectamente, está dirigida casi toda la conducta de los animales, es sólo la primera parte del ciclo de la reproducción, de la cual depende la perpetuación de las especies. La consumación del ciclo está relacionada con el huevo. La serie de cambios a través de los cuales se produce esta consumación es en casi todos los casos de una complejidad y exactitud maravillosas. Comparados con ellos, los más asombrosos procesos de nuestras máquinas —como tejer un vestido o imprimir un diario— resultan más bien groseros y ridículamente simples. Pero si estos procesos de desarrollo sobrepasan con mucho en exactitud y complejidad el funcionamiento de nuestras máquinas, de una manera más fundamental aún difieren de todos los puramente mecánicos. Al igual que las actividades del animal que busca su presa o regresa a su nido, también los procesos evolutivos tienden en forma persistente hacia el fin natural o propio de la especie, venciendo para ello obstáculos y ajustándose en variadas formas alternativas a peculiaridades y cambios en su alrededor, así como rectificándose o volviendo a su curso normal luego de haber sido muy desviados o perturbados.

En los últimos años estos fenómenos han sido estudiados con minuciosidad, y si bien nuestro conocimiento en este campo todavía se encuentra en sus comienzos, sabemos que, a pesar de haber sido severamente mutilado, cortado en mitades o completamente deformado, el embrión o germen en desarrollo de muchas especies puede restaurar las proporciones

normales de sus partes y el curso normal del desarrollo, y de este modo alcanzar su fin específico y completar el ciclo de actividades de las cuales sólo una parte se logró por los esfuerzos de los padres. En estos casos altamente significativos, el proceso de la formación del cuerpo es muy análogo a los procesos típicos del comportamiento: por ejemplo, a la construcción del nido de un pájaro o a la construcción de los panales por las abejas. Existe la misma tendencia persistente hacia el tipo específico que triunfa sobre los obstáculos, produce adaptaciones a condiciones desacostumbradas y recobra el curso normal de los acontecimientos después de grandes interferencias mecánicas o distorsiones. En ambas clases de procesos, las más extremas interferencias pueden rectificarse por resolución o retrocediendo sobre las etapas alcanzadas y recomenzando desde la fase inicial: los pájaros reconstruyen sus nidos o las abejas sus panales desde el principio; los gérmenes mutilados se convierten en una masa informe dentro de la cual se cumple de nuevo el proceso de organización gradual de las estructuras específicas, restableciéndose así el ciclo y alcanzándose el fin normal.

Tales procesos del crecimiento corporal de los animales guardan suma analogía con la actividad verdaderamente intencional o comportamiento, presentan características en nada semejantes a las que es dable encontrar en la naturaleza inorgánica, reino de la estricta causalidad mecánica. Es verdad que estos procesos del crecimiento incluyen muchos aspectos susceptibles de describirse en términos de física y química, pero ello es igualmente válido para todo comportamiento. Aquellos fines de los seres humanos más claramente concebidos y más enérgicamente deseados, sólo se cumplen con ayuda de un muy de-

tallado proceso de tipo mecánico. Lo característico de los procesos de ambas clases es la aparición de un efectivo dominio de los factores mecánicos por una orientación "intencional" (*purposive guidance*) hacia un fin o meta específicos.

Si ampliamos nuestra noción de actividad intencional o comportamiento hasta comprender los fenómenos de la organización corporal en el reino animal, asimismo habrán de incluirse los procesos similares del crecimiento vegetal. Existen muy buenas razones para ello. Los biólogos están de acuerdo en considerar las plantas y los animales como seres que se desarrollan a partir de una misma clase de organismos primitivos, que no eran ni animales ni plantas, o tal vez ambos a un tiempo. Muchas plantas tienen escasa o ninguna capacidad de locomoción o de movilidad de sus partes. Sin embargo, cualquiera que sea el lugar donde los organismos vegetales posean tales poderes, sus movimientos presentan los signos característicos del comportamiento; como ocurre con los tubos poliníferos de muchas especies y con la locomoción de ciertas plantas acuáticas libres. Pero el modo de vida vegetal les evita a la mayoría de sus especies la necesidad de un movimiento activo, y su única posibilidad de exhibir comportamiento reside en los procesos de crecimiento, en los cuales sus maravillosos poderes de autodirección inclusive sobrepasan los de los animales. Un casi microscópico fragmento de algunas plantas puede reproducirlas enteramente, con todas sus particularidades específicas. Muchas plantas poseen este poder de regeneración en alto grado. Cortemos el brote principal de un joven alerce, y desde su posición horizontal la rama más alta se dirigirá con lentitud hacia arriba hasta continuar la línea del vástago, y mediante un

rápido crecimiento del diámetro en su parte inferior restablecerá la forma suavemente cónica del mismo. Cortemos un pequeño trozo de una rama de sauce y mantengámoslo en una atmósfera húmeda: sea cual fuere la parte de la rama que se haya tomado y la posición en que se la mantenga, de su extremidad superior crecerán brotes de hojas hacia arriba, en tanto que de la inferior nacerán raicillas hacia abajo. Frente a estos y a otros innumerables ejemplos parecidos, el botánico puede describir en términos físicos y químicos muchos de los aspectos del proceso de restauración de la forma específica y de la organización; pero considerado como un todo, el proceso desafía radicalmente los más empeñosos esfuerzos tendientes a dar explicaciones mecanicistas, quedando como única alternativa reconocer en éste un caso análogo a las actividades intencionales (*purposive activities*) de los hombres y de los animales superiores, prototipos del comportamiento.

Cotejemos ahora nuestro concepto de la psicología como ciencia de la conducta con la definición más corriente que la caracteriza como la ciencia de la mente. En páginas anteriores establecimos que la palabra "mente" tiene un significado muy vago e imposible de definir con rigor, a menos que se lo haga en términos de alguna hipótesis cuestionable y especulativa. Nadie puede señalar una mente y decir: esto es lo que yo entiendo que la palabra mente debe denotar. Y si nos proponemos definirla en relación con la conciencia, no nos hallaremos en situación mejor, sino peor. Para todos nosotros, la conciencia de cualquier organismo que no sea el nuestro, constituye una inferencia, tanto más especulativa e incierta cuanto menor sea la semejanza entre aquél y el nuestro. Existen además abundantes

pruebas de que el comportamiento de cada uno de nosotros expresa actividades de una naturaleza esencialmente similar a nuestras actividades conscientes y respecto de las cuales permanecemos no obstante inconscientes. Por tanto, si no es posible definir la mente en términos de la conciencia, nos resta como sola alternativa hacerlo en términos de la conducta. Nada se ganará introduciendo la entidad mental vagamente concebida desde el comienzo de nuestra investigación y ubicándola entre los hechos a estudiar y entre nuestras reflexiones acerca de los mismos. Por otra parte, el concepto de conducta es susceptible de definirse sin implicar inferencias especulativas o hipótesis; o sea, conforme a la manera en que se intentó hacerlo antes, esto es, señalando los hechos claramente accesibles a la observación directa de todos los hombres y diciendo: "Esto y esto es lo que nosotros entendemos por conducta." Tal puntualización, que consiste en señalar ejemplos, constituye la única vía satisfactoria y estrictamente legítima para definir cualquier noción abstracta.

¿Qué relación existe, pues, entre psicología y fisiología? Comúnmente defínese la fisiología como la ciencia de la vida o de las funciones corporales de los seres vivos. ¿Pero, qué es la vida y qué son seres vivos? A menos que definamos la vida en una forma gratuitamente especulativa, como entidad imperceptible que penetra en los cuerpos de los seres vivientes, debemos decir que ella es la suma de los procesos privativos de estos seres. Ahora bien, los procesos por los cuales reconocemos las cosas vivientes son, justamente, aquellos que hemos designado colectivamente como conducta: procesos que exhiben una persistente autodirección (*self-direction*) hacia fines específicos que favorecen la perpetuación del organismo individual o de la especie. Por lo tanto, según nuestra definición, el campo de la psicología es coextensivo con el campo de la fisiología. Esto puede entenderse como un reparo a nuestra definición de psicología, porque generalmente se ve en la fisiología una ciencia independiente, con programa, métodos e historia propios. En los tiempos modernos por lo corriente se ha concebido la tarea de la fisiología en la forma propuesta por Descartes, como la búsqueda de explicaciones puramente mecanicistas de todos los procesos de los organismos vivos. Aceptar esta concepción de la fisiología equivale a fundar esta ciencia sobre una amplia suposición: que la totalidad de los procesos de los organismos vivos es explicable mecánicamente. Supuesto gratuito, no justificado por los hechos, pues aún no se ha encontrado función orgánica alguna explicable en simples términos mecánicos. Inclusive procesos relativamente sencillos como la secreción de una lágrima o de una gota de sudor, continúan resistiéndose a todo intento de esclarecimiento satisfactorio en términos físicos y químicos. Aquel supuesto, además de no hallarse en absoluto legitimado por la demostración de su verdad mediante algún ejemplo, conduce a quienes lo hacen a una postura lógicamente insostenible. Pues una vez construido su esquema imaginario del mecanismo corporal, el fisiólogo se halla con que ha dejado los hechos de la conciencia humana en silencio irreductible. Trata entonces de salvar la dificultad ignorándolos, es decir, aventurándose a afirmar que los hechos de la conciencia no son atacables por sus métodos. Los considera misteriosos subproductos de las operaciones mecánicas, que él cree constituyen la vida del organismo y en los cuales sólo él está inte-

resado; y los entrega al psicólogo asignándole la tarea exclusiva de describirlos.

Demarcar así los campos de la fisiología y la psicología es tan anticientífico como definir esta última como la ciencia del alma. En ambos casos se trata de delimitar los campos con ayuda de hipótesis especulativas o premisas que, aunque pueden ser verdaderas, sólo serán demostrables mediantes grandes progresos en esas ciencias. Sin embargo, es igualmente cierto que —tal como se las estudia en el presente y acaso por mucho tiempo— la fisiología y psicología no podrán identificarse. Cabe expresar la actual relación entre ellas diciendo que *la fisiología investiga los procesos de las partes u órganos de que se compone todo organismo, en tanto la psicología estudia las actividades del organismo como un todo*, es decir, aquellas en las cuales obra como un todo o unidad.[2]

[2] Como tantas otras cuestiones, esta definición y delimitación de los campos de la fisiología y de la psicología ha sido objeto de disputa entre McDougall y Watson. McDougall, que discutió con el psicólogo norteamericano su prioridad en diversas investigaciones y concepciones, asimismo aquí reclama la paternidad. Dice en *La batalla del conductismo*: "También propuse la distinción, aceptada por el doctor Watson, entre psicología y fisiología, señalando que la fisiología estudia los procesos de los órganos y tejidos, en tanto la psicología estudia la actividad total del organismo". Y, en efecto, luego de caracterizar Watson el conductismo como el estudio de las adaptaciones humanas, agrega: "Su compañera más íntima es la fisiología. En efecto, conforme avancemos en este sentido, podríamos llegar a preguntarnos si es posible diferenciar el conductismo de esa ciencia. En realidad, sólo difiere de la fisiología en el ordenamiento de sus problemas; no en sus principios fundamentales ni en su punto de vista central. La fisiología se interesa especialmente en el funcionamiento de las partes del animal: por ejemplo, el sistema digestivo, circulatorio, nervioso, los sistemas secretorios, la mecánica de las reacciones nerviosas y musculares. En cambio, aunque muy interesado en el funcionamiento de dichas partes, al conductismo le importa intrínsecamente lo que el animal —como un todo— hace desde la mañana hasta la noche y desde la noche hasta la mañana." (*El conductismo.*) [E.]

De esta manera libramos al más amplio conocimiento de las generaciones futuras la decisión sobre problemas básicos a los cuales hoy no podemos responder sino mediante conjeturas especulativas, en lugar de hacer que éstas sean fundamentos de nuestra ciencia. Porque al definir la psicología como la ciencia de la conducta ni afirmamos ni negamos la propiedad de los principios mecánicos para la explicación de las actividades de los organismos, y tampoco suponemos entidades o fuerzas hipotéticas: ni la vida, ni la muerte, ni el alma. Partimos del hecho innegable de que los cambios que muestran los objetos materiales parecen ser de dos tipos diferentes: por un lado, *cambios del tipo puramente mecánico*, de los cuales los movimientos de los cuerpos celestes constituyen los ejemplos más claros y mejores, y por otro, *cambios del tipo de actividad intencional* o comportamiento, con el cual cada uno de nosotros se familiariza por la reflexión sobre sus propios esfuerzos, impulsos, deseos y voliciones. Puede que en un futuro distante la ciencia logre establecer la verdad del supuesto tan ampliamente aceptado en la actualidad por un acto de fe: que toda acción en apariencia intencional es explicable en términos mecánicos. Si llegara ese día, la psicología quedaría incorporada a la fisiología y ésta a la física. Por otra parte, tal vez descubramos en el mundo inorgánico indicios de conductas hasta ahora ocultas. En tercer lugar, puede que —según expresó últimamente un gran pensador— nuestros concep-

tos de los procesos mecánicos y de la actividad intencional sean abstracciones falsas, inadecuadas para describir los hechos reales, y que ambos deban suplantarse por otros más verdaderos. Finalmente, acaso sea posible demostrar que el dominio mental no es coextensivo con el dominio vital, y que en la esfera de la conducta o actividades en apariencia intencionales sea preciso distinguir un tipo más elevado, que implique una inteligencia consciente, esencialmente similar a la nuestra, pero con muchos niveles de eficiencia, y un tipo más inferior, que aunque no sea susceptible de explicación mecánica y análogo a la actividad intencional, todavía no implique una dirección consciente y no sea por lo tanto genuinamente intencional.

Pero cualquiera sea la decisión que traiga el futuro, parece claro que actualmente no es dable resolver la diferencia entre las dos maneras, y que se servirá mejor la ciencia reconociéndola con franqueza donde se destaque y estableciéndola cuidadosamente donde permanezca oscura y dudosa. Por consiguiente, la fisiología puede continuar aproximándose con provecho a los seres vivos *desde abajo,* es decir, desde el lado y con los métodos de la ciencia física y química, y extender al máximo el alcance de las interpretaciones mecanicistas de los procesos de sus cuerpos. Pero la psicología debe seguir ahondando nuestra comprensión del comportamiento de todas las cosas vivas, acercándoseles *desde arriba* y aplicándoles el conocimiento de la conducta obtenida por el estudio de nosotros mismos.

La definición de la psicología como la ciencia positiva de la conducta parece, pues, preferible a cualquier otra, porque deja libre de prejuicios y abierto a futuras decisiones el resultado de ciertos

problemas capitales que no podemos resolver en el presente; y asimismo, porque no emplea nociones incorrectamente definidas y problemáticas, tales como mente o alma o conciencia, sino hechos de observación fámiliar. Esta definición entraña dos importantes ventajas: primero, acentúa la verdad de que los hechos de observación con los cuales hemos de trabajar en psicología son siempre procesos o actividades más bien que cosas fijas y perdurables. Segundo, nos alista para buscar la comprensión de estas actividades de una manera muy distinta que aquella con la cual aspiramos a comprender los procesos físicos o mecánicos, pues aclara desde un principio que debemos tratar de explicar y entender en términos de actividad finalista y "propositiva" antes que sobre la base de los acontecimientos precedentes. La adopción de esta actitud constituye una de las mayores dificultades del estudiante de psicología, sobre todo si ha sido instruido en las ciencias físicas. Porque nuestro intelecto y nuestro lenguaje —su instrumento capital—, hállanse adaptados especial y principalmente para permitirnos apreciar y controlar los movimientos de los objetos sólidos en el espacio, o, en otras palabras, para ocuparnos de los procesos mecánicos del mundo físico. De ahí que muchos de nosotros nos sintamos intelectualmente cómodos al tratar con procesos puramente mecánicos y nos encontremos más satisfechos con las interpretaciones formuladas en términos mecanicistas que con las dadas en términos finalistas y "propositivos". En ambos casos, empero, nuestra interpretación de cualquier acontecimiento concreto nunca puede ser sino la presentación del mismo como una instancia particular de una clase de acontecimientos conocidos de antemano.

CAPÍTULO II

EL ESTUDIO DE LA CONCIENCIA

La comprensión de la conducta sin el concurso de la psicología. Paso inicial para una mejor penetración de la conducta. Inevitabilidad de la parcialización analítica. La introspección; su posibilidad, condiciones y técnica. La introspección y descripción analítica y la observación y descripción comunes. El paso inicial del estudiante de toda ciencia. Tres dificultades especiales en psicología. Consecuente confusión del principiante. El método descriptivo "cinematográfico" o "estático". Concepción de nuestra conciencia como un complejo de elementos estáticos simultáneos y sucesivos. Falsificación de los hechos por este método. Su valor. La corriente de la conciencia como complejo de sentimientos. El término "idea". La conciencia como corriente de sensaciones. La escuela "sensualista". Este método en el estudio de las condiciones nerviosas de la sensación. — La referencia mental a un objeto. Experiencias. Ilustración del hecho. Las sensaciones marginales y el método cinematográfico. Sentimientos sin pensamientos. Conciencia y actividad. Sujeto y objeto de la conciencia. Tres aspectos inseparables de todo acto mental: cognición, afección y conación. Progreso cíclico de la actividad mental. Ejemplificación. El método descriptivo y el cinematográfico. La interpretación

de los aspectos de los procesos mentales como funciones separables. La elaboración de un método apropiado para describir la conciencia. Infecundidad de la mera descripción de la conciencia en la explicación del comportamiento. Ejemplo. Afinación y corrección de las generalizaciones empíricas acerca de las relaciones de concomitancia entre estados de comportamiento y estados de conciencia. Parcialidad de toda explicación de la experiencia por el sujeto. Necesidad de referencia a la motivación del comportamiento. Ejemplo. Auxilio de la psicología a la mera descripción de la conciencia. La necesidad de explicar. La constitución mental. Imposibilidad de una observación directa de la constitución mental. — Utilización correcta del término mente. La mente como suma de las condiciones permanentes de las actividades intencionales de un organismo. Estructura mental.

Consideremos el caso de un niño sentado ociosamente en un jardín. De repente salta y se precipita al interior de la casa, dejándonos ignorantes acerca del porqué de esa conducta. Si hubiéramos estado lo suficientemente cerca de él como para observar sus movimientos y su expresión, podríamos adivinar el motivo de su conducta; pero hasta escuchar su relato del incidente no estaremos seguros de la explicación correcta. Entonces quizás nos diga: que iba a tomar agua, o que oyó un ruido extraño en la casa, o que vio aproximarse un perro malo o alguna persona a quien no quiere, o que fue picado por una avispa, o que de súbito recordó que era la hora de ir a la escuela, que oyó a su madre llamándolo, o que se le había ocurrido la idea de hacer una cometa. Cualquiera de estas razones podría tal vez satis-

facer nuestra curiosidad, y nos parecería comprender ese caso particular de conducta, pues en circunstancias similares nosotros mismos nos hemos conducido de idéntica manera y hemos observado que también otras personas lo hacían así. Pero resulta notorio que semejante explicación sólo es aproximada y superficial, y que nuestro entendimiento de esa conducta no es sino muy limitado. Tal explicación superficial y entendimiento parcial es cuanto podemos obtener sin el concurso de lo psicológico, es decir, sin aplicar al caso particular los principios generales de la conducta establecidos por el estudio sistemático.

Observemos que la explicación del niño acerca de su comportamiento está dada en términos de una descripción parcial de su estado de conciencia que nos permite obtener por simpatía, a la luz de nuestra propia experiencia en situaciones parecidas, una descripción de ese estado más completa que lo que sus palabras realmente encierran. Si, por ejemplo, menciona el agua, el "ruido extraño", o el perro malo, sabremos que sintió sed, o curiosidad, o temor. Tal reconstrucción imaginativa del estado de conciencia individual es siempre el paso inicial hacia esa más cabal penetración de cualquier tipo de conducta, y lo que nos permitirá controlar y modificar nuestro propio comportamiento o el de los demás.

Ello es aplicable no sólo al comportamiento humano sino a todo comportamiento. Si vemos a un ratón u otro animalito refugiarse en su cueva, lograremos una explicación y comprensión parcial de este hecho, pues es posible inferir que se sintió asustado o que oyó el grito de sus pequeños. Aunque un entendimiento de esta clase resulta tanto más incompleto y problemático cuanto más difiera de nosotros

el ser cuya conducta observamos, su explicación implicará necesariamente la descripción de su conciencia en este momento. Ahora bien, ante la situación de describir algún acontecimiento o proceso, la índole de nuestro intelecto nos fuerza a analizarlo en partes, concibiendo cada una como un ejemplo de una clase que fijamos o aprehendemos mentalmente mediante un nombre. De este modo, inclusive un proceso tan sencillo como el recorrido de una piedra arrojada con la mano, sólo puede describirse analizando la trayectoria en la serie de posiciones ocupadas por aquélla en los sucesivos momentos y estableciendo entonces que su recorrido consiste en la sucesiva ocupación de esas posiciones. Nuestra observación de cualquier acontecimiento será tanto más completa y adecuada cuanto más ajustadas sean las nociones que, con ayuda del lenguaje, formamos de sus diferentes componentes.

Ahora bien, al tratar de describir los hechos de la conciencia hallamos que las nociones y palabras corrientes son sumamente inapropiadas para el trabajo de descripción analítica. Por lo tanto, la primera tarea del psicólogo, el supuesto previo a toda investigación psicológica ulterior, consiste en depurar —mediante el auxilio de la terminología y de las descripciones efectuadas por sus predecesores— su poder de discriminación, clasificación y descripción de los rasgos constituyentes de la corriente de su propia conciencia. Tal observación o apreciación de la propia conciencia se denomina introspección.[3]

[3] El término introspección lo emplearon por primera vez los psicólogos de la escuela escocesa para designar la observación de la conciencia por ella misma. Se la llama también "observación interna" y más raramente "sentido íntimo". La introspección se basa en una particularidad que

La idea de introspección ha sido rodeada de un halo de misterio. Suele describírsela como si fuera una hazaña sólo realizable por un acróbata especialmente entrenado. Ha habido muchas discusiones eruditas sobre si es posible, en qué condiciones lo es y cómo

se asigna a la conciencia humana y que se suele rehusar a la conciencia animal: la capacidad de nuestra conciencia de desdoblarse, de modo que no sólo sentimos, razonamos, actuamos, sino que nos percatamos de tales procesos y podemos dirigir hacia ellos nuestra atención, describirlos y analizarlos. Durante mucho tiempo se ha opuesto en psicología la introspección al método experimental, pues con el primero de estos nombres se aludía sólo a las observaciones psicológicas de la vida cotidiana o a las de los literatos; y con el segundo, a las experiencias de reacción y cuantitativas. Pero, según ocurre con frecuencia, ambos términos, al principio juzgados contradictorios, acabaron por encontrar su conciliación: el "método de introspección experimental". Este método también se conoce como "método de Würzburg" (nombre de la universidad donde fue estudiado y desarrollado por Külpe, Watt, Messer y Bühler), si bien tal designación no hace justicia a los trabajos de A. Binet, quien fue su verdadero iniciador y que propuso llamarlo método de París: "Consiste —dice Binet— en llevar el interés de la experiencia sobre la descripción que el sujeto da de su estado anímico durante una prueba determinada, en lugar de atender exclusivamente a la respuesta que él proporciona o a la reacción que manifiesta. Así, por ejemplo, si se trata de comparar dos pesos, no interesa tanto la seguridad y la exactitud de la comparación cuanto la manera como fue ejecutada en el fuero interno de un sujeto. Si se trata de explorar la asociación de ideas, se recogen las palabras asociadas, pero se busca cómo las produce. Se le plantea al sujeto una pregunta, y se investigan las imágenes de que éste se ha servido para obtener la respuesta. Tales sondeos en el interior de un espíritu que trabaja nos han enseñado mucho. Sobre todo, han demostrado que el inventario clásico de los estados de conciencia es muy incompleto. Ha disminuido la importancia de las sensaciones casi indefinibles: conciencia de relaciones, sentimientos intelectuales, actitudes mentales, tendencias, etcétera." (Binet: *Le bilan de la psychologie en 1908,* Année psychologique, XV, 1909.) [E.]

se efectúa. Pero, como ocurre con muchas otras cosas, podemos llevarla a cabo muy bien sin que nos sea factible decir exactamente cómo. Toda persona inteligente sabe dar, y con frecuencia da, alguna descripción de su conciencia, por ejemplo, cuando dice que oye un sonido o que padece un dolor de muelas, acaso señalando su peculiar calidad; o cuando dice que siente calor, o que está alegre, o cansado, o enojado, o dudoso, o confuso, o triste; o que piensa en algo y lo desea, o que procura empeñosamente recordar un nombre, o compra dos cosas cualesquiera, o trata de decidirse. Todas estas frases corrientes y cientos más se utilizan cuando deseamos comunicar a otros el estado de nuestra conciencia. Y la introspección y descripción analítica del psicólogo no implica más que el refinamiento de ese tipo común de observación y descripción que todos practicamos a menudo en diverso grado.

Al iniciarse en alguna ciencia, el primer paso del estudiante debe ser familiarizarse con los términos descriptivos usuales y con la clasificación de las cosas significadas, acompañado ello de la observación repetida y del examen de las cosas o procesos descritos. El empleo de los términos corrientes (en tanto son bien elegidos) permítenos observar de un modo más completo y exacto, dado que cada nombre sirve para fijar nuestra observación, y de este modo, atendiendo sucesivamente a sus distintos rasgos principales, nos ayuda a analizar el todo en sus partes integrantes. La observación torna más completo nuestro entendimiento de los términos y más ajustada su aplicación. Cuando el estudiante que se introduce en la botánica toma una flor, podrá observarla y describirla en forma tosca, distinguiendo sus partes más importantes mediante términos inde-

finidos del lenguaje popular. Luego aprende a adjudicar su nombre científico a cada una de las partes —pétalo, sépalo, pistilo, estambre, etcétera—, y mientras repite con distintas flores este doble proceso de observación y denominación, su poder de examen y su uso del léxico científico mejoran conjuntamente. Ambos perfeccionamientos débense a que su idea de la flor, confusa y vaga al principio, se ha hecho más precisa y rica en significado. Ha aprendido a conocer las partes en detalle, y el todo como la suma de las partes relacionadas según un plan determinado.

El trabajo a cumplir por el principiante en psicología es de la misma índole. Se siente capaz de observar sus procesos mentales, así como de describirlos de manera vaga e incierta valiéndose del lenguaje común. Su primer paso ha de consistir en afinar sus poderes de observación y descripción, adoptando los nombres y distinciones suministrados por sus predecesores. De esta manera, advertirá cómo sus ideas acerca de cualquier proceso mental se hacen más precisas y ricas en significaciones, y que en lugar de pensar dicho proceso como un todo confuso e indeterminado, lo pensará como un todo de tipo particular, que comprende diversas partes mutuamente vinculadas con arreglo a un sistema más o menos establecido.

No obstante, si bien es cierto que este paso inicial en la psicología es esencialmente similar al de cualquier otra ciencia correcta, o sea, un proceso de perfeccionamiento del conocimiento de ciertos objetos mediante la observación analítica y la descripción, debe reconocerse con franqueza que en nuestro caso se presentan dificultades peculiares. En el estudio de una flor o de cualquier objeto físico, por ejemplo, un trozo de roca o una máquina, o inclusive de un

sistema político, el maestro puede distinguir y nombrar cada parte, señalando: esto es un pétalo, esto es un estambre, esto una antena y así sucesivamente. Mas en el estudio de la conciencia tal designación directa es imposible. Al maestro sólo le es dable describir las condiciones en las cuales es probable que se experimenten ciertas modalidades de la conciencia; no le es posible señalar un sentimiento de pena o temor, diciendo: esto es una pena o un temor. Sólo puede decir: pena es lo que probablemente usted sentiría si su mejor amigo le rehusara su amistad; o, temor es lo que usted sentiría si de súbito lo atacara un perro vagabundo. Pero los hombres son tan distintos entre sí que ante situaciones similares reaccionan en formas diferentes, y nunca es posible tener seguridad de que la situación dada o descrita evocará idéntica reacción mental en dos personas. La situación que suscita pena o dolor en un hombre acaso provoque cólera en otro y deje indiferente a un tercero.

En segundo lugar, la observación analítica de los procesos mentales resulta difícil, dado que se trata de procesos y no de objetos fijos y perdurables. No es factible examinar a voluntad y repetidamente un mismo proceso mental, porque mientras intentamos anotar su cualidad especial y su complejidad, va modificándose a cada instante y no hay posibilidad de restablecerlo o recuperarlo íntegramente, pues cambia, o mejor dicho, da lugar a otro proceso, con tanto mayor velocidad cuanto más le dirigimos nuestra atención.

Además de tales dificultades intrínsecas, existe una tercera gran dificultad derivada del atraso o del estado rudimentario de la ciencia: la de que las más eminentes autoridades en psicología aun no han

aprendido a emplear iguales términos descriptivos o a aplicar las mismas expresiones exactamente en idéntico sentido. De ahí que, inclusive en este trabajo preliminar —la descripción de la conciencia—, el principiante suele confundirse fácilmente al pasar de un autor a otro. Importa sobremanera que no asigne indebida importancia a las diferencias entre los métodos descriptivos, así como que advierta que todo método puede ser legítimo y útil. Ha de reconocer que cualquier descripción es por fuerza inadecuada, que inevitablemente deforma los hechos en alguna medida; e intentará buscar para uso propio el método que le parezca más eficaz.

El método descriptivo más empleado es aquel que cabe llamar "cinematográfico" o "estático". Nuestra conciencia es siempre compleja y cambiante: es la manifestación progresiva de una actividad incesante que sólo en forma parcial se revela a nosotros como conciencia. Ahora bien, el método cinematográfico abstrae o descuida dicho aspecto activo de la conciencia y procura describir cada fase tal como es o como subsiste, sin atender a las funciones que cumple.

Puede compararse la conciencia con la superficie de una vertiente que brota sin cesar desde su fuente oscura e invisible. A cada instante la superficie toma formas nuevas, de las cuales unas cambian con rapidez y otras con lentitud, pero ninguna persiste: cada detalle de la forma de la superficie ininterrumpidamente se transforma en otras nuevas, ora despacio, otras, velozmente. Tan grandes son la complejidad y vertiginosidad del cambio, que es imposible captar la totalidad de los detalles en un momento dado y menos aún observar cómo se modifica cada uno de ellos. Por lo tanto, el método cinematográfico comienza nombrando las principales variedades de formas que se presentan. Luego busca describir toda la superficie según se muestra en ese instante, enumerando las formas exhibidas en ese momento, e intenta representar el curso de los cambios de la superficie en su totalidad, describiendo su apariencia en términos generales y en momentos sucesivos. Es decir, analizar el perpetuo fluir en un complejo de elementos, cada uno de los cuales es concebido estáticamente, y descrito como si estuviera integrado por sus apariencias simultáneas y sucesivas. Es como si primero se hubiera delineado cada una de las fotografías de una película cinematográfica, pintado a mano los diversos objetos en las posiciones que ocupaban en el momento que aquélla representa.

Ahora bien, aparte de abstraer el aspecto activo o funcional de la conciencia, este método forzosamente falsifica los hechos, descuidando los verdaderos cambios y quebrando la continuidad de la corriente total de la conciencia, o sea, la continuidad de las partes que componen el total en un determinado momento del tiempo, así como la continuidad del todo en los momentos sucesivos.

Sin embargo, en virtud de nuestra naturaleza intelectual, es el único método por el cual podemos aproximarnos a una más completa y detallada descripción de la corriente de la conciencia. Constituye, pues, un método valioso y acaso indispensable. Pero debemos cuidarnos del engaño de tomar las fases y detalles mentalmente fijados con el auxilio de nombres por cosas que perduran o persisten como entidades idénticas a sí mismas. No obstante, tal es la tendencia general de nuestra mente, a la cual cedieron muchos autores, con el resultado de considerar la conciencia a la manera de un mosaico constituido

por partículas o elementos yuxtapuestos en combinaciones siempre cambiantes. En otros términos, habiendo hecho el análisis mental del fluir continuo de la conciencia, al reorientar su atención hacia algunos de sus rasgos más salientes, piensan como si lo hubieran dividido en un número de partes que existen separadamente, y como si fuera susceptible de ser reconstruido juntándolas de nuevo en series simultáneas y sucesivas.

Si hemos de valernos de este método, necesitamos disponer de algún nombre general para designar aquellos rasgos que se distinguen dentro de la corriente de la conciencia, y para este propósito acaso el mejor sea *sentimiento* ("feeling"), puesto que esta palabra no implica teoría o premisa alguna. Adoptándolo nos es factible decir que, considerada en sí misma y con independencia de sus funciones, la corriente de la conciencia puede ser analíticamente resuelta en un complejo de sentimientos.

Para idéntico fin se ha empleado más comúnmente el término *idea*. Pero muchos de quienes lo han utilizado cedieron a la tendencia irresistible de "materializar" tales abstraciones: de tratar las ideas como cosas dotadas de propiedades y fuerzas intrínsecas; y se concibió el todo de la vida mental como el juego recíproco de esas cosas que son las ideas. Por esta razón conviene eludir el uso del término idea. Sin embargo, debemos reconocer que su empleo es tan conveniente y se halla tan de acuerdo con nuestra propensión natural a "cosificar", a considerar como cosa todo aquello a lo cual nuestra atención es dirigida por el uso de un nombre, que apenas cabe esperar suplantarlo por completo e inmediatamente.

Una forma más moderna consiste en describir la conciencia como una corriente de sensaciones. Pero el empleo del término *sensación* entraña las mismas desventajas que la palabra *idea*: nos induce a considerar la conciencia como construida por la yuxtaposición de cosas llamadas sensaciones. No obstante, la noción y el término son de tanta utilidad que sin su ayuda apenas cabe pretender describir la conciencia. Por consiguiente, al aceptar este concurso debemos precavernos de su abuso. Si procuramos definir qué significa sensación, en primer lugar hemos de reconocer que las sensaciones o elementos sensoriales, que según el método descriptivo cinematográfico forman tan vasta parte de la conciencia, son de dos tipos: vívidos y débiles. La sensación vívida sólo puede definirse como el sentimiento que sigue regularmente a la estimulación de un órgano sensorial. Es un hecho de experiencia común, confirmado y estudiado en detalle por la experimentación científica, que cuando a un órgano sensorial se le aplica una especial impresión física, en seguida aparece un sentimiento de una cualidad particular. Podemos experimentar una gran variedad de dichas sensaciones o *cualidades del sentimiento* ("feeling qualities") determinadas por la estimulación de los sentidos; cada una de las cuales es susceptible de ser experimentada en diversos grados de intensidad que forman una serie continua. Así, cada vez que junto a nosotros vibra un diapasón con cierta frecuencia, las ondas aéreas desarrolladas vibran en nuestro oído, estimulando el nervio auditivo, lo cual nos hace experimentar una sensación de tono de una cualidad determinada; y la intensidad de esta sensación o cualidad del sentimiento resulta mayor o menor según la amplitud de las ondas aéreas, en

tanto su cualidad depende de la velocidad con que se suceden las vibraciones.

Los sentimientos sensoriales del segundo tipo, las sensaciones débiles, o como se las llama de ordinario, *imágenes sensoriales*, sólo pueden definirse refiriéndolas a las del primero. Si una vez que el diapasón ha cesado de vibrar pienso en su tono, nuevamente experimento la misma cualidad del sentimiento; pero si bien el sentimiento posee la misma cualidad que la sensación vívida, diferénciase de ella en la forma que denota el término "débil". La disimilitud entre la sensación vívida y la imagen o sensación débil de la misma cualidad, no es de igual orden que la existente entre dos sensaciones de idéntica cualidad, una intensa y otra no, sino más bien una diferencia de clase enteramente peculiar o única. Experimentamos muchas otras cualidades de sensación, aunque no todas en esta especial forma débil. Lo mismo rige en apariencia para todas las personas: aun cuando algunas experimentan predominantemente imágenes de uno o más sentidos y otras las de otros sentidos.

Una importante escuela psicológica, la "sensualista", sostiene que puede describirse completamente la conciencia de toda persona en términos de estas sensaciones e imágenes. En cambio, otras afirman que es menester distinguir sentimientos de clase u órdenes radicalmente diferentes. Algunas reconocen un tipo de sentimientos afectivos, cuyos tipos son el placer y el dolor; y mientras unas admiten éstos exclusivamente, otras aceptan una variedad mayor. Hay escuelas que agregan una tercera clase u orden: los sentimientos de esfuerzo o actividad, y, nuevamente, en tanto algunas sólo consideran una cualidad de este orden, otras aceptan toda una variedad, cada una de cualidad específica e irreductible.

Este método de examen y descripción de la conciencia es indispensable para ciertos propósitos, por ejemplo, al estudiar las condiciones nerviosas de las diversas cualidades e intensidades de la sensación: mas los resultados logrados por minuciosas tentativas de describir la conciencia en esta forma exhaustiva nos han convencido de su imposibilidad. Por encima y además de los rasgos susceptibles de obtenerse introspectivamente, descritos en términos generales como sensaciones u otros sentimientos de cualidades específicas, en todo momento la conciencia encierra algo más sutil que resiste todo ensayo de descripción de ese tipo. Aunque sutil, dicho residuo constituye la parte más significativa de la conciencia a un objeto; [4] y sólo resulta definible o descriptible nombrando el objeto sobre el cual el sujeto piensa en el momento. Si deseamos describirlo de un modo estático, únicamente cabe hacerlo diciendo que es el *significado* presente a la conciencia. Todo sentimiento sensorial no es sino el medio que pone en juego esta actividad del pensamiento y que determina su

[4] Brentano llega en su "Psicología" a conclusiones que en lo atinente a la peculiarización de los fenómenos psíquicos guardan analogía con las de McDougall: "Todo fenómeno psíquico —dice— está caracterizado por lo que los escolásticos de la Edad Media han llamado la inexistencia (existencia en) intencional (o mental) de un objeto, y que nosotros llamaríamos, si bien con expresiones no enteramente inequívocas, la referencia a un contenido, la dirección hacia un objeto (por el cual no hay que entender aquí una realidad), o la objetividad inmanente. Todo fenómeno psíquico contiene en sí algo como su objeto, si bien no todos del mismo modo. En la representación hay algo representado, en el juicio, hay algo adherido o rechazado; en el amor, amado, etcétera..." [E.]

dirección de momento a momento; no es más que una incitación al pensamiento o al pensar.

Podemos apreciar esta verdad reflexionando sobre experiencias como la siguiente. Si mientras me hallo profundamente dormido alguien golpea la puerta de mi habitación y repite su llamado durante cortos intervalos, poco a poco me iré aproximando al estado de vigilia. La reconsideración de esta experiencia parece indicar que primero oí el sonido de manera muy oscura e imperfecta, estado que expresaría diciendo que mi conciencia consistía en la mera sensación de sonido; que con la repetición del golpe de nuevo experimenté una sensación similar, pero que adicionalmente de manera vaga capté el sonido como tal, como algo allí existente; en otras palabras, la impresión de sonido ya no era una simple sensación: evocaba un significado vago, un acto de conocimiento o cognoscitivo. Tras las ulteriores repeticiones del golpe, la impresión del sonido evocó un significado más rico y definido, la actividad cognitiva se volvió más completa y efectiva, y en el sonido reconocí un golpe sobre la puerta.

Para ilustrar el mismo hecho en relación con otros sentidos pueden mencionarse experiencias similares. Volviendo las páginas de un libro, acaso tropiece con una lámina que a primera vista impresione como un confuso borrón de manchas coloreadas. Continúo mirándola y no tardo en resolver esas manchas cromáticas en las partes de algún objeto o escena familiares. La impresión sensorial que en un principio sólo fue un campo cromático, evoca luego un cierto significado, una actividad de pensamiento en forma de conocimiento de un grupo de objetos en definidas relaciones entre sí. En tales casos el significado que —como decimos— leemos en la impresión

sensorial, aparece de pronto enriqueciendo la conciencia, además de la mera subsistencia del campo de las sensaciones.

Mas la ilustración del hecho no requiere buscar experiencias excepcionales. Durante la vigilia, mis diversos órganos sensoriales reciben impresiones físicas provenientes de variados objetos: desde muchas cosas parten rayos de luz que penetran en mis ojos, formando imágenes ópticas sobre la retina y estimulando el nervio óptico; sonidos de diversos orígenes excitan mis oídos, así como los contactos y olores, mi piel y mi nariz. Todas estas impresiones sensoriales afectan mi conciencia en forma de sensaciones excitantes. Pero de todos los objetos de los cuales en un momento dado experimento sensaciones excitantes, sólo de uno tengo conocimiento claro, y si me hallo sumido en una profunda reflexión, de ninguno. Cuando fijo la atención en uno cualquiera de esos objetos, las sensaciones suscitadas por él inician un proceso de actividad mental; evocan un significado, y aprehendo el objeto como esto o aquello. Todo el resto de las sensaciones presentes en la conciencia permanece oscuro y sin sentido, o poco menos. Dícese que constituyen el margen del campo de la conciencia, en tanto el objeto elegido por la atenta inspección ocupa su foco.

El método cinematográfico es el que describe las sensaciones marginales con mayor facilidad. No cabe duda de que ellas desempeñan algún papel de menor importancia en la determinación del curso de la actividad mental; pero su relación funcional con esta actividad es tan oscura que se nos escapa. y sólo nos es posible describirlas diciendo que subsisten como las sensaciones cuyo conjunto constituye la zona marginal del campo de la conciencia. Con cierta

plausibilidad puede afirmarse que toda impresión sensorial recibida por nuestros órganos solicita nuestra atención. Probablemente cada una, según su intensidad, tiende a determinar la dirección de nuestra actividad mental; pero si ello sucede, sólo a pocas es factible desempeñar en un mismo momento un papel efectivo y ser absorbidas en la corriente principal de la conciencia.

Es evidente que la conciencia de toda persona siempre incluye no sólo una masa más o menos compleja de sentimientos, sino también esa actividad del pensamiento no susceptible de descripción por el método cinematográfico. Las proporciones de ambos componentes de la conciencia varían ampliamente; cuando se piensa en forma abstracta la masa de sentimientos puede ser más bien pequeña, apenas una sucesión de imágenes de palabras oídas o vistas, en tanto que una corriente rica de significados pasa a través de la conciencia. Por otra parte, cuando la mente se halla inactiva, cuando se acerca al estado de sueño o de completa confusión, la actividad del pensamiento es reducida, al paso que la masa de los sentimientos puede ser grande. Así, al despertar luego de haber dormido profundamente y sin soñar, los órganos sensoriales podrán ser asaltados por muchas impresiones fuertes que evocan una compleja masa de sentimientos de suma intensidad. No obstante, es posible permanecer mentalmente inactivo algunos instantes; los sonidos, visiones, olores o contactos carecen de significado o apenas tienen el mínimo. La cuestión de la posibilidad de reducir a cero la actividad del pensamiento mientras continúa el sentimiento, es teórica y parece escapar a una respuesta definitiva, pues si se redujera a alguien a dicho estado, una vez vuelto a una condición más

activa o al despertar sería incapaz de describirlo o de recordarlo. Tal estado mental hipotético ha sido llamado "experiencia anoética" o sentimiento sin pensamiento. Con la eventual excepción de dichos estados, estar consciente es hallarse mentalmente activo.

Resulta claro ahora que hablar de conciencia y tratar de describirla como algo existente y analizable en partes integrantes independientes, haciendo astracción y analizando o cuidando la actividad o función mental, implica una grave deformación de los hechos y la utilización de un método que no puede alcanzar completo éxito. Tal método descriptivo es útil para ciertos propósitos especiales, pero cuando queremos conocer más profundamente el proceso mental general, obraremos mejor siguiendo un método descriptivo que violente menos los hechos.

Ahora bien, al considerar la conciencia como una actividad, no podemos ignorar el hecho fundamental de que alguien es consciente: que yo, u otro organismo más o menos semejante a mí, es consciente: es decir, que la conciencia no existe por sí, sino que es una actividad de un ser que en todos los casos de los que tenemos conocimiento positivo es un organismo material, al cual adecuadamente podemos llamar *sujeto*.

Un segundo hecho fundamental es que ser consciente es serlo de algo, y este algo correctamente se denomina *objeto* de la conciencia. Ser consciente es, pues, una actividad de un *sujeto* en relación con un *objeto*; y convendría que para describir estos hechos escogiéramos un verbo más bien que el sustantivo conciencia. Para este propósito el mejor es *pensar en* (to think of). Lo emplean algunos autores sólo para referirse a los procesos mentales de tipo más

elevado o más intelectual; no obstante, puede usárselo ventajosamente con mayor amplitud y generalidad, como equivalente de la incómoda expresión *ser consciente de* (*to be conscious of*).

Por consiguiente, cada vez que haya actividad mental existe un sujeto que piensa un objeto; el objeto puede ser una cosa material, un proceso físico, una actividad mental, una cualidad o propiedad abstracta (virtud, peso, calor) o cualquier otro objeto que podamos distinguir o al cual nos sea factible dirigir nuestra atención y discurso. En el acto típico de pensar cabe distinguir tres aspectos: el sujeto conoce el objeto como esto o aquello, es afectado agradable o penosamente por él y trata de provocar alguna modificación en él o en su relación con él. En general se sostiene que todo acto mental ofrece estos tres aspectos, o que a un tiempo es un conocer, un ser afectado y un impulso. Dicho en términos técnicos, una cognición, una afección (o un sentimiento en el sentido más limitado de la palabra) y una conación ("conation"). Por ejemplo, al mirar una flor se la percibe o conoce como una flor de forma y color particulares; se siente satisfacción y se la examina con mayor detenimiento a fin de conocerla por completo.

Estas partes son inseparables; no obstante, consideraremos el afecto y la conación como ulteriores al conocimiento, y la índole de la conación como parcialmente determinada por el afecto. Pero la conación a su vez reacciona sobre el conocimiento, lo mantiene, facilita y conduce a la modificación del sentimiento. Así, el ciclo continúa y el pensar progresa hacia su fin natural: la satisfacción que ocasiona la cognición terminal. Ejemplificando nuevamente con la flor, la percepción inicial de su color

me agrada y me estimula al examen más detallado, con el objeto más o menos explícito de descubrir su ubicación dentro de la botánica. El examen minucioso, sostenido y enderezado a tal fin, me permite conocerla más cabalmente; y el ciclo total llega a su fin natural cuando logra clasificar los rasgos distintivos de la flor y conocerla como una variedad de esta o aquella especie y género. De este modo. la actividad mental o pensar tiende a progresar en ciclos, cada uno de los cuales empieza con el conocimiento que estimula el sentimiento y el esfuerzo, el que a su turno origina un nuevo conocimiento que la satisface; y de este modo, el ciclo alcanza su terminación natural en un sentimiento de satisfacción. Adoptando este método para describir el proceso mental, es legítimo confiar en que se evitarán las falsificaciones de los hechos a las que evidentemente propende el método cinematográfico, en especial la abstracción de sujeto y objeto, la "cosificación" de los pasos de la actividad mental y la ignorancia del carácter esencialmente intencional del proceso. Si, con el deseo de obtener una descripción prolija, utilizamos este método, debemos subordinarlo por entero al más perfecto, teniendo en cuenta al mismo tiempo la deformación que provoca en los hechos. De esta manera cabe esperar que se conseguirá reunir las ventajas de ambos y eludir sus desventajas.

Pueden ilustrarse estos dos métodos y su combinación describiendo el imperfecto recuerdo de una flor vista en alguna ocasión anterior. Con arreglo al método cinematográfico estricto, la descripción sería la siguiente: Mi idea de la flor está formada por imágenes visuales que constituyen imperfectas reproducciones de las sensaciones que integran mi percepción. El método más perfecto diría: Pienso en la

flor en términos visuales, pero no me es posible reproducir fielmente en mi memoria los colores de sus diversas partes tal cual me aparecieron al percibirla. La combinación adecuada de ambos métodos haría esta otra formulación: Recuerdo la flor en términos visuales, pero mis imágenes coloreadas no reproducen con fidelidad las sensaciones de color.

Si bien todo proceso mental es conocimiento, afecto y conación a un tiempo, debe reconocerse que por lo general predomina alguno de estos aspectos, de modo que nos vemos impelidos a considerar cada tipo de proceso mental según el aspecto prevaleciente. Así, hablamos de actos de percepción, reconocimiento, recuerdo, razonamiento, cuando priva lo cognitivo; de estados de emoción o sentimiento, cuando domina el afecto: de volición, resolución, decisión, deseo, cuando somos conscientes de pugnar hacia un fin. Tal manera de hablar es la que ha inducido al común error de interpretar tales aspectos de todos los procesos mentales como funciones separables; error cuya forma más frecuente y grave ha consistido en juzgar los procesos intelectuales como susceptibles de ser puramente cognitivos o radicalmente libres de la influencia emocional y volitiva.

A continuación es preciso observar que, aun cuando la elaboración de un método apropiado para describir la conciencia representa una tarea importante y difícil, todavía no acabada, sólo representa un primer paso en el estudio de la conducta. La mera descripción de la conciencia de determinado individuo nada significa de por sí en la explicación de su comportamiento. Es verdad que en muchos casos la conducta resulta en buena parte explicada inclusive por una descripción bastante parcial de la

conciencia en ese momento; pero ello sólo ocurre en virtud de nuestro conocimiento de algunas leyes o reglas que la experiencia nos ha llevado a formular, aunque bastante vaga y groseramente, acerca de la conexión entre ciertos estados conscientes y ciertas formas conductales. Si, por ejemplo, al visitar a un amigo lo encuentro caminando en su habitación, gesticulando sin sentido y murmurando en forma incoherente, podré sentir que al decirme que tiene rabia o pena o remordimiento, su comportamiento se explica parcial o al menos aproximadamente, pues a través de mis experiencias personales, así como de las observaciones de otros, he aprendido que cada una de estas emociones suele acompañarse con una forma particular de conducta o expresarse en ella. Por consiguiente, una de las tareas de la psicología es afinar y corregir tales generalizaciones empíricas mediante las cuales y más o menos explícitamente todos expresamos las relaciones de concomitancia entre estados de comportamiento y estados de conciencia o pensamiento.

Pero el hecho de que mi amigo comunique que experimenta rabia, o pena, o remordimiento, cuando más representa una explicación muy parcial de su conducta. Para estimar adecuada la explicación, necesito saber qué le hizo enojarse, o apenarse, o experimentar remordimiento. Consideremos un caso de mayor complejidad. Supongamos que me cuentan que un conocido mío mató a un hombre de un balazo. Como me resulta enteramente imposible comprender su comportamiento, recurro a él a fin de hallar una explicación. De este modo me anticipo al juez y al jurado, porque al comparecer el criminal frente a ellos, su tarea precisamente consiste en descubrir la motivación psicológica del comporta-

miento que culminó en el acto delictuoso. Según la conclusión psicológica que alcancen, pronunciarán un veredicto de homicidio accidental o con atenuantes, o de asesinato deliberado con causas agravantes, o de asesinato voluntario con circunstancias atenuantes, o de homicidio por ilusiones patológicas, o de homicidio en estado de desorden mental paroxístico; y la sentencia que se dicte estará determinada por la índole de este veredicto puramente psicológico. Me detengo en el aspecto legal de nuestro caso imaginario, porque ello servirá para conducir al lector a un más eficaz convencimiento del hecho, tan a menudo ignorado, de que nadie puede eludir la necesidad de formular con frecuencia juicios psicológicos, así como de que las relaciones con nuestros semejantes se hallan condicionadas por tales juicios. Cierto es que aceptando y aplicando una serie de máximas morales o fórmulas —tales como: está mal matar, robar, o mentir, y está bien perdonar injurias, aliviar penas, reprimir la cólera—, tratamos de simplificar o de evitar por completo la ejercitación del juicio psicológico. Pero únicamente los hombres desprovistos de todo criterio pueden satisfacerse con la aplicación de tales máximas a los actos de sus semejantes sin hacer referencia a los motivos o procesos mentales de los cuales derivan. Ahora bien, así como el que considera el problema técnico de la construcción de un aeroplano demanda toda la ayuda de la mecánica, tan pronto se indagan los motivos del comportamiento, se enfrenta un problema psicológico y se requiere todo el auxilio que puede dar la psicología.

Volvamos a nuestro conocido Juan, cuyo infortunio le hizo matar a Pedro. Sabemos que si Juan golpeó a su víctima en un ataque de furia, el acto no

fue accidental sino en cierto sentido intencionado; pero antes de que sea posible comprender o emitir algún juicio moral sobre el acto, debemos conocer las condiciones que excitaron esa violenta emoción. Nos informamos de que Pedro era un desconocido casual, que en el curso de un altercado con Juan lo golpeó y lo insultó groseramente; o que había ofendido al objeto más querido por Juan; o que durante largo tiempo, movido por un espíritu de ilimitada crueldad, utilizó su posición de ventaja sobre Juan con el fin de atormentarlo e injuriarlo; o que tras repetidos fracasos en diversas empresas, Juan se había vuelto deprimido y receloso, creyendo que personas enteramente inocentes tramaban injuriarlo; o que atacó furiosamente a Pedro apenas vuelto en sí de un ataque epiléptico, y que parecía no recordar nada del incidente. En el último caso reconocemos que la información nos permite clasificar el acto en la categoría de los paroxismos postepilépticos, de los cuales podemos apenas decir que han sido observados a continuación de los ataques, y que implican un grave desorden en la constitución orgánica. En los otros casos, la índole de la sucesión de la actividad mental que lleva a la acción se halla indicada en una forma general, y la acción explicada en igual medida. Pero esto sólo se nos hace inteligible en virtud de nuestro conocimiento general de la naturaleza humana y de sus probables formas de reacción en circunstancias especiales. Cada fase del proceso mental y del comportamiento que condujo a la catástrofe final fue una reacción ante condiciones particulares. Faltando un conocimiento íntimo de Juan, no es posible ampliar nuestra explicación, y debemos conformarnos con reconocer que cada modo particular de reacción frente a las cir-

cunstancias descritas estuvo de acuerdo con las posibilidades de la naturaleza humana en general. Pero si lo conocemos íntimamente, podremos apreciar que, en las circunstancias dadas, su naturaleza fue tal que su estado de conciencia y su modo de comportamiento evocados eran precisamente los que podríamos haber anticipado.

Este examen nos persuadirá de la verdad de la proposición siguiente: que la psicología, ciencia de la conducta, no puede meramente limitarse a describir la conciencia en la forma más exacta y exhaustiva posible, ni a establecer, a manera de reglas empíricas, la coincidencia de ciertos procesos conscientes con ciertas formas activas o conductales. Tratará de explicar tanto los procesos de la conciencia y los modos de conducta asociados como la resultante de ciertas condiciones perdurables, cuyo conjunto denominamos constitución mental. La constitución mental no es pasible de ser observada directamente; sólo podemos inferirla. Cada uno de nosotros exclusivamente puede observar su propia conciencia, su conducta y la de sus semejantes: asimismo éstos le pueden informar acerca de sus conciencias. A partir de tales datos y mediante un proceso de inferencia imaginativa, hemos de elaborar una explicación lo más útil posible de esta cosa escondida y extraordinariamente compleja que llamamos naturaleza humana o constitución de la mente humana.

Así llegamos a una posición propicia a la correcta utilización del término *mente*. Cabe definir la mente de cualquier organismo como la suma de las condiciones permanentes de sus actividades intencionadas. A fin de destacar que tales condiciones no constituyen un mero agregado, sino más bien un sistema orgánico donde cada parte se halla funcionalmente vinculada con el resto de una manera cierta, debemos hablar de la *estructura de la mente*. Esta estructura es algo que, si bien escapa a toda observación, perdura a través de la vida del individuo, y de cuya naturaleza todas las actividades mentales y corporales son expresiones y revelaciones. La observación más general del curso de la vida de los seres humanos, permite inferir que la estructura mental desarróllase en forma paulatina desde el nacimiento, acrecentando la complejidad y precisión de su organización hasta un cierto período de la vida, en el cual, si ésta continúa, aquélla gradualmente sufre ciertos cambios regresivos. También podemos inferir que el curso de su desarrollo se halla gobernado: en parte por una tendencia intrínseca a desenvolverse según ciertas líneas determinadas por lo ancestral o hereditario del individuo; y en parte por las influencias del medio, que en muy diverso grado promueven la realización de las diferentes potencialidades heredadas.

CAPÍTULO III

LA ESTRUCTURA DE LA MENTE

Cuestiones de fundamental importancia psicológica. ¿En qué términos se ha de describir la estructura mental? Principales formas en que se ha tratado este problema. La "Psicología de las facultades". La actividad mental como asociación de ideas. La estructura mental y la estructura del sistema nervioso (la conciencia como aglomeración de sensaciones). Posibilidad de autojustificarse de tal opinión y método. Tres razones para rechazarlos. — La estructura mental como totalidad. Rechazo de tres métodos tradicionales. Superación metodológica. Valor del método que describe al proceso mental como la actividad de un sujeto. El conocimiento, el sentimiento y el esfuerzo como facultades mentales. — El conocimiento. Latencia de la idea en el almacén de la memoria. La disposición mental. La concepción de estructura mental. El perfeccionamiento de la organización mental y la complejidad de los objetos del mundo. La descripción general de las disposiciones y de sus relaciones funcionales, de su desarrollo y organización. La estructura mental en el condicionamiento de la cognición. Las disposiciones cognitivas. Relación entre la disposición más general y la más especial. El significado. Procesos de diferenciación de nuevas disposiciones y desarrollo de la estructura mental. Ejemplificación. Casos. El proceso de síntesis aperceptiva. Ilustración. Desarrollo de un intelecto puro y perfecto. Nuestro crecimiento mental. — El lenguaje en los procesos del desarrollo de la mente humana. El lenguaje y la síntesis aperceptiva. El pensar sin lenguaje. Segunda gran función de la palabra: la fijación y comunicación de los productos del pensamiento de las sucesivas generaciones de la humanidad. El lenguaje como formulación objetiva del progreso de una comunidad. Reflejo de la historia del mundo en la estructura mental. - La estructura mental desarrollada por asociación. - La conación. Estructuras cognitiva y conativa. - El ciclo del pensar y la volición. Condicionamiento del sentimiento y de la conación por la estructura mental. La organización mental afectiva y la conativa. Bases del carácter. — Desarrollo por diferenciación de las disposiciones mentales conativas. Ilustración. Estructura cognitiva y conativa. Ilustración de la naturaleza y desarrollo de las conexiones funcionales entre las disposiciones cognitivas y las conativas; sus influencias sobre el curso de la vida mental. Otro ejemplo de la influencia del desarrollo de un sentimiento sobre la vida cognitiva. Importancia del eslabonamiento cognitivo-conativo.

¿En qué términos describiremos la estructura de la mente? ¿Cómo la concebiremos? Son éstas cuestiones de fundamental importancia psicológica, pero hasta el presente ninguna respuesta ha obtenido aceptación general.

Permítasenos examinar algunas de las principales formas en que se ha considerado este problema. Un método muy antiguo consiste en describirla como constituida por un conjunto de facultades, atribu-

yendo a las diversas funciones mentales que se distinguen comúnmente una facultad del mismo nombre; por ejemplo, las facultades de la percepción, concepción, imaginación, juicio, razonamiento, voluntad, y relacionada con todas éstas en forma harto oscura, la memoria. Esta doctrina tiene enorme importancia, pues su gran simplicidad la ha hecho recomendable al público, y aún constituye la base implícita de muchas teorías y prácticas educativas corrientes. A nuestros escolares se les enseña geometría para desarrollar la facultad de la razón; memorizan poesías, fechas y verbos irregulares a fin de desarrollar la facultad de la memoria: componen versos en latín con el objeto de desarrollar la facultad del gusto, etcétera, etcétera, y aunque desde hace mucho se considera esta "Psicología de las facultades" [5] como fuéra de moda, la validez de sus apli-

[5] De una manera general, suelen llamarse facultades del alma la "inteligencia", la "actividad", la "voluntad", la "sensibilidad", las que respectivamente se consideran como constituyendo una capacidad o poder especial de hacer o padecer cierto género de acción. Dice Locke: "Las dos grandes y principales actividades de la mente que se consideran con mayor frecuencia son: la percepción o pensamiento; y la volición o querer. El poder de pensamiento es llamado el entendimiento, y el poder de volición, la voluntad; estos dos poderes o aptitudes de la mente se denominan facultades." (*Ensayo sobre el entendimiento humano.*) La psicología de las facultades concibe la mente como compuesta por (o como unidad de) cierto número de facultades especiales, por las cuales se explican la sensación, el pensamiento y la voluntad. Originada en la tripartición platónica del alma en razón, valor y apetito, la psicología de las facultades predominó a través de la Edad Media y recibió su más influyente expresión moderna en la *Psychologia Rationalis* de Ch. Wolff (1734), así como en las obras de la escuela escocesa. La crítica más común a la psicología de las facultades se basa en la circularidad en que incurre al tratar de explicar los procesos mentales en términos de una facultad que es meramente una hipostación de tales procesos. Por lo demás, esta concepción repugna a la actual consideración de la vida anímica como una unidad indivisible, irreductible, contraria a toda segregación en partes. [E.]

caciones prácticas sólo en los últimos años ha sido objeto de serio y efectivo ataque.

Otra manera de describir la estructura mental que gozó de extraordinaria popularidad surgió en relación con el método que describe la actividad mental como una asociación de ideas.[6] Se consideró que cada idea es susceptible de existir en dos condiciones o formas: ya como idea consciente o que existe en la conciencia, concebida ésta a modo de una cámara luminosa donde las ideas entran por turno para ser iluminadas y mantenerse en actividad durante un corto período; ya como idea inconsciente en la memoria, una especie de Hades u oscuro mundo subterráneo hacia donde, tras su breve exposición a la luz de la conciencia, cada idea o su fantasma vuelve para esperar y aprovechar cualquier oportunidad de emerger nuevamente a la luz y a la vida. En esta zona recóndita las ideas permanecen ligadas en agrupaciones complejas. El conjunto total de ideas en la oscuridad de la memoria constituye la

[6] El asociacionismo es una teoría de la estructura y organización mentales que afirma: a) que todo estado mental puede resolverse en componentes simples y separados, y b) que la totalidad de la vida mental es explicable por la combinación y recombinación de esos estados elementales, según las leyes de la asociación de ideas. Puede considerarse a D. Hume (*Tratado de la naturaleza humana*, 1739) y a D. Hartley (*Observations on Man*, 1749), como fundadores del asociacionismo, ulteriormente desarrollado con amplitud y defendido por James Mill (*Analysis of the Phenomena of the Human Mind*, 1839), John Stuart Mill (*Lógica*, 1848) y Alejandro Bain, (*The senses and the intellect*, 1855). [E.]

estructura de la mente; consistiendo la actividad mental en que cada idea arrastra consigo hacia la luz cualesquiera de las ideas que se encuentren en conexión o asociación con ella.

Otra forma de concebir lo que hemos denominado *estructura mental,* es la de identificarla con la estructura del sistema nervioso, método adoptado de ordinario por quienes aceptan literalmente la descripción de la conciencia como aglomeración de sensaciones. Considérase cada sensación unida a algún elemento funcional del sistema nervioso o del cerebro. Se consideran dichos elementos cerebrales como asociados para formar una máquina inmensamente compleja. Al actuar sobre las partes de esta máquina, las impresiones físicas liberan corrientes de energía que se desplazan en todas direcciones, de un modo determinado por las conexiones de las partes, hallando su salida en los nervios motores que inervan los músculos y producen los movimientos corporales que constituyen el comportamiento. Así excitados para cumplir su función como eslabón del mecanismo, como engranajes de la máquina, ciertos elementos cerebrales incidentalmente expelen sensaciones de diversa cualidad, cuyos sucesivos enlaces forman la corriente de la conciencia. Esta opinión es muy aceptada, y creyendo radicalmente en su verdad, millares de estudiosos se apartaron de la psicología como de un estudio místico semejante a la astrología o a la alquimia, y armados de bisturí, microscopio y cien ingeniosas técnicas de refinada investigación, se consagraron por entero a la exploración minuciosa de la estructura cerebral, persuadidos de que allí se oculta el secreto de la naturaleza humana.

Hemos admitido ya la posibilidad de que tal opinión y tal método puedan finalmente autojustificarse; pero en el presente estado de la ciencia existen tres buenas razones para no abrazarlos. Primero: carece de fundamento la suposición de que de los procesos mecánicos de las estructurales materiales, no obstante su complejidad, puedan surgir movimientos dotados de las características del comportamiento. Segundo: no es lícito creer que a tales procesos les sea dable producir por sí mismos sensaciones o sentimientos o identificarse en alguna forma con los procesos de la conciencia. Tercero: si adoptamos este criterio, estableciendo límites fijos para el juego de nuestro pensamiento, obstruiríamos nuestra tarea justamente cuando empezamos a edificar nuestra concepción de la estructura mental. Si dicho criterio estuviera bien establecido, tal restricción de la especulación sería, no obstante, ventajosa; pero en tanto el problema continúe oscuro, evitaremos aceptar tales límites, porque muy bien podría ocurrir que esta estructura rechazase cualquier descripción en términos de la distribución espacial de cualquier clase de elementos.

Debemos ahora llamar la atención contra esa tendencia natural a concebir toda estructura conforme a la pauta de las estructuras materiales, es decir, como consistentes en una disposición espacial de partes conexas. Acaso corresponda señalar que el uso común aprueba el empleo de la palabra *estructura* para describir sistemas que no tienen nada de ello. Hablamos de la estructura de un relato, de una comedia o de una obra musical, expresando con ello que al contemplar el total lo vemos compuesto por partes, cada una de las cuales se vincula con el todo y con todas las partes restantes de un modo signi-

ficativo o que concurre a determinar la naturaleza característica de esa totalidad. Es en tal sentido que hablamos de la estructura de la mente, considerándola como una totalidad integrada por partes sistemáticamente relacionadas. Pero no hemos de suponer que la estructura de una composición teatral o de una sonata guarde perfecta analogía con la estructura de la mente, si bien será mucho más aproximada que la proporcionada por una máquina de vapor.

Debemos, pues, construir nuestra noción de la estructura mental mediante un intrincado proceso de imaginación creadora, infiriendo su naturaleza a partir de la observación de sus operaciones, que se nos revelan parcialmente en la introspección y en el comportamiento de las cosas vivas.

Hemos rechazado como insatisfactorios tres de los métodos tradicionalmente empleados para la descripción de la estructura mental. Mas al proceder así procuraremos conservar toda la verdad que ellos han aportado; pues es muy improbable que métodos admitidos y utilizados por muchísimos hombres capaces sean totalmente estériles. Para obtener un método mejor, el camino más eficaz será el de intentar la superación de las deficiencias de aquellos métodos tradicionales combinando sus cualidades positivas.

Ahora bien, el más efectivo de todos los viejos métodos es, indudablemente, el que describe el proceso mental como una sucesión de ideas y la estructura de la mente como un sistema de ideas latentes. Sus expositores han realzado como alto mérito de este método el permitirnos prescindir de la noción de las facultades; sin embargo, uno de sus defectos lo indica el hecho de que la mayoría de quienes

intentaron aplicarlo en alguna medida lo combinaron con el de las facultades. Estos psicólogos se referían a la mente como si ella ejerciera sus facultades sobre sus ideas o en torno a ellas, comparándolas, recordándolas, combinándolas o distinguiéndolas, manteniéndolas o rechazándolas, o, por otra parte, recobrando u operando sobre ellas. Esta tendencia resulta de la imposibilidad intrínseca de describir el proceso mental con el método cinematográfico, así como de ignorar la acción o actividad de un sujeto. No podemos desembarazarnos de la noción del sujeto sustituyéndolo por un repertorio o sistema de ideas; es el sujeto quien tiene y manuctúa las ideas, manteniéndolas reunidas para formar la mente. Porque si admitimos la existencia de las ideas, asimismo debemos reconocer que, consideradas como cosas, no se dan esparcidas por el mundo como existencias libres y aisladas, sino unidas en sistemas, cada uno de los cuales constituye una mente.

Ya hemos aprobado el método que describe al proceso mental como la actividad de un sujeto. Pero en lugar de decir que el sujeto ejerce dichas actividades sobre las ideas, acordamos que el sujeto o la mente (según podemos expresarnos ahora, si lo preferimos) piensa los objetos en estas diferentes maneras. Ahora bien, si aceptamos un sujeto, hemos de admitir que posee ciertas facultades, pues un sujeto desprovisto de capacidades sería una nulidad. Cuando hablamos de *facultad* queremos significar una capacidad para pensar o tener conciencia de los objetos en una forma primaria, irreductible o no analizable: capacidad que debemos tomar como un hecho y a la cual no podemos esperar explicar como una conjunción de capacidades más fundamentales. En este sentido deben reconocerse el conocimiento, el

sentimiento y el esfuerzo como facultades mentales. Con respecto a cada una de ellas cabe formular la pregunta siguiente: ¿Se trata de una facultad única o de una clase de facultades de naturaleza similar? Parece necesario adoptar este último punto de vista. El esfuerzo hállase aparentemente constituido por dos clases primarias: esfuerzo hacia el objeto y esfuerzo por apartarse del objeto —deseo y aversión—. También el sentimiento o afecto parece estar integrado por dos clases fundamentales: el sentimiento de agrado y el de desagrado —placer y desplacer—. Por cierto, existen buenas razones para reconocer asimismo un sentimiento de excitación y otro de depresión como igualmente fundamentales e irreductibles y por lo tanto como facultades del sujeto. Resulta difícil concebir cómo podrá rehusarse admitir una mayor variedad de facultades afectivas. Nuestras emociones son infinitamente variadas; mas parece factible analizar y señalar muchas de ellas a manera de conjunciones de un pequeño número de emociones primarias, cada una de las cuales quizá sea una forma de sentimiento que escapa a todo análisis ulterior, y por consiguiente, un modo primario de ser consciente, que implica una facultad correspondiente. Mas ello constituye muy arduo problema frente al cual debemos observar una actitud abierta y franca.

Ahora es menester examinar esta pregunta: ¿el conocimiento es el ejercicio de una facultad única, o hemos de admitir varios modos de conocimiento consistentes en el ejercicio de una facultad distinta? A fin de responder a esta cuestión es preciso ajustarse a los principios siguientes: todo cuanto en nuestro pensamiento es descriptible en términos de objeto, no implica una facultad; comprende una

facultad sólo cuando el modo de pensar sobre un objeto es primario e irreductible; una facultad puede ejercitarse sobre toda clase de objetos. Es verosímilmente imposible admitir una única forma de conocimiento, por ejemplo, la mera aprehensión o conciencia de los objetos. Porque además de pensar o tener conciencia de los objetos, los afirmamos o los negamos, actividades que parecen constituir modos primarios del conocimiento o del pensamiento (o dos variedades de un modo primario): la afirmación y la negación parecen asentarse, pues, en una facultad especial (o facultades), y todos los procesos de juicio y razonamiento son ejemplos del ejercicio de dicha facultad.

Resulta difícil negar que la actividad comprendida en el proceso de la comparación sea el ejercicio de una facultad especial; pero es dudoso que debamos reconocer algunas otras porque, fuera de los citados, cualquier otro modo de pensar probablemente sea explicable como la ejercitación conjunta de las facultades que se enumeraron antes. Por ejemplo: el reconocer o el recordar es un pensar de nuevo sobre un mismo objeto, y juzgar o afirmar significa que éste es el mismo objeto sobre el que hemos pensado antes. Percibir (en sentido estricto) es pensar un objeto presente; pero lo que distingue la percepción de la imaginación o del pensamiento de un objeto ausente, es en apariencia susceptible de ser descrito como una diferencia entre los objetos en los dos casos. Idéntica diferenciación rige entre lo que se llama una idea abstracta, una idea general y una idea particular. Lo primero significa pensar un objeto abstracto, lo segundo en una clase de cosas, lo tercero acerca de una cosa particular. Aquí podemos preguntar otra vez: ¿Nuestro pensamiento

del espacio y de la extensión suponen una facultad de intuición especial, según suele sostenerse? Cabría responder: El espacio y la extensión y la posición son, más que formas de pensar, objetos o atributos de objetos. Y si formulamos la misma cuestión en lo atinente al tiempo y a la duración, cabe una contestación similar: la duración es un atributo de los objetos, y no un modo de pensar.

Debemos conceder estas verdades al método o a la teoría de las facultades y tomarlas como tales. Ahora bien, ¿qué podemos decir del método de las ideas? El hecho al que —con arreglo a tal método— se denominó presencia de una idea de un objeto en la conciencia, nosotros preferimos expresarlo diciendo que el sujeto está pensando en el objeto. Entonces, ¿cómo describr el hecho al cual —conforme a ese método— se ha denominado presencia latente de la idea en el almacén de la memoria? Ahora bien, una multitud de hechos permite inferir que la capacidad de un sujeto determinado para pensar de cierta manera sobre cierto objeto, implica un desarrollo correspondiente en su estructura mental. El hombre sólo puede pensar en aquellas cosas en las que aprendió a hacerlo; aprendizaje que constituye un proceso de construcción gradual de aquella capacidad mediante sucesivos esfuerzos para pensar más adecuadamente en el objeto; y ello, que perdura entre los actos sucesivos del pensar sobre el objeto, es la potencialidad de pensar en él nuevamente. Potencialidad a la que el método de las ideas caracteriza como persistencia de las mismas en la memoria. Ahora bien, ella no es, como la facultad de pensar, una potencialidad de pensar en general, sino de pensar un objeto específico. Por lo tanto, en toda estructura mental existe algo que perdura como base de

la potencialidad de pensar cada objeto específico mentalmente pensable. Para designarlo necesitamos un nombre neutral, que no suponga nada. Coincidimos en que no debe llamárselo idea inconsciente o latente. Acaso el mejor término sea *disposición mental,* porque es lo que dispone o capacita a la mente para pensar o ejercer sus facultades cognitivas, afectivas y volitivas sobre un objeto.

Toda mente desarrollada comprende muchas de estas disposiciones, y el desarrollo consiste sobre todo en la construcción de las mismas. Podemos concebir una mente no desarrollada como formada por facultades desprovistas de disposiciones; o sea como teniendo que aprender todo. Pero, hasta donde alcanza nuestro conocimiento, sabemos que toda mente posee alguna disposición y que son numerosas las del ser humano adulto y normal.

La mente del hombre es un microcosmo donde el mundo —en la medida en que le es dable conocerlo— está detalladamente representado, con una disposición para cada tipo de objetos y de relaciones pensables. Si es capaz de pensar, por ejemplo, en un caballo, o en un cubo, o en el calor, o en la energía, o en la relación causal, es porque en su mente existe la disposición correspondiente a cada uno de dichos objetos.

Las diversas disposiciones mentales no se dan simplemente una junto a la otra; debe concebírselas más bien como funcionalmente relacionadas para formar un vasto y elaborado sistema orgánico: la estructura mental. Cuanto más perfectamente organizada esté la mente, tanto más complejos serán los objetos del mundo y las relaciones representadas en aquélla por las disposiciones y por sus relaciones funcionales. El sistema total integrado por todas las

disposiciones cognitivas constituye lo que ordinariamente se designa como el conocimiento poseído por la mente.

Una de las principales tareas de la psicología es, pues, la de proporcionar una descripción general de estas disposiciones y de sus relaciones funcionales, y dar alguna noción general acerca de su desarrollo y organización. Son estos los problemas que las diversas ramas de la investigación psicológica tratan de esclarecer siguiendo sus métodos particulares, tema que trataremos luego. Apuntemos aquí algunas conclusiones generales.

Debemos concebir las disposiciones cognitivas como formando sistemas menores, los que a su vez se vinculan dando lugar a otros más amplios, éstos a su vez a otros mayores aún, y así sucesivamente, hasta que mediante una sobreordenación, la totalidad se une en un vasto sistema.

Debe concebirse la relación entre las disposiciones de un sistema de orden inferior, no como una conexión directa, sino como su conexión común con una disposición de orden más elevado en correspondencia con un objeto más general. He aquí un ejemplo: las disposiciones mediante las cuales pienso en el caballo y en el perro respectivamente, se conectan con las del objeto más general, mamífero, y ésta, por su parte, con la de un objeto más general, vertebrado, y ésta nuevamente con otro de mayor generalidad aún: animal.

La relación entre la disposición más general y la más especial es de tal índole que la actividad de la última implica la de la primera; así, por ejemplo, no me es dable pensar en un caballo sin considerarlo como un mamífero, vertebrado, animal y objeto

sólido y material. Que pensamos en esa forma completa, inclusive en el acto incidental de una percepción, demuéstralo el hecho de que si el caballo exhibiese propiedades distintas de aquellas significadas por estos términos generales, por ejemplo, si lo vemos volar o nadar bajo el agua o poner un huevo, o si no ofrece resistencia al tacto, nuestro proceso mental se vuelve discordante y desordenado, y llegaremos a un estado de confusión y asombro: en rigor vacilaremos en considerar tal objeto como un caballo. En suma, al percibir un objeto como caballo movilizamos un enorme caudal de conocimientos adquiridos por experiencia; es decir, por haber pensado previamente sobre los caballos, sobre los animales y sobre cosas materiales en general. Este ejemplo evidencia cuán inadecuadamente se describe un proceso tan sencillo como el de la percepción de un caballo al decir que se evoca en la conciencia un cierto campo de sensaciones de cualidades particulares y de configuraciones espaciales. La impresión sensorial meramente inicia el proceso del pensar. La primera vez que un niño ve un caballo recibe una impresión sensorial similar a la mía; pero su percepción constituye un proceso mucho más simple que el mío, esa diferencia resulta imposible describir en términos de sensaciones. No obstante, su percepción del caballo puede ser mucho más rica que la simple recepción de la impresión sensorial; puede percibirlo como una cosa sólida que se está moviendo por allí, y si alguna vez experimentó la percepción de una vaca, puede percibirlo, o sea, en lenguaje más técnico, apercibirlo como si fuera una vaca, asignándole tal vez este nombre y comportándose con respecto a él según aprendió a hacerlo en relación con ese animal.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. N. A. M.

Recurriendo al método estático para la descripción, podremos decir que no es una mayor riqueza en las sensaciones o imágenes de mi conciencia lo que hace que mi percepción del caballo sea más completa y adecuada para actuar que la del niño, sino la evocación de un más rico "significado" mediante una impresión sensorial similar. Este *significado* es la expresión en la conciencia de la iniciación de la actividad de un vasto sistema de disposiciones construidas en la mente por el pensamiento desde la infancia.

El presente ejemplo asimismo servirá para denunciar cuán inapropiadamente describe los hechos el método de las ideas, porque el pensar en un caballo no consiste en llevar a la luz de la conciencia cierta entidad hasta entonces almacenada en algún oscuro compartimiento mental, sino más bien en un acto de la facultad cognitiva determinado y dirigido por la actividad de un complejo sistema de disposiciones mentales. Notemos que al percibir o pensar de algún modo en un perro, movilízase gran parte del mismo sistema, puesto que se lo conoce como un mamífero, vertebrado, animal, objeto sólido, etcétera; y es sólo en la medida en que se lo conoce como perro-mamífero, más que como caballo-mamífero, que difieren las disposiciones actuantes.

Supongamos ahora que en lugar de percibir un caballo o un perro cualquiera, percibo mi perro Jack. La impresión tiene para mí un significado más rico todavía: significa todo lo que la impresión de cualquier otro perro implica, y no sólo lo pienso como representante de la especie canina, con todo cuanto implica, sino asimismo como el perro que acudirá a mi llamado y que en diversas circunstancias se comportará de esta o aquella manera; en una

palabra, de él aguardo lo que de los perros en general y mucho más. Mi comportamiento a su respecto es especial y particular: si un extraño lo maltrata experimento tan amargo resentimiento como si lo hubiera hecho conmigo, y si por el contrario lo agasaja quédole agradecido. Todo ello revela que dentro de mi sistema mental "perro", se ha diferenciado un sistema especial subordinado, que actúa además de todo el sistema —perro— cuando pienso en mi perro Jack.

Esta última observación nos lleva a considerar cómo se desarrollan los sistemas y las disposiciones en la mente. Ninguna disposición es enteramente una creación nueva; cada una distínguese más bien como una especialización dentro de alguna disposición preexistente; y es de esta suerte —merced a esa especialización interna de cierto número de disposiciones menores—, como una disposición llega a constituir un sistema de disposiciones. Y cuando, gracias a la diferenciación de nuevas disposiciones dentro de ellas mismas, las disposiciones que forman tal sistema tórnanse sistemas a su vez, el sistema padre conviértese en sistema abuelo, y más tarde, en virtud de ulteriores cambios similares, en sistema bisabuelo. En consecuencia, el sistema mental es comparable a una familia cuyas sucesivas generaciones prosiguen viviendo y trabajando contemporáneamente: las disposiciones son los miembros individuales y el trabajo de cada uno es soportado por todos los de las generaciones que le preceden en línea directa. Así, la disposición mediante la cual pienso en mi perro se diferenció de la del perro en general, y ésta a su vez de la del animal en general, y así sucesivamente.

Es éste un delineamiento demasiado simplificado del crecimiento y relación de los sistemas mentales. Si el proceso de descendencia o gemación fuera la única manera de desarrollo de los sistemas, sería justificado conceptuar todas las disposiciones de una mente como descendientes lineales de alguna disposición original, y en cierto modo tendríase un símil de la estructura mental en la imagen de un árbol con su tronco, ramas y brotes, hallándose estos últimos sometidos por todas las partes del árbol del cual son descendientes lineales por gemación. Y si el proceso total de desarrollo se dio en el curso de la vida de una sola mente, cabría describirla aún no desarrollada, en su condición primitiva, como formada por una disposición simple que permitiría a su poseedor pensar únicamente en un solo objeto muy general. El pensamiento de tal mente en su aspecto cognitivo estaría representado por las palabras *existe alguna cosa,* quedando la naturaleza del objeto sin especificar. Mucho más exacto es describir así el crecimiento mental que en la forma inversa (como ocurre a menudo); es decir, empezando con la detallada aprehensión de un número de objetos diferentes como si fueran inconexos, a fin de proceder luego a una clasificación conjunta de los que se asemejan, o trayendo a la mente las ideas de los rasgos por los cuales se asemejan para formar de esta manera una idea más general.

El niño no comienza distinguiendo claramente este gato o aquel perro, y no combina los rasgos iguales de todos los gatos y de todos los perros en ideas generales, ni construye partiendo de allí la idea todavía más general de bestias o animales cuadrúpedos. Antes bien, empieza percibiendo todos los gatos y todos los perros como cosas que están

en movimiento y a las cuales él evita por temor o, por el contrario, trata de tomarlas. A través de tales experiencias aprende a pensar vagamente sobre las cosas móviles por oposición a las inertes, en tanto la disposición así formada llega a diferenciarse y aprende así a distinguir el gato del perro, y a pensar de la misma forma a propósito de otros animales: como cosas que se mueven y responden a sus acciones al igual que sus semejantes. Parece como si, al igual que muchos salvajes, el niño llegara a pensar los animales como seres semejantes a él, aceptando cada nueva variedad hallada en calidad de miembro de la misma clase de seres. Sólo gradualmente aprende a discernir las diversas clases como distintas de él en numerosos aspectos. Pues la mente en desarrollo no realiza por sí sola la clasificación científica del reino animal, producto del trabajo de muchas mentes, el cual, formulado en palabras, es utilizable para la dirección del desarrollo y la diferenciación del sistema de cada mente en evolución.

Mas esta diferenciación por actos de progresiva discriminación no es el único proceso del desarrollo de la estructura mental. También tiene lugar otro, de suma importancia: la percepción de semejantes entre los objetos. En lo que se refiere a las disposiciones y sistemas comprendidos, constituye un proceso que resulta de la conjunción de sistemas previamente separados, para formar un sistema único. Apelando a los términos del símil dado por la estructura de un árbol, cabe decir que una rama llega a unirse con otra de tal modo que los vástagos ubicados más allá del punto de unión se sostienen por su esfuerzo conjunto.

A título de ejemplificación, tomemos el caso de un niño que si bien sabe que las plantas constituyen

una clase de cosas diferentes, no ha aprendido a considerarlas como seres vivientes. De pronto advierte que, como los animales, las plantas son seres vivos: en ese momento en su mente se unen dos sistemas para formar un sistema único más amplio; el sistema de los seres vivos apercibe el otro y se lo incorpora. De acuerdo con la analogía de las sucesivas generaciones de una familia, es legítimo decir que los troncos o líneas de descendencia se mezclan en distintos momentos por matrimonios entre ellas.

Como caso de una forma ligeramente diferente de este proceso, podemos mencionar el del joven estudiante de física que, habiendo aprendido a pensar sobre gases y líquidos como estados muy diversos de la materia, de pronto adquiere conocimiento de aquellas semejanzas por las cuales se clasifican como fluidos. Los dos sistemas construidos por sus observaciones referentes a los gases y a los líquidos fusiónanse en un sistema nuevo, cuya posesión permítele al sujeto pensar acerca de las propiedades en las que divergen. O retomemos el caso de un niño que si bien se halla familiarizado con los huevos de los animales y con las semillas de las plantas, nunca pensó en sus semejantes, hasta que, al escuchar la palabra huevo aplicada a la semilla de una planta, o la palabra *germen* aplicada a ambos, es conducido a ello, tras lo cual dicho vocablo llega a significar para él las propiedades comunes a ambas clases de objetos. En tales casos el lenguaje guía la mente en desarrollo para ejecutar el proceso de síntesis que alguna que otra mente ha logrado antes como personal hallazgo. El ejemplo clásico y más comúnmente citado de apercepción original es el descubrimiento de Newton de la similitud entre el movimiento de la luna y el de los cuerpos que caen y

su pensamiento ulterior acerca de tales procesos como casos de gravitación.

El proceso de síntesis aperceptiva produce una simplificación de la estructura mental y del lenguaje que la traduce, mediante la cual se convierten en instrumentos más efectivos del pensamiento. Puede considerarse como un proceso por el cual se rectifican las fallas del proceso de diferenciación. Porque si imaginamos una mente desarrollándose desde su condición primitiva, postulada en la página 82, a través de procesos idealmente perfectos de sucesivas discriminaciones de objetos y las correspondientes diferenciaciones de las disposiciones, veremos que a fin de perfeccionar su estructura y de llegar a constituir un verdadero microcosmo que refleje fielmente el mundo total de los objetos y de sus relaciones, no será menester la fusión sintética de los sistemas.

Ilustremos este punto, refiriéndonos otra vez a la vida. Supongamos, en primer lugar, que tal mente pensara cada cosa viviente con la que se encuentra, simplemente como tal, sin variedades discriminativas; las conocería meramente como poseedoras de las propiedades comunes a todas las cosas vivientes; es decir, ejerciendo la propiedad fundamental de reaccionar igualmente a las cosas en la medida de su semejanza. Podríamos suponer que distinguiría luego los animales de las plantas, y después las grandes clases de cada reino, para llegar paso a paso a la distinción de las especies y variedades, y por fin a los seres individuales, diferenciando en el proceso las disposiciones correspondientes.

Cabría suponer que tal puede ser el curso de desarrollo de un intelecto puro y perfecto, si un ser así fuera posible. Pero nuestro crecimiento mental es en realidad muy diferente. Cada mente humana se

desenvuelve a partir de un punto bastante avanzado y con ciertas tendencias definidas de reacción frente a los objetos, no meramente de acuerdo con sus semejanzas y diferencias intrínsecas, sino según cómo los objetos favorecen las necesidades prácticas del organismo donde la mente se halla instalada; y a través de su desarrollo cada mente llega a conocer los objetos más en aquellos aspectos que afectan dichas necesidades prácticas que en los que desde un punto de vista puramente intelectual aparecen como sus rasgos esenciales y distintivos. Por eso, si hemos de alcanzar la capacidad de pensar las cosas de un modo diferente del que sirve para las necesidades prácticas, impónese la necesidad de ese proceso de síntesis de sistemas mediante el cual se descubren las semejanzas esenciales de las cosas previamente pensadas por separado.

El uso del lenguaje desempeña un papel muy importante en todos estos procesos del desarrollo de la mente humana. En el proceso de diferenciación de las disposiciones por discriminación, el nombre ayuda a mantener como un sistema la disposición original dentro de la cual tiene lugar la diferenciación. Porque la audición del nombre dado a un objeto cumple la misma función que su impresión sensorial: pone en actividad la disposición correspondiente, permitiéndonos así seguir concibiendo como un todo la clase dentro de la cual hemos distinguido clases o individuos. Por el contrario, faltando el nombre-clase, tan pronto hemos aprendido a reaccionar diferentemente frente a los objetos discriminados, cesaríamos de pensar en la clase, el objeto original de mayor generalidad, y la disposición original decaería. Un niño que por su contacto con diversos perros ha aprendido a pensar sobre el objeto

perro-en-general, distingue luego perros ovejeros y de caza, las dos razas más comunes en su vecindad; y podemos suponer que su actitud hacia ambas razas difiere mucho, a causa de lo amistoso de los primeros y lo arisco de los otros. En las mismas circunstancias, un niño completamente privado del uso del lenguaje distinguiría entre las dos clases y propendería a olvidar, es decir, a perder la capacidad de pensar "perro" en general. Pero un niño que primero ha aprendido a llamar *perro* a los perros de ambas razas, después de haber discernido entre perros ovejeros y de caza, al oír la palabra *perro,* continuará pensando en este objeto más general. De una manera similar, un niño criado en el sur de los Estados Unidos primero aprende a pensar sobre el hombre en general y más tarde a distinguir entre blancos y negros. Pero las diferencias se acentúan tanto y las semejanzas se hacen tan leves que, a no ser por su dominio de la palabra *hombre,* peligraría olvidar que negros y blancos son variedades de la especie Hombre, así como perder la capacidad de pensar en el objeto más general Hombre.

El lenguaje tiene una función de mayor importancia aún en relación con la síntesis aperceptiva. Se ha discutido mucho si es posible el pensar sin el lenguaje. La pregunta se formula, naturalmente, sólo con respecto a las formas más elevadas del pensar, a las que implican el pensamiento de objetos muy generales o abstractos y el juicio de sus semejantes. Suele afirmarse que es imposible pensar un objeto general o abstracto, o más comúnmente, que es imposible formar ideas generales y abstractas sin el auxilio del lenguaje. Esto difícilmente puede ser cierto, porque en la mente de quien descubre por primera vez la similitud entre clases de objetos an-

tes pensados por separado, y que así piensa en el objeto más general, la síntesis aperceptiva de los sistemas debe tener lugar sin la ayuda de un nombre para este objeto más general. Al darle luego un nombre, lo fija en su mente y alcanza mayor capacidad para pensar en él a voluntad: más aún, se vuelve apto para comunicar su nueva manera de pensar a otros y para permitirles también pensar sobre el objeto más general. Por consiguiente, los nombres no son esenciales para el pensamiento de los objetos generales, pero lo facilitan enormemente: sirven como expedientes listos para movilizar los sistemas mentales correspondientes a los objetos. En el caso de los objetos generales son, para este propósito, mucho más eficaces que la impresión sensorial de cualquier objeto individual de la clase, pues mediante la impresión sensorial se piensa más que el objeto general el objeto individual con sus peculiaridades específicas; y cuando nuestro fin es descubrir verdades relativas a la clase, el pensamiento de las notas peculiares de los individuos obstaculiza el razonamiento. Segunda gran función de la palabra es fijar y hacer comunicables los productos del pensamiento de las sucesivas generaciones de la humanidad. El lenguaje de una comunidad formula de manera objetiva su progreso intelectual; refleja la estructura mental de sus individuos, permite y realmente insta a cada generación a construir su estructura mental con arreglo al modelo establecido por las generaciones anteriores.

Además de los dos grandes procesos por los cuales en la mente se desarrollan disposiciones y sistemas mentales que permiten pensar sobre una cantidad de objetos según sus naturalezas intrínsecas y sus afinidades, se da otro proceso de diferente naturaleza,

del cual resulta que los objetos se piensan como relacionados para formar grupos y series con arreglo a los accidentes de tiempo y de lugar que han determinado su conexión para la mente. Es decir que, además de todo ese desarrollo que trasunta muy parcialmente la constitución del mundo de los objetos, la estructura mental asimismo refleja en una forma muy parcial la historia del mundo, es decir, en la medida que esa historia ha sido observada por la mente en cuestión, sea directa o indirectamente. Los objetos son pensados en conjunto o en sucesión a causa de que se presentan a la observación del sujeto como rasgos significativos de una escena o de una serie de incidentes. Una vez que la mente ha percibido, o dicho de otra manera, pensado los objetos particulares como partes relacionadas de una escena completa o de una serie de acontecimientos, retiene (en cierto grado) el poder de pensarlos nuevamente en relaciones similares. Esta capacidad de volver a pensar los objetos en las relaciones históricas en que fueron pensados antes, implica que en la mente se forman y persisten lazos funcionales entre las disposiciones correspondientes. La estructura mental desarrollada comprende un amplio sistema de tales enlaces entre sus disposiciones, a los que generalmente se los llama nexos asociativos, y se dice que los objetos están asociados en la mente. En virtud de tales lazos entre las disposiciones, es suficiente el pensamiento de cualquier objeto para que la mente se vea conducida a pensar otro, asociado con él. De esta suerte, si en alguna ocasión he visto un gato sobre el lomo de una jaca, podré pensar sobre ese último cada vez que vuelva a pensar en la jaca. El método estático describe este hecho expresando que la idea de la jaca se halla asociada con

la idea del gato, y que por lo tanto una de las ideas reproduce o tiende a reproducir la otra.

La formación de tales nexos asociativos entre las disposiciones, constituye un importante rasgo del desarrollo de la estructura mental. Es obvio que este proceso es muy distinto de los procesos aperceptivos de diferenciación de las disposiciones y de síntesis de sistemas que ya hemos discutido. En tanto que de éstos resulta la capacidad de pensar en objetos previamente no pensados, aquéllos simplemente conducen a pensar objetos particulares como manteniéndose entre sí en alguna relación externa, tal como proximidad espacial o sucesión temporal.

Se han estudiado minuciosamente las leyes de tal asociación y reproducción asociativa, habiéndose alcanzado un detallado conocimiento de las mismas, que no cabe examinar ahora. El punto más importante a destacar es que la mente no desempeña un papel pasivo en la formación de las asociaciones. Los objetos llegan a asociarse en la mente, no sólo porque se presentan a los sentidos en forma simultánea o en sucesión inmediata, sino cuando, y porque, la mente los percibe o piensa como relacionados, cosa que hace sólo en la medida en que le interesan sus relaciones, es decir, en tanto que ellos excitan alguna tendencia conativa. Volvamos al ejemplo de la jaca y el gato: si al mirar a los animales el gato se hubiera encontrado sobre el suelo a escasa distancia de la jaca, apenas los habría notado y no los habría asociado. Pero su relación espacial implica una amistad infrecuente entre ellos, que despierta mi interés en el comportamiento de estos animales; de donde resulta que, de todos los detalles de la escena, la mente enfoque estos dos objetos y sus relaciones. Destaquemos de paso que ello ilustra

la imposibilidad de describir en términos de sensación e imaginación inclusive un proceso asociativo tan simple como éste. La mera relación espacial de las dos formas visuales carece de interés: la situación incita mi interés y atrae mi atención sólo porque ellas significan para mí algo más que lo que se presenta a mis ojos.

En virtud de los lazos de asociación así formados entre las disposiciones, somos capaces de reconstruir en la memoria las escenas y acontecimientos vividos, actividad correctamente denominada imaginación reproductora. En el grado en que este proceso se halla condicionado por los lazos entre las disposiciones, se tiende a volver a pensar cualquier serie de eventos en el mismo orden como se los pensó o percibió originariamente. El relato de un incidente que hace una persona de tipo mental simple, que habla por hablar, suele denunciar un proceso mental que casi no se diferencia de la sucesiva excitación de las disposiciones a través de lazos de asociación. Todo este pensamiento asociado, empero, se hallan en alguna medida gobernado por la intención o conación que mantiene la actividad. Esta influencia de la intención dominante se revela en la selección y acentuación de los rasgos o fases del incidente pertinentes a este propósito, así como en el descuido y supresión de aquellos que no lo son. El mecanismo asociativo constituye así una parte casi mecánica de la estructura mental, la que también funciona de un modo casi mecánico, proveyendo el material para el trabajo de la actividad creadora del pensar. En todos los pensamientos consecutivos desempeña cierto papel, pero éste varía ampliamente en la determinación del curso de la actividad mental. Asimismo interviene preponderantemente en cualquier sencilla y fiel na-

rración de acontecimientos observados. En el relato con propósitos estéticos, su acción modifícase mucho por la selección intencionada y por cierta especial acentuación. Cuando —dominado por tal objetivo— el narrador se permite embellecer la historia con aditamentos y la elección de incidentes, su papel subordínase aún más a la actividad creadora. En la invención de una historia ficticia —novela o drama— este dominio de la reproducción asociativa por el pensamiento creador intencional toca sus extremos, si bien la actividad aún entraña la cooperación de ambos procesos. En la medida en que es verdaderamente creadora, tal composición implica los procesos aperceptivos por los cuales desarróllanse las disposiciones mentales y los sistemas; y en cuanto reproductora, entraña meramente una preferencia electiva entre las muchas vías alternativas de asociación, preferencia condicionada por el designio del artista.

Hemos distinguido dos partes en la estructura mental directamente interesadas en la cognición: primero, la desarrollada mediante procesos aperceptivos, que consiste en las disposiciones mentales y sistemas funcionalmente vinculados en correspondencia con las relaciones lógicas entre los objetos; y segundo, la desarrollada por asociación, consistente en lazos asociativos entre las disposiciones y los sistemas que en mayor grado que las relaciones lógicas reflejan la sucesión histórica de los acontecimientos. Tal vez convenga ilustrar dicha distinción así: imaginemos una pareja de mellizos cuya constitución mental heredada sea muy semejante. Imaginemos que se los educa en lugares separados y en ambientes sociales también separados aunque muy similares, y que se los somete a procesos educativos sumamente parecidos. La consecuencia será que: con respecto a la "estructura lógica", sus mentes resultarán muy semejantes, pero acusarán una gran disimilitud en lo referente a la "estructura histórica". Puestos en situaciones análogas, enfrentados a problemas o tareas iguales, sus procesos mentales se mostrarán muy parecidos, y, por lo general, arribarán a conclusiones afines, aunque las particularidades de su pensamiento serán constantemente diversas, algo así como dos hombres que piensan los mismos pensamientos en lenguajes diferentes.

Hasta aquí hemos considerado la estructura mental en cuanto condiciona la cognición; pero se ha visto que todo pensamiento es afectivo y conativo al par que cognitivo. El conocimiento está a las órdenes del sentimiento y de la acción; es el proceso por el cual la voluntad trabaja en favor de su fin y de la satisfacción resultante de su cumplimiento; y todo el complejo desarrollo de las condiciones de la vida cognitiva —indicado a grandes rasgos en las páginas precedentes— obtiénese a través de los esfuerzos cumplidos por la voluntad a objeto de lograr sus propósitos.

Desde el punto de vista biológico, la función de todo proceso y estructura mental es la de preservar y promover la vida de la raza y la del individuo en la medida en que sirve a la supervivencia de aquella. Aquélla es preservada y promovida por las actividades corporales, entre las cuales los movimientos de las extremidades y de otros órganos motores revisten extraordinaria importancia, pudiendo considerárselos aisladamente sin incurrir en serio error. Toda actividad mental normalmente origina movimientos corporales, puesto que sólo provocándolos y guiándolos puede llenar su cometido. La conación

es la aplicación de la energía mental a la dirección y mantenimiento de las actividades corporales, mediante las cuales la vida de la raza se afianza y progresa, y la cognición gobierna la actividad corporal sólo por medio de la conación.

Como se señaló antes, el ciclo primitivo de la actividad intencional o mental parece ser (como ya dijimos) cognitivo, evocador de sentimiento y conación; esta última, al derivar en actividad corporal motiva una nueva cognición, que a su vez provoca un sentimiento de satisfacción y pone fin a la conación. Por ejemplo, advierto que un hombre parado detrás de mí me ha golpeado. Esta cognición evoca en mí un sentimiento de cólera y un impulso irresistible de devolver el golpe. El impulso inmediatamente encuentra desahogo en la acción y veo el objeto de mi pensamiento tendido sobre el suelo. Esta nueva cognición termina la conación, y mis sentimientos de cólera ceden su lugar a otros de satisfacción. O puede ocurrir que la nueva cognición —el ver caído a mi enemigo— evoque un sentimiento de piedad y un impulso a socorrerlo que me hace arrodillar a su lado. Este acto sólo cede y termina en un sentimiento de satisfacción cuando compruebo que no ha sufrido una herida seria. En este caso, al primero sigue un segundo ciclo de conocimiento —sentimiento y esfuerzo—, y de esta manera la recurrencia del ciclo puede prolongarse indefinidamente.

El comportamiento de los animales y de los niños pequeños expresa a menudo estos sencillos ciclos de pensamiento perceptivo. Pero la mente del adulto normal hállase tan complejamente organizada, que rara vez trabaja de manera tan simple. En la situación examinada antes mi cognición puede complicarse al entrar en conocimiento de que el hombre está

ebrio o que es irresponsable, o, siguiendo un principio general de conducta, puedo reprimir mi impulso colérico, o puedo haber aprendido a sustituir la acción de natural desahogo del impulso con alguna hábil maniobra de judo que derriba a mi adversario con eficacia mayor aún. O el ciclo de actividad iniciado por el golpe puede prolongarse de la siguiente manera: mi adversario elude o rechaza el golpe con energía; esto enciende más intensamente mi impulso frustrado y me lanza con furia sobre él. Sigue una larga lucha en la que, repetidamente obstruido y estimulado, mi impulso apela a toda la energía orgánica, hasta que mis esfuerzos sólo terminan por el agotamiento total de mis reservas de energía. Este tren de actividad, situado casi completamente en el plano perceptivo, consiste en la adaptación de mis movimientos en una forma sucesiva, a medida que voy percibiendo las cambiantes posiciones de mi adversario. Es un ciclo recurrente de cognición, conación y sentimiento, en el que, incapaz de satisfacción, la primera persiste y se fortalece con cada nueva cognición.

El impulso colérico también es susceptible de ser reprimido por uno de temor, que me insta a la retirada. En tal caso, en cuanto me hallo a salvo, puedo repensar en el incidente, revivirlo imaginativamente. Ello renueva el impulso colérico, que, insatisfecho, me lleva a pensar en mi adversario; y el insulto continúa irritándome. Al querer olvidar este incidente pienso más en él, y aun cuando logro ocuparme de otros asuntos, mi conciencia conserva un tono de desagrado y fastidio. Involuntariamente me encuentro concibiendo proyectos de venganza y acaso permanezco despierto en la oscuridad de la noche, aprieto los dientes, cierro los puños, transpiro

y experimento calor y frío. La frustración del impulso me insta a planear un elaborado plan de venganza. Imagino que encuentro a mi adversario en un lugar público y que le asesto un golpe terrible. Pero reflexiono: él tiene mayor fuerza que yo, y al volver el temor, se reprime y desvanece esta línea de pensamiento, que ni siquiera así, en la imaginación, consigue satisfacerme. Entonces pienso que lo aguardo en una noche oscura y lo ataco con un garrote o con un arma; o maduro un plan para dañar sus negocios o su reputación social.

Ahora bien, toda la actividad mental que implica el pensar estos proyectos de acción, puede no ser volitiva en el sentido estricto del término. La volición comienza cuando intento decidir la ejecución de uno u otro plan, cuando trato de olvidarme del asunto o de perdonar la ofensa. El planeamiento es una actividad intencional; pero puede hallarse completamente sostenido por el impulso colérico involuntario, que al no haber alcanzado su fin natural y al seguir conduciendo el incidente a la conciencia, persiste, renovándola así mediante un verdadero círculo vicioso. Cabe preguntar: ¿cómo puede afirmarse de dicho tren de actividad mental pura (como lo es el proyectar una línea de acción) que se ajusta al esquema expuesto como típico, es decir, al ciclo de cognición, conación, sentimiento y actividad corporal, que provoca nueva cognición y otra vez conación, sentimiento y actividad corporal? Porque podría decirse que la actividad corporal hállase ausente del ciclo. Corresponde contestar que la actividad corporal en la que termina cada ciclo del pensar, sólo está parcialmente suprimida y disfrazada, cosa que comprenderíamos si reflexionáramos acerca del comportamiento en circunstancias similares de un ser humano de tipo similar, de un salvaje o de un niño. El niño encolerizado cuyo temor frena su impulso de desquite inmediato, corre hasta una distancia protectora y grita: "Agarraré un cuchillo grande y te cortaré la cabeza", acaso reforzando las palabras con gestos. Este es su plan primitivo de venganza. Ahora bien, acompañen o no a su palabras otra actividad corporal, su expresión es en sí misma una actividad de esta clase: el niño está pensando o planeando en voz alta, y ésta es la forma natural y primitiva de pensar, en la medida en que el pensamiento no encuentra otra expresión corporal. Muchos salvajes y niños comúnmente piensan en alta voz. La supresión de la expresión vocal de las palabras utilizadas en el curso del pensamiento, es un hábito adquirido bajo la influencia de la costumbre y de nuestra tendencia natural a economizar energía; pero, aunque pueda suprimirse la articulación, el uso de palabras en el curso de nuestro pensamiento continúa siendo el equivalente de la actividad corporal: las palabras desempeñan en cada ciclo del pensamiento el mismo papel; el impulso conativo encuentra desahogo en una formulación verbal que inicia un nuevo ciclo.

Ahora debemos considerar el problema de cómo la estructura mental determina el sentimiento y la conación. Desde ya corresponde formular la pregunta: ¿además de conocimiento, cada disposición cognitiva determina también sentimiento y lucha? ¿Es en su función, al par que cognitiva, afectiva y conativa? No caben dudas en lo que concierne a la respuesta. La organización mental afectiva y conativa es ampliamente independiente y se halla separada de su organización cognitiva, y para la determinación de aquellas facultades han de existir

otras disposiciones que constituyen una parte importante de la estructura mental. El lenguaje común y el pensamiento reconocen este hecho. Porque así como en el lenguaje popular empleamos la palabra conocimiento para indicar lo cognitivo en la estructura mental, úsase el término carácter para señalar su estructura en lo afectivo y conativo. Y todos sabemos que el desarrollo del conocimiento y del carácter no constituyen procesos paralelos sino en gran parte independientes entre sí. Asimismo estamos al tanto de que nuestra actitud afectivo-conativa frente a un objeto es susceptible de transformarse de un modo radical, mientras nuestra actitud intelectual permanece prácticamente inmutable, según es lo que ocurre, por ejemplo, en el caso de algún objeto cuyo pensamiento evocó en mí entusiastas esfuerzos, pero que hoy me deja indiferente o me provoca cierta aversión y disgusto. Ejemplo cotidiano y trivial sería el del cambio en la actitud afectivo-conativa ante una chuleta, que se produce en un hombre hambriento después de una comida abundante.

Cuestión mucho más ardua es la concerniente a la relación de la organización mental afectiva con la conativa. Es evidente que, si bien distintas, en cierto sentido hállanse mucho más íntimamente vinculadas entre sí que con la organización cognitiva. Sin riesgo de incurrir en serio error, cabe considerarlas, pues, como idénticas, y en estas páginas no intentaremos distinguirlas o separarlas.

Las bases del carácter o de la organización mental afectivo-conativa parecen consistir en disposiciones cuyo número, comparado con el de las cognitivas, es pequeño. Así como las últimas pueden considerarse a manera de canales por donde las facultades cognitivas se orientan hacia sus objetos, cabe considerar las disposiciones conativas como tantos otros a través de los cuales la facultad conativa dirígese a ejecutar formas especiales de actividad corporal en relación con objetos conocidos. Porque así como la cognición es fundamentalmente una reacción de la mente del sujeto a las impresiones corporales de los objetos (y sólo en las mentes más desarrolladas alcanza cierta independencia de las impresiones sensoriales), la conación es básicamente la dirección de los procesos mecánicos del cuerpo por la actividad mental intencionada. Y así como en principio cabe conceptuar las diversas disposiciones cognitivas como diferenciaciones de una simple disposición primitiva, es factible ver las disposiciones conativas de la mente desarrollada como diferenciaciones de una simple disposición primitiva a través de la cual la facultad conativa —la voluntad fundamental de vivir— encuentra expresión.

Esta visión de la historia evolutiva de la mente, si bien plausible, es, naturalmente, mera especulación. Pero al describir la mente humana normal como hereditariamente dotada de un limitado número de disposiciones conativas, cada una de las cuales encauza la respectiva hacia un modo específico o característico de actividad corporal, pisamos sobre el firme campo de la inferencia directa a partir de los hechos del comportamiento. Cada una de estas disposiciones se diferencia en el curso del desarrollo individual en un número mayor de disposiciones más altamente especializadas, a través de las cuales la energía conativa se manifiesta en formas más especializadas de actividad corporal. A objeto de esclarecer este punto bastará una simple ilustración. Toda mujer normal parece estar dotada de impulso ma-

ternal, que se expresa o tiende a expresarse en formas características de actividad corporal en relación con el niño, lo que implica la posesión de la correspondiente disposición conativa. La costumbre determina que esta disposición de grado relativamente bajo de especialización se diferencie en las mujeres de cada país para determinar actividades de mayor especialización, a las que llamamos expresiones del hábito, siendo posible además que cada individuo especialice estos hábitos en formas peculiares. Y a través de tal hábito o de tal diferenciación especializada de la disposición maternal común a la raza, puede canalizarse toda la energía del impulso maternal.

Hemos fijado en forma sucinta la naturaleza de las estructuras cognitiva y conativa de la mente. Réstanos describir con igual brevedad las relaciones entre ambos aspectos, que parecen ser principalmente lazos asociativos, un sistema complejo de conexiones cruzadas entre las disposiciones de ambas clases. A fin de ilustrar la formación de tales asociaciones cognitivo-conativas, y sus influencias sobre el curso de la vida mental, podemos retroceder al ejemplo (pág. 62) de la cólera producida por un golpe agresivo y reprimida por temor. Cabe suponer que hasta el momento del incidente yo era, en la medida de lo posible, indiferente a mi asaltante; que su presencia no había evocado en mí un sentimiento o actitud definidos. Pero ocurrido el hecho, no puedo pensar en él sin temor o rabia, o ambas cosas, y sin el deseo de evitar esa persona y de tomar desquite. Supongamos ahora que las circunstancias nos reúnen frecuentemente, y que en tales ocasiones su comportamiento es el de un camorrista que en forma encubierta me recuerda el agravio pasado que no me

atrevo a vengar. En cada una de esas ocasiones renuévase mi actitud de rabia y temor, y así reforzada y mantenida, transfórmase en un profundo sentimiento de odio. ¿Qué proceso mental implica el desarrollo de este sentimiento? La emoción y el impulso de cólera y sus expresiones y actividades corporales específicas en las cuales el impulso halla o tiende a hallar desahogo, implican una disposición conativa compleja. Lo propio ocurre con el impulso emocional de temor y con su expresión natural en la actividad corporal. Por otra parte, la capacidad de reconocer a mi asaltante y de pensar en él durante su ausencia, entraña cierta especial disposición cognitiva en correspondencia con ese objeto. El hecho de que inicialmente haya sido indiferente a él, en tanto ahora ya no pueda pensar en ese objeto sin rabia o miedo, o acaso sin una mezcla de ambas emociones y actitudes —hecho que expresamos diciendo que abrigamos un sentimiento de odio—, implica que estas dos disposiciones conativas se han ligado asociativamente con la disposición cognitiva y que estos lazos se han constituido en rasgos permanentes de la estructura mental.

Efecto de tal enlace no es sólo el que mi pensamiento se coloree o colme con estas emociones cada vez que el objeto del sentimiento se imponga a mi atención, sino también que me haya vuelto particularmente sensible a él. Si paso junto a un grupo de personas entre las cuales se halla, lo identificaré y lo miraré furtivamente; si se da la ocasión de asistir a la misma asamblea, aunque pueda evitar el mirarlo, estaré consciente de su presencia y de todo cuanto diga y haga; si oigo a otros mencionarlo en una conversación, sentiré deseos de oír qué se dice a su respecto. Y ello puede prolongarse, no obstante mis

mejores empeños encaminados a liberarme de este demonio del odio y de recobrar mi primera actitud indiferente. Todo mi pensamiento sobre el adversario se verá influido por mi actitud; todo cuanto lo desacredite lo aceptaré y retendré, atribuyendo a sus acciones los motivos más viles, hasta que, por repetición de este proceso de pensamiento selectivo guiado por la tendencia conativa especializada, pensaré en él como en un monstruo de iniquidad.

Examinemos mediante otro ejemplo la influencia del desarrollo de un sentimiento sobre la vida cognitiva. Imaginemos a una alegre niña cuya vida ha sido una ininterrumpida sucesión de placeres y de "compromisos" sociales. Se casa y tiene un niño. Con éste en su regazo, despiértase el impulso maternal hasta entonces dormido, y todo su deleite está en mirarlo y cuidarlo, ponderar sus excelencias e imaginar orgullosamente su futuro con los más brillantes colores. Como el hombre que alberga el demonio del odio, también ella da la impresión de hallarse dominada por un espíritu poderoso, pero aunque pudiera no lo expulsaría, pues constituye la fuente de toda su alegría. El impulso maternal y las emociones tiernas concomitantes implican la existencia de una correspondiente disposición conativa; y la formación de un sentimiento hacia el niño, el enlace de esta disposición con la disposición cognitiva, que es la condición de todo su pensamiento en torno al niño. Resultante de ello es su nueva forma de vida. Poco después de este cambio, la madre enviuda; entonces sus afectos se prodigan totalmente al hijo, todo su ser se consagra a él, y lo cuida con apasionada solicitud. El deseo de asegurar su bienestar llega a ser su motivo dominante, al cual todos sus pensamientos y todas sus acciones se subordinan.

Quizás empiece a estudiar higiene y llegue a dominar los elementos de la fisiología y los principios del vestir, de la alimentación y del entrenamiento de los hábitos corporales. Si es una mujer excepcional, acaso comience a estudiar psicología. Toda esta actividad intelectual y la resultante expansión de su estructura mental, son incitadas y sostenidas por el vigoroso impulso maternal concentrado sobre su único objeto. Todo su nuevo conocimiento se edifica en torno a su hijo, al que analiza con la misma asiduidad con que lo atiende. Siendo el niño el objeto exclusivo de ese vigoroso sentimiento de amor materno, transfórmase en el núcleo alrededor del cual se construye un sistema total de nuevos conocimientos, nuevos intereses y nuevos hábitos. El impulso maternal es la energía intencional que sostiene y dirige todas estas actividades relativas al niño y a su bienestar, y la constante orientación de esta energía hacia este objeto particular resulta del desarrollo de la estructura mental, que es el sentimiento amoroso hacia el niño. Aun cuando parezca que el amor materno surge casi completamente desarrollado, en verdad trátase de una evolución sujeta a influencias favorables y retardatarias; de un sistema de tendencias que se fortalecen con el uso y atrofian con el desuso, y que sólo gradualmente alcanzan su perfección y vigor máximos. Reflexionando sobre otros ejemplos de amor maternal comprenderemos este punto más claramente: recordamos cómo el amor de una madre de varios hijos puede concentrarse exclusivamente en uno; cómo en una mujer sin hijos el mismo impulso puede ser suscitado por algún otro objeto —un perro, o un gato, o un pájaro—, que orientándose habitualmente hacia él puede originar un sentimiento muy similar al amor materno.

Ahora bien, a fin de percatarnos cabalmente de la importancia de tal eslabonamiento cognitivo-conativo, permítaseme proseguir la historia de la madre devota. Tras algunos años de dedicación, durante los cuales el sentimiento ha crecido poderosamente y generado un gran sistema de conocimientos, hábitos e intereses, la madre pierde a su niño. Queda postrada por la pena y, pasado el primer paroxismo, permanece inerte; la fuente principal de toda su energía se ha detenido en su origen; el deseo de vivir —durante años libremente volcado a través de este sistema— no encuentra cauce adecuado por donde animar su organismo, y muere lentamente, acaso apurando su fin la tuberculosis o alguna otra enfermedad, contra las cuales carece ya de resistencias. Si continúa viviendo, su mejor oportunidad de retornar a una vida activa y saludable estriba en hallar algún nuevo objeto para su impulso materno, hacia el que, con algún reajuste, el sistema de su sentimiento dominante pueda orientar toda su actividad, reabriéndose así los canales obstruidos, los únicos a través de los cuales la energía vital podrá expandirse adecuadamente por todo su ser. De esta suerte, será capaz de volver a trabajar en favor de la infancia en general y hallar felicidad colaborando en un hospital de niños o cumpliendo otras tareas encomiables, en cuyo caso —cuando la energía del impulso maternal es desviada o reencauzada—, dícese técnicamente que se ha "sublimado".

Ejemplificando con sentimientos vigorosos y complejos, en los párrafos anteriores hemos ilustrado la naturaleza y desarrollo de las conexiones funcionales entre las disposiciones cognitivas y las conativas. La estructura de la mente del adulto normal encierra muchos de estos sentimientos, en todos los

grados de intensidad y complejidad desde lo que se llama una fantasía pasajera o una aversión, hasta los sentimientos vigorosos, perdurables y altamente complejos del amor y del odio. La base estructural de un sentimiento complejo puede comprender cierto número de disposiciones conativas. Mas la unión de éstas con algún sistema cognitivo no le impide llegar a vincularse con otras, pudiendo entrar así en la composición de los sentimientos relativos a un número indefinido de diversos objetos. De esta manera, se considerará cada disposición conativa como unida a un apreciable número de sistemas cognitivos, mediante cada uno de los cuales puede ser movilizada y a través de los cuales vierte a su turno la energía conativa, manteniendo sus actividades y promoviendo su mayor desarrollo y diferenciación.

Indiquemos al pasar que no sólo las personas, lugares y cosas materiales son susceptibles de ser objeto de los sentimientos, sino también cosas muy abstractas y generales, como las cualidades morales, el poder, la riqueza, el arte. No es una mera figura verbal decir que ciertos hombres aman la virtud, el poder o la Iglesia, y que odian el vicio, la vileza o el desorden. En cuanto al desarrollo y formación de tales sentimientos, parece que están esencialmente sujetos a idénticos principios que los que apuntan hacia objetos más concretos. Constituyen una parte muy importante de la estructura mental, ya que de ellos depende toda esa zona del comportamiento que llamamos conducta moral.

CAPÍTULO IV

LOS MÉTODOS Y LOS CAMPOS DE LA PSICOLOGÍA

La descripción preliminar de la conciencia mediante la introspección. Respuestas preferidas por la ciencia. Distinción de los campos de la psicología según los métodos de investigación y según su objeto. Predilección práctica por el primer criterio. Necesidad de ajustarse a la segunda manera de clasificación. Principales campos a distinguir. Métodos aplicables. Introspección, observación e interpretación de la conducta. — Estudios de las producciones de la actividad mental y corporal. La combinación de tres grandes métodos de investigación. "Psicología experimental". El experimento en la investigación psicológica. Ejemplos. Los experimentos más fecundos. — La "Psicología de laboratorio". La psicología de los adultos normales. El experimento en el estudio de los animales. Ejemplo. Posibilidad de la medición exacta en psicología. "Psicología matemática", "Psicología fisiológica", "Psicología comparada". — Existencia y objetos dobles de cada departamento. — La solución de los problemas centrales de la psicología. Métodos de estudio. Los problemas propios de los departamentos de la psicología y su contribución al trabajo central de la ciencia. El estudio del ser humano adulto y normal como primer departamento.

Hasta ahora hemos examinado sólo uno de los métodos de estudio psicológico: la indispensable descripción preliminar de la conciencia o formas del pensar mediante la introspección. Luego precisamos la tarea central de la psicología como la descripción general de la estructura de la mente humana normal, de sus formas de actividad y de su desarrollo, e indicamos a grandes trazos los tipos de respuestas a estas cuestiones que parece preferir la ciencia.

Existen muchos campos psicológicos, que se distinguen sea por los métodos de investigación o por el tipo o clase de seres cuyo comportamiento examina. En la práctica tiende a afianzarse el primer criterio de clasificación, debido a que ciertos investigadores adquieren especial destreza en la aplicación de uno u otro método. Pero debe desecharse la división del campo total de la psicología con arreglo a este principio y preferir aquella segunda manera.

Entre los campos a distinguir según este último criterio de división, destácanse como principales los siguientes:

1) *psicología del adulto normal*;
2) *psicología animal*;
3) *psicología del niño*;
4) *psicología individual*, que trata de definir, y en lo posible de examinar, las particularidades de las mentes individuales;
5) *psicología del hombre en estados anormales y de enfermedad*;
6) *psicología social*, o sea, el estudio de la mentalidad de las masas y de su influencia sobre el desarrollo y actividad de la mente individual.

En cada uno de estos grandes grupos aplícanse todos los métodos útiles de estudio, que se reúnen bajo tres designaciones principales:

1) *Introspección*: en este título no se incluye sólo la observación introspectiva del psicólogo, sino también el estudio de las exposiciones o descripciones de otras personas. Por supuesto este método no es útil para el estudio de los animales, pero en distinta medida es aplicable en todos los campos.

2) La *observación e interpretación del comportamiento*: es decir de las actividades corporales intencionales en las que los procesos mentales de los hombres y de los animales encuentran su expresión.

3) El *estudio de las creaciones de la actividad mental y corporal*, tratando de averiguar qué enseñanzas arrojan acerca de la naturaleza y operaciones de las mentes que las forman; así, por ejemplo, el nido del pájaro, la tela de la araña, una danza salvaje, un lenguaje, un código de leyes, un sistema de creencias religiosas, una catedral gótica, un poema, un canto, el dibujo de un niño, los versos de un manfaco, un juego de destreza o de azar, una sociedad, un sistema de gobierno, todos ellos, así como cualquier otro producto de la actividad humana o animal, pueden estudiarse con mayor o menor provecho desde el punto de vista psicológico.

Por supuesto que estos tres grandes métodos de investigación deben combinarse en lo posible. Ello pocas veces resulta factible, excepto cuando expresamente se estudian actividades inducidas bajo circunstancias preparadas y controladas. Estudiar en esta forma el comportamiento humano o animal es hacer experimentos psicológicos. En los últimos años

se ha oído hablar abundantemente acerca de la "Psicología experimental", a menudo como si se tratara de un campo de estudio diferente. Pero no es así. Los experimentos pueden ser y son realizados en todos los campos de la psicología. A muchas personas les resulta difícil imaginar la aplicación del experimento en la investigación psicológica. Puede superarse tal dificultad mediante algunos ejemplos. Solicito a un amigo que divida una línea en dos partes desiguales de manera que logre el efecto más agradable o satisfactorio. Este experimento es susceptible de llevarse a cabo en forma que combine los tres grandes métodos. Observo el comportamiento del sujeto mientras toma el lápiz y divide la línea; mido las dos partes en las que la escinde, y le pido que describa —en la forma más completa posible— cómo llegó a elegir justamente ese punto. Ahora bien, partiendo de un solo experimento de este tipo, apenas puedo esperar obtener alguna conclusión válida e interesante. Pero supongamos que repito el proceso con cincuenta personas y que hallo una sorprendente conformidad en los resultados de sus actividades, es decir, que la gran mayoría fracciona la línea de modo que la longitud del segmento más corto es a la del más largo aproximadamente como 1 : 1 . 6. Sabiendo que si el más corto es al más largo como 1 : 1 . 618, entonces el segmento mayor está en igual proporción a la suma de las dos longitudes, y notando que el promedio de todas las proporciones elegidas por los cincuenta sujetos se acerca mucho a esta relación, repito el experimento con más sujetos. Supongamos ahora que cuanto mayor es el número de sujetos cuyos resultados se promedian, mayor es la aproximación. De ahí resulta que seguramente se está en presencia de indicios de una ley

del comportamiento humano, experimentalmente establecida, de considerable interés y muy apropiada para instar a una mente alerta a la búsqueda de su explicación. El resultado podría mostrar el interés que ofrecería estudiar detenidamente, tanto como los resultados de su actividad, la conducta y los datos introspectivos de los sujetos. Agreguemos que puede obtenerse una indicación de dicha ley mediante la aplicación independiente del tercer método, es decir, examinando las proporciones en los objetos de uso común y en los motivos decorativos. Mas es obvio que para el establecimiento y la investigación exacta de esta tendencia general el experimento representa un auxiliar indispensable.

Como otro ejemplo de experimento tomemos el siguiente: trato de escribir continuamente un verso conocido, mientras repito en voz alta otros versos igualmente familiares y pido a otras personas que traten de hacer lo mismo. Nuevamente aquí los tres métodos de estudio (introspección, observación del comportamiento y estudio de los resultados) son aplicables e ilustrativos. Las observaciones de estas tres clases se complementan mutuamente y suministran abundante información acerca de la posibilidad de pensar en dos cosas a un tiempo.

Pero generalmente los experimentos de mayor provecho son los que se proyectan con miras a responder a una cuestión definida. Por ejemplo, es posible preguntar: ¿aprenderé de memoria con menos repeticiones un pasaje en prosa o en verso si lo leo reiteradamente sin descanso?, ¿o será mejor hacer un intervalo tras cada lectura o agrupar mis lecturas en series cortas separadas por intervalos? Y si la segunda o la tercera distribución de las lecturas es la

más ventajosa, ¿cuál es el intervalo más favorable?, pues debe existir un intervalo óptimo.

Es sabido que cuestiones como éstas pueden contestarse fácilmente mediante cuidadosas experimentaciones, así como que es factible establecer estas respuestas como reglas empíricas útiles para todos los sujetos normales dentro de los límites definidos. Las posibilidades de aplicar la experimentación —ilustradas por los pocos y sencillos ejemplos anteriores— fueron activamente explotadas durante la última mitad del siglo pasado. Ideáronse muchos métodos ingeniosos, muchos aparatos útiles, y como la conducción de un experimento que requiere aparatos de cierta complejidad exige un laboratorio adecuado, dentro del campo de la Psicología experimental surgió una rama más especial: la "Psicología de laboratorio". Sin embargo, por exigencias prácticas, existe una tendencia a considerarla como un campo independiente. Al igual que cualquier experimento, no consiste sino en particulares refinamientos de los tres grandes métodos de observación aplicables en los diversos campos. La observación experimental y los métodos de laboratorio se aplican especialmente en el primero de los ítems de nuestra lista (pág. 107), pues únicamente con adultos bien entrenados pueden efectuarse los experimentos más completos, ya que sólo de ellos podemos esperar la necesaria paciencia y conciencia científica, así como obtener datos introspectivos uniformemente válidos. No obstante, los experimentos e inclusive los métodos de laboratorio empléanse actualmente en otros campos, en particular en el estudio de los niños y de los enfermos mentales. En el campo de la psicología infantil han sido aplicados con especial vigor y entusiasmo para elucidar muchos problemas

educacionales, tales como los siguientes: ¿Cuáles son los mejores métodos para aprender de memoria? ¿Qué efecto produce la repetición de versos o la memorización de otros asuntos sobre la memoria en general? ¿En qué grado el estudio del álgebra mejora (si ello es posible) la aptitud del alumno para la aritmética o la geometría? ¿Tiene alguna ventaja utilizar dos o más sentidos siempre que sea posible, en lugar de mirar u oír solamente? ¿De qué manera y en qué grado puede desarrollarse con provecho la imaginación visual mediante ejercicios especiales? ¿De qué manera afecta el trabajo escolar la fatiga inducida en quienes trabajan medio día y concurren a escuelas nocturnas? He aquí algunas de las centenares de cuestiones, cuyas respuestas (de fundamental importancia para la práctica y el arte educativos) sólo es posible obtenerlas por experimentación sistemática.

El experimento es usual inclusive en el estudio de los animales, donde no cabe esperar ayuda de la introspección para interpretar el comportamiento. Si, por ejemplo, arrojamos a un pollo un gorgojo u oruga de gusto desagradable, y observamos en la primera y siguientes ocasiones su comportamiento hacia dicha clase de gorgojos, repetimos un experimento ya famoso que figura en muchos libros de psicología. O podemos confinar una rata blanca en una jaula cuya única salida es un pasaje con varias vueltas y callejuelas cerradas. Mediante la observación de su conducta en sucesivas ocasiones, nos es posible averiguar su capacidad para "aprender el camino de salida", y, modificando las condiciones, saber de qué sentido se vale principalmente el animal en su proceso de aprendizaje. También podemos enseñar a un mono a extraer nueces de una caja

manipulando un mecanismo sencillo; y luego, depositando las nueces en cajas construidas de otra manera, descubrir cómo su familiaridad con el primer mecanismo le ayuda para la resolución de un problema, aunque similar, bastante diferente. La observación en condiciones naturales y experimentales del comportamiento animal en todos los niveles, desde la amiba hasta el perro y el aun más inteligente chimpancé, o las misteriosamente cooperantes hormigas y abejas, constituye uno de los campos psicológicos más activamente explorados en el presente o que ofrece un inagotable venero para la investigación, tanto más fascinante y fecundo cuanto más avanza el conocimiento.

Se ha dicho que la medición es la esencia de la ciencia, que donde no es dable medir no puede haber ciencia. Ajustándose a esta premisa, se ha cuestionado la posibilidad de una ciencia psicológica, pues —se afirmó— los estados de conciencia no son mensurables. Ello no es aceptable. Tal argumento no es más que un cúmulo de error y confusión. Sin detenernos en el detalle, puede destacarse que este aserto deriva de un dogmatismo desautorizado por completo. Varias de las ciencias generalmente reconocidas poco o nada deben a la medición, y si se les prohibiese la mensuración exacta, poco perderían de su carácter científico: por ejemplo, la geología y muchas de las ciencias biológicas. Por otra parte, la medición, inclusive exacta, es posible en psicología y ha sido vastamente aplicada. Es factible medir la exactitud de juicios de diversas clases; por ejemplo: juicios de peso por medio de la mano; altura de un sonido por el oído; brillo, tono cromático o longitud por el ojo. Con el auxilio de sencillos aparatos y procedimientos podemos medir con la precisión de-

seada el error promedio del juicio de un sujeto en condiciones constantes y expresar la exactitud de su juicio en términos de dicho error promedio, o descubrir la influencia de ciertas condiciones perturbadoras que tienden a inducir juicios erróneos y medir exactamente la magnitud de dicha influencia. De ello se deduce la posibilidad de medir la influencia de una serie de condiciones sobre la exactitud de juicios distintos, por ejemplo, la influencia del ejercicio y de la fatiga, del prejuicio o de la predisposición. También nos es factible medir la duración de muchos procesos mentales con precisión de milésimos de segundo, así como la velocidad de ejecución y repetición y la exactitud en la ejecución de muchas tareas mentales.

Un tipo de medición de especial valor y amplia aplicación en la psicología consiste en contar el número de repeticiones del proceso que demanda la ejecución de una determinada tarea, por ejemplo: el número de repeticiones necesarias para retener en la memoria cierta cantidad de material verbal, o para reaprenderlo con el mismo grado de perfección después de un lapso, o el número de repeticiones de una combinación particular de movimientos requeridos para hacerlo automático o independiente de un estricto control; o el número de miradas rápidas a un cuadro u otro objeto (series de números impresos, letras o palabras) que debe efectuar el sujeto para aprehender todos los detalles.

Mediante éstos y otros procedimientos se va obteniendo un cúmulo de datos que permiten extraer muchas conclusiones; y puesto que para muchos propósitos requiérese como base para conclusiones generales gran cantidad de tales datos numéricos logrados por la experimentación, bríndase oportunidad para someter los números a tratamientos matemáticos y de esta manera obtener conocimientos que en otra forma hubieran permanecido ocultos. De este modo se está desarrollando lo que suele considerarse una disciplina especial, la "Psicología matemática", aunque en realidad, más que un campo propio, constituye un particular desarrollo del método experimental aplicable a los distintos campos.

Corresponde decir algunas palabras acerca de otra línea de estudios que bajo el rótulo de "Psicología fisiológica" reclama se la considere como un campo especial. Conocemos la mente o la actividad intencional sólo dentro de un organismo, y como nuestros procesos cognitivos están ampliamente determinados por las impresiones físicas que obran sobre nuestros órganos sensoriales y son desde ellos transmitidas al cerebro a lo largo de los nervios; y como nuestros procesos conativos orientan y controlan las actividades corporales por medio del cerebro y de los nervios, dedúcese que el psicólogo no puede ser indiferente al conocimiento de los órganos corporales que se obtiene por el estudio minucioso mediante métodos fisiológicos. Por consiguiente, en cada campo, el estudioso del comportamiento debe dominar, tanto como sea posible, todo cuanto el anatomista y el fisiólogo puedan decirle de la estructura y funciones orgánicas en especial del sistema nervioso y de los órganos sensoriales. Por ejemplo, sería absurdo discutir los poderes mentales de los insectos, desconociendo la estructura peculiar de sus ojos, o tratar de explicar el estado mental de un afásico, desconociendo la naturaleza y los efectos de los traumas cerebrales a los cuales débese la pérdida de la capacidad de hablar. Porque los órganos corporales y sus procesos son el medio a través del cual la

mente se mantiene en relación con el mundo de los objetos materiales y con las otras mentes, y desde el punto de vista biológico el control y orientación intencional de estos procesos constituye la función mental primera e inmediata. Más que un territorio especial, la psicología fisiológica es un método aplicable en todos los campos; un método que complementa en muchos puntos los tres grandes métodos de observación psicológica. Asimismo puede considerarse como un campo problemático donde la fisiología con sus explicaciones mecanicistas y la psicología con sus explicaciones "intencionales" se reúnen, ayudándose mutuamente y esforzándose cada una a fin de extender sus explicaciones al máximo posible, de manera que justifiquen sus pretensiones de explicar los hechos del comportamiento y pueda la una absorber a la otra convirtiéndola en un departamento suyo.

También suele emplearse la expresión "Psicología comparada" de tal manera que parece significar la existencia de un campo peculiar. Pero ello es igualmente equivocado. No existe tal cosa, y cada campo es o será comparativo en la medida en que pueda utilizar dicho método, es decir, en la medida en que estudiando sus problemas específicos pueda apelar al concurso de las observaciones y conclusiones de los demás campos.

Finalizaremos estas observaciones generales acerca de los métodos y campos de la psicología señalando que cada departamento posee algo así como una existencia y un propósito dobles. Por un lado contribuye en la medida de sus posibilidades a solucionar lo que hemos denominado problemas centrales de la psicología, los problemas de la estructura, funcionamiento y génesis de la mente humana normal. Por

otro, tiene problemas y un campo de aplicación particulares, donde elabora particulares métodos de estudio, produce una literatura altamente especializada y es seguido por numerosos estudiosos consagrados a ella, quienes muy a menudo, es preciso reconocerlo, se muestran indiferentes o ignorantes de los problemas, métodos y resultados de los otros campos.

Réstanos considerar en las páginas siguientes cómo afronta sus propios problemas cada uno de los departamentos de la psicología y cómo cada uno contribuye a acelerar el trabajo central de la ciencia, el descubrimiento de las leyes del funcionamiento, estructura y génesis de la mente humana normal.

El estudio del ser humano adulto y normal —el primer departamento en nuestra lista, y hasta los tiempos modernos la única rama de la psicología seriamente estudiada— debe conservar siempre su lugar, como si en cierto sentido fuera el más importante, ya que su trabajo consiste en lanzar el ataque frontal sobre la fortaleza principal. Empero, resulta evidente que sin la ayuda de otras líneas de avance ese ataque frontal no puede tener esperanza de éxito. Hace sesenta años, cuando dicho departamento constituía el total de la ciencia, algunos de sus expositores creyeron que se había cumplido casi toda la tarea, pero ahora podemos apreciar que fallaron en la visión de las dificultades, y que el método que esgrimieron no hizo sino explorar los muros más externos y capturar algunos de los primeros puestos de la fortaleza. Pues más que en cualquier otra ciencia, hay en ésta una tarea primordial e indispensable, que es la más difícil: la de establecer y formular los problemas a resolver. Este espejismo de perfección se debió meramente al hecho

de que el viejo método de la simple introspección no pudo hacer progresar nuestro conocimiento más allá del punto al cual se lo había llevado.

El principal trabajo en este campo cae dentro de dos grupos: primero, con el apoyo de nuevos métodos experimentales, llevar la descripción introspectiva del proceso mental a un mayor refinamiento; segundo, alumbrar los problemas básicos con toda la nueva luz conquistada por el trabajo en los otros campos. En el capítulo precedente se han dado algunas indicaciones acerca de la naturaleza del trabajo experimental, método excesivamente técnico como para continuar describiéndolo. La nueva iluminación brindada por los otros departamentos y su aplicación a los problemas capitales pueden discutirse mejor examinando separadamente cada uno de ellos.

CAPÍTULO V

EL ESTUDIO DEL COMPORTAMIENTO ANIMAL

El estudio del comportamiento animal. Aristóteles. Descartes. *La doctrina del instinto.* Lamarck. Darwin. Herbert Spencer. *Reactivación de la vieja controversia entre religión y ciencia. La teoría de la continuidad de la evolución mental en la escala de la actualidad. Diferencias entre los poderes mentales humanas y animales. Dos réplicas abrumadoras del evolucionista. La hipótesis de la continuidad de la evolución mental. — Tres aportes significativos del estudio del comportamiento animal. a) Prueba de la falsedad de la teoría del hedonismo psicológico. b) Negación de la teoría de la tabla rasa. Ilustración de la tesis. Signos de la acción instintiva. Ejemplos. Tres clases de modificaciones de la actividad por la experiencia. — Inteligencia e instinto en el mundo animal: animales de comportamiento predominantemente instintivo; animales con tendencias instintivas de bajo nivel que se especializan en el curso de la experiencia individual. El conocimiento innato. Incorporación de conocimientos por imitación. El problema de la relación entre mente humana y animal. El estudio del comportamiento animal y la explicación de las bases innatas de la mente humana. c) Esclarecimiento de la naturaleza y curso gene-*

ral de la evolución. La intención, la selección y la adaptación como signos del comportamiento. — Continuidad de la evolución mental. Prelación de la evolución mental. La evolución biológica y las capacidades mentales en Darwin *y en los biólogos contemporáneos. La cuestión de la transmisión de los caracteres y de las adaptaciones conductales y las consecuentes modificaciones de la estructura (corporal o mental) adquiridas. Significación práctica del problema. Este tema y la solución del problema eugenético del progreso de la raza humana. La cuestión en la raza negra.*

Ya el gran pensador griego Aristóteles inició el estudio del comportamiento animal y estableció su verdadera relación con la psicología humana. Enseñó que la conducta animal es expresión del poder de control intencional que también ejercen los humanos. La diferencia entre el hombre y los animales reside en que, además de los poderes que tienen en común, el hombre goza de otros inexistentes en aquéllos. Tras este excelente iniciación debieron pasar más de dos mil años antes que se retomara el estudio a partir de dicha sólida base.

En los albores de la era de la ciencia moderna, Descartes —acaso el filósofo de más influencia del siglo XVII— impidió el retorno a la verdadera línea de progreso al sostener que en tanto las acciones humanas se hallan gobernadas por la voluntad y el propósito de un alma racional, los animales son simples máquinas complejas cuyos movimientos resultan totalmente explicables por los mismos principios mecánicos que nos permiten construir, controlar y entender los movimientos de un reloj, de una bomba o de cualquier otro mecanismo.

Apenas menos perjudicial para el estudio del comportamiento animal fue la doctrina del instinto, que durante mucho tiempo constituyó la única rival de la teoría cartesiana. Tratábase de una doctrina más teológica que científica. En la medida en que fue científica, perteneció a la vieja "Psicología de las facultades", y su estudio ofrece el más claro testimonio de los efectos perniciosos del mal uso de la noción de facultad. Se dijo que las acciones humanas estaban gobernadas por la facultad de la razón, y las de los animales por la facultad del instinto, y tal atribución de las acciones animales al instinto parece haber ocultado a muchos que usaron el término, la necesidad de un examen y una explicación ulterior de los hechos. He aquí un notable ejemplo del poder de una palabra para disfrazar y ocultarnos nuestra ignorancia. Aquellos que en busca de alguna explicación del comportamiento animal trataron de investigar qué se escondía debajo de dicho término, a menudo concibieron los actos instintivos de los animales como directamente guiados por la mano de Dios. Ahora bien, sería presuntuoso asegurar que no lo están, pero aunque podamos creer firmemente que el mundo, y en especial el mundo viviente, es en cierto sentido resultado del designio de un benéfico Creador, debemos reconocer que los hombres no pueden escapar a la responsabilidad de la dirección inteligente de sus propias vidas y de las de sus más humildes semejantes. Ello implica la obligación de lograr en lo posible cierto entendimiento de nuestra naturaleza y de la de los animales, de manera que nos sea posible controlar el curso de los acontecimientos tanto como sea factible.

A principios del siglo XIX el gran naturalista francés Lamarck inició la tarea de instalar la investiga-

ción del comportamiento animal en el lineamiento moderno, proponiendo su teoría de la *evolución animal*, según la cual aparecen nuevas formas vivientes por la transmisión a la prole de las adaptaciones estructurales y funcionales alcanzadas por el padre. Pero sólo después del trabajo de Darwin, en especial de su teoría de la *selección natural,* que convenció al mundo de que todas las formas de vida, sin exceptuar al hombre, habían seguido una evolución continua a partir de alguna forma primitiva simple, despertó interés el problema de la relación de la mente humana con la animal y comenzó a estudiárselo seriamente. Darwin sostuvo que así como el cuerpo humano con todas sus maravillosas perfecciones estructurales y funcionales, parece haber evolucionado a través de una larga serie de breves pasos, desde el cuerpo de algunas especies animales vinculadas con los monos existentes, también deben considerarse todas las estructuras y funciones mentales como habiendo ascendido, por una serie similar de pequeños escalones, desde la mente del mismo antepasado. (Véase Geddes y Thomson: *Evolution.*)

También Herbert Spencer mantuvo, independientemente de Darwin, una teoría de evolución continua, que implicaba la evolución de los poderes mentales del hombre a partir de los de los animales. Trató de demostrar cómo es posible concebir que, mediante pasos de complejidad creciente, el cerebro del hombre ha ido evolucionando gradualmente desde un sistema nervioso de tipo muy simple, como el de algunos animales inferiores, y supuso que la evolución de los poderes mentales corría paralelamente a la del sistema nervioso, y que puede considerarse cada paso de la evolución mental como el efecto o

expresión de otro correspondiente en la evolución nerviosa.

Estas consideraciones suscitaron violentas oposiciones, pues se pensó que lesionaban el puesto de privilegio que el hombre reclamaba exclusivamente para él, y porque además, en muchos aspectos, resultaban incompatibles con las más aceptadas doctrinas religiosas. De esta manera el viejo antagonismo entre religión y ciencia fue reanimándose, produciéndose una acerba controversia, cuyas voces aún pueden escuchar los oídos atentos.

Estas nuevas doctrinas y las polémicas consiguientes imprimieron gran impulso al estudio del comportamiento animal. Como consecuencia de ello acumuláronse preciosos conocimientos, mas no puede decirse que los principales temas en debate hayan alcanzado una solución final. La continuidad de la evolución mental del hombre a partir de las formas más inferiores ha sido aceptada en lo fundamental, si bien hay opiniones autorizadas que todavía protestan en este aspecto. Acéptase en general la admisibilidad de la doctrina de la continuidad de la evolución mental a través del mundo animal, pero señálase que entre la mente humana y la del animal más altamente colocado en la escala se abre una enorme brecha, argumentándose que no es lícito suponerla salvada mediante los lentos procesos de la evolución. Dícese además que entre los poderes de la mente humana y los de la mente animal existen tanto diferencias de clase cuanto de grado. A la primera de estas objeciones responde el evolucionista convencido con dos réplicas abrumadoras. Se acepta —dice— que los grados de desarrollo de los poderes mentales en el reino animal corren en general paralelos a los grados de desarrollo del sistema nervioso.

Ahora bien, entre el sistema nervioso del hombre y el del animal más evolucionado se da un enorme hiato en la escala de complejidad de organización que corresponde al espacio en la escala de los poderes mentales. Por lo tanto, es legítimo pensar que si nos fuera posible observar los animales cuyo sistema nervioso cubre ese espacio, los hallaríamos dotados de los poderes mentales que llenan el claro correspondiente en la escala de la organización mental. La segunda respuesta del evolucionista complementa muy eficazmente la primera. El estudio del desarrollo corporal y mental de los seres humanos revela que en el curso del crecimiento, desde el germen microscópico en el útero materno hasta la vida adulta, cada uno de nosotros exhibe una continua evolución en los poderes corporales y mentales y en su organización. En ningún punto surge de improviso un nuevo factor, sino que, de conformidad con la bien establecida ley de la recapitulación, la organización del sistema nervioso y el desarrollo de la capacidad mental progresan de continuo, reproduciendo aproximadamente en sus estados sucesivos estadios similares a los del curso de la evolución racial. Si en el curso de unos pocos años el niño puede atravesar la enorme brecha en la escala de la organización mental, ¿cómo negar, con alguna posibilidad de certeza, que la raza no haya cruzado idéntico espacio en el curso de millones de años?

En lo referente a la cuestión de que los poderes de la mente humana no sólo difieren en grado sino también en calidad de la de los animales, debe notarse que ello trae una dificultad a la doctrina de la continuidad de la evolución mental únicamente si se la acoge en el sentido de que la mente humana tiene poderes de los cuales no se advierte ni la más débil

huella en el comportamiento animal. En la actualidad es casi general el acuerdo de que Darwin y muchos de sus inmediatos continuadores —acaso influidos por el deseo de aminorar la distancia entre la mente humana y la animal— sobreestimaron excesivamente los poderes mentales de los animales superiores, dando a menudo a su comportamiento injustificables interpretaciones antropomórficas. No obstante, aunque muchas veces restringimos severamente esa tendencia a exaltar los poderes mentales del animal superando su verdadero nivel, la brecha no es tan amplia como hace medio siglo, pues gracias al conocimiento de la naturaleza de los procesos mentales que aportó el estudio de los animales, ha disminuido la distancia por el lado humano, mostrándonos que en importantes aspectos los procesos mentales humanos son más similares a los de los animales que lo que hasta entonces habíase supuesto.

Al describir al hombre como ser racional y al atribuir todas sus acciones y creencias a motivos razonados y a operaciones lógicas, los filósofos han coincidido con la tradición popular. Porque estudiando sobre todo sus propias mentes —que sin duda aproximábanse más que ninguna otra al ideal de una mente puramente racional—, descuidaron el hecho de que la mayor parte del comportamiento humano es resultado de impulsos y deseos primitivos no aprobables por la razón ni controlables por la voluntad. Tampoco tuvieron en cuenta que una elevada proporción de las creencias expresadas en la conducta del hombre tipo han sido adquiridas mediante procesos de naturaleza alógica, no susceptibles de justificación lógica.

Puntualizadas tales correcciones, necesarias en nuestra estimación de las mentes humana y animal,

admitiremos que es inmensa la separación entre ellas, mas podemos concordar con aquella opinión, preponderante entre los autorizados, según la cual las funciones mentales del hombre no exhiben tan radicales diferencias cualitativas que nos prohíban admitir la continuidad de la evolución mental, pues en el comportamiento animal cabe descubrir evidencias de rudimentos de cada tipo de función mental.

El estudio del comportamiento animal nos ha dado hasta ahora tres lecciones de enorme importancia para la psicología:

1) Esclareció la naturaleza de la actividad mental o intencional, y reveló su prevalencia a través de todo el mundo animal.

2) Dilucidó las verdaderas bases de la naturaleza humana, exponiendo con relativa sencillez las formas de actividad animal que las constituyen, pero que siendo en la vida humana muy complicadas y oscuras a causa del extraordinario desarrollo de nuestra naturaleza intelectual, imposibilitaron casi completamente su penetración por los filósofos.

3) Mostró cómo debemos concebir en su principal lineamiento el curso de la evolución que ha culminado en la mente humana.

Dediquémonos brevemente a cada uno de estos temas.

El esfuerzo voluntario para facticizar alguna situación que previamente se ha concebido con claridad, se ha juzgado como deseable o buena y en forma deliberada se ha planeado y resuelto llevar a cabo, es el tipo de actividad intencional con el cual todos nos hallamos más familiarizados. De tal actividad

puede decirse: "obro así para lograr este fin que deseo alcanzar, porque contemplándolo como idea, preveo que su cumplimiento me deparará satisfacción". Por lo tanto, esta actividad conviértese para nosotros en el tipo de actividad intencional, y cuando nos es posible inferir que la actividad de cualquier otro ser se conforma con dicho tipo sentimos que la entendemos o que la podemos explicar. Pero resta una pregunta más profunda: ¿por qué la consecución de un fin debe traerme satisfacción? Antes que el estudio del comportamiento animal hubiera logrado cierto progreso, la respuesta más comúnmente aceptada era la siguiente: porque he comprobado que en ocasiones anteriores una situación similar a la que deseo que ocurra, me causó placer o me alivió el dolor. Tal incremento del placer o disminución del dolor fueron considerados como los objetivos de todo propósito y volición: como el objeto de todos los deseos, que son los motivos de nuestros actos. Se admitió que el hombre prudente acaso prefiriese grandes placeres futuros a pequeños placeres corporales presentes, e inclusive experimentar dolor si ello fuese un paso necesario para procurarse placeres mayores. Así se explicaron hechos como los de innumerables mártires cristianos, que optaron por el sufrimiento en el cadalso y en la arena antes que renunciar a su fe. Se dijo que de tal modo ellos creían asegurarse los más intensos y duraderos deleites del cielo y salvarse de las torturas eternas del infierno.

Esta teoría de la motivación humana (conocida como hedonismo psicológico) constituyó la base de una filosofía moral y política que se proclamó exhaustiva y definitiva y que ejerció grande y benéfica influencia en el mundo civilizado y contribuyó en gran medida a formar nuestras leyes e instituciones:

la filosofía utilitarista.[7] Pero el estudio del comportamiento animal nos ha revelado la falsedad de esta teoría de la motivación.

Estudiando sin prejuicios el comportamiento de los animales tornóse evidente que también el mundo animal tenía sus mártires. Muchos animales madres luchan con todas las energías de su ser contra abrumadoras dificultades y mueren de la manera más cruel antes que desamparar sus crías en busca de una huida fácil y segura. Y sin embargo, ¿qué grato cálculo del placer sobre el dolor puede suponerse como base de sus esfuerzos? Es claro que estas hembras no albergan ninguna firme creencia en las recompensas del cielo o en los castigos del infierno. Tampoco es presumible que teman el dolor del remordimiento que puede seguir a la deserción de sus puestos. No piensan en el mañana, no anticipan ni bien ni mal, ni placer ni dolor, pero sordas a toda consecuencia hacen un supremo sacrificio para cumplir el fin de su existencia: mantener encendida la antorcha de la vida. También sus frágiles organismos están movidos por los grandes propósitos que

[7] La fisolofía utilitarista afirma "el primado del valor de utilidad sobre los demás valores o sostiene inclusive que sólo él es propiamente un valor" (Ferrater Mora). Constituye el fundamento de la doctrina moral y política de Bentham y de J. S. Mill. Este último formula su teoría así: "La doctrina que toma como fundamento de la moral la 'Utilidad' o el Principio de la mayor felicidad, sostiene que las acciones son buenas en la medida en que tienden a aumentar la felicidad, malas en tanto tienden a producir lo contrario. Por felicidad se entiende el placer y la ausencia de dolor; por su contrario, el dolor y la ausencia de placer." (*Utilitarismo,* 1862.) Debe tenerse en cuenta que "la mayor felicidad" no se concibe como exclusiva del agente, sino como la mayor suma de felicidad posible en el conjunto de la humanidad. [E.]

anima a todo ser viviente, cuyo fin podemos concebir en forma oscura y describir vagamente como la perpetuación e incremento de la vida.

Tales ejemplos de autosacrificio en el mundo animal deben retener nuestra atención y hacernos pensar. Los indicios de la verdad que ellos tan claramente señalan pueden verse por todos lados en el mundo del comportamiento animal. La verdad sencilla pero profunda es que en situaciones particulares los animales se comportan de esta o aquella manera, esforzándose persistentemente y empleando a menudo toda su energía hasta el agotamiento, porque el hacerlo así es propio de la naturaleza de la criatura en las condiciones dadas. La avispa solitaria arrastra laboriosamente hacia su nido, fabricado con cuidado, la presa capturada en la caza y allí la encierra junto con el huevo, para que sirva de alimento a la prole que ella nunca verá y de cuyas necesidades o existencia no puede tener conocimiento. El pájaro joven vuela cientos de millas a través de tierras y mares, buscando sin saber por qué el clima más conveniente para su pequeño. Construye su nido de acuerdo con el modelo de su especie y empolla sus huevos, experimentando —según podemos suponer— una continua satisfacción en el progreso de su trabajo, pero —cabe afirmarlo con seguridad— sin pensar ni una vez en los pichones para cuyo bienestar realiza todas las tareas. El ruiseñor macho, al llegar, en el verano, desde su distante guarida invernal, se coloca en las ramas de un frondoso arbusto, y noche tras noche y durante todo el día emite su torrente de música, sin anticipación consciente alguna de la compañera que atraerá su canto, aunque cuando ésta llega sabe muy bien cómo recibirla. El caballo joven resopla y se espanta ante el

oscuro objeto acurrucado en el camino, si bien han pasado ya cientos de años desde que los lobos acechaban a sus antepasados. El lebrel educado en la ciudad, domesticado y bien alimentado, no puede resistir el olor del conejo sobre el césped y persigue su rastro con salvaje excitación, sordo al llamado de su amo, aunque nada conoce de piezas de caza y nunca vio u olfateó a ese roedor.

El mismo hecho observamos en estos y otros innumerables casos de comportamiento animal: el animal es impulsado a actuar previendo únicamente la consecuencia inmediata de sus actos y no los fines remotos a que sirven. ¿Tendremos que volver pues a la doctrina de Descartes y concluir que lo que llamamos actividades intencionales de los animales son, en realidad, procesos puramente mecánicos sólo diferentes en complejidad de los de cualquier máquina fabricada por el hombre, así como que, entre todas las de los seres vivos, únicamente las acciones humanas están dirigidas y mantenidas por un propósito?

Existen dos buenas razones para rechazar este juicio. Primero, las actividades animales —desde las más simples hasta las más complejas— presentan esas exteriorizaciones o signos objetivos de intencionalidad sobre los cuales hemos insistido reiteradamente: persistente dirección hacia sus propios fines no obstante todos los obstáculos y dificultades y con ligeras variaciones en los modos de actividad. Segundo, si observamos la comedia humana con ojos imparciales, evitando que un orgullo tonto y el tradicional desprecio hacia nuestros semejantes más humildes nos enceguezcan, veremos que buena parte de nuestro comportamiento es estrictamente análogo a las acciones características de los animales. El recién nacido que grita porque está incómodo, nada sabe de los manos o del pecho que lo socorrerán. Cuando al primer estallido del trueno, el niño (o el adulto) corre temblando a refugiarse en el rincón más próximo, no tiene idea del dañino poder que eludirá en su escondite. A la niña modesta que al dar los últimos toques a su arreglo enrojece ante su propia belleza, le resultaría difícil explicar su comportamiento en términos propositivos. Cuando la embelesada contemplación de un Romeo la persigue y envuelve en extraña turbación o cuando se detiene un momento y lanza una mirada furtiva hacia atrás, podrá negar con cabal veracidad todo conocimiento del fin natural de sus actos. E inclusive cuando más tarde cede a su abrazo, acaso lo haga sin anticipación alguna de placer o de dolor y sin prever el camino que sigue. Cumple simplemente la finalidad de su ser; impulsos poco menos ciegos, si no tanto, que los del pájaro que anida, la incitan a actos ajustados a las circunstancias.

Igualmente el enamorado llevado por unos ojos brillantes a redoblar sus esfuerzos en el juego de fuerza y habilidad o a dar renovada musicalidad a su voz, puede desconocer, tanto como el ruiseñor que canta, el fin que persigue con su generoso gasto de energía.

Consideremos un hombre fuerte en el comienzo de la vida, impulsado por la ambición de ejercer al máximo todos los poderes de su cultivada inteligencia en la consecución de éxitos mundanos. El curso de su vida puede obedecer a un cuidadoso plan para muchos años, y seguido firmemente. Este caso representa el verdadero tipo de proposición y resolución vigorosos; pero si le preguntamos por qué tiene esa ambición, por qué lucha con tanta tenacidad a

fin de alcanzar un lugar mejor, veremos que no atina a explicarlo. Sabe muy bien que los éxitos mundanos son polvo y ceniza; que la fama sólo se valora en tanto no se posee, y que fácilmente le es dable obtener muchos placeres de los que ahora se abstiene. Todo cuanto puede decir será: que él es así. Eligiendo una amplia serie de tipos de actividad humana y animal es posible construir una escala que a través de leves diferencias conducirá desde las acciones humanas más intencionales —acciones sostenidas y renovadas en el decurso de largos años por la resolución firme y consciente de obtener algún objetivo claramente concebido— hasta las del más simple ser microscópico. En lugar de separar los animales de los hombres y adjudicar aquéllos al reino del mecanismo; o más que arribar de improviso al extravagante aserto de nuestra convicción referente a la naturaleza intencional de nuestras actividades, hemos de revisar y ampliar nuestra noción de actividad propositiva.

Así como las acciones de los animales, todos los casos de la actividad humana, inclusive los más puramente volitivos y autoconscientes, entrañan la operación de disposiciones especiales a través de las cuales la energía conativa, la voluntad de vivir, se encauza a objeto de incitar y sostener particulares modos de acción. Cada una de estas disposiciones conativas es susceptible de generar ya un simple impulso ciego o el deseo más o menos claramente concebido de un fin. Existen dos grandes diferencias entre las más simples y las más elevadas formas de actividad: primero, diferencias en el grado de claridad y plenitud con que se piensa y se planean los pasos requeridos para alcanzar el fin natural, que solamente puede satisfacer el impulso; segundo, diferencias en el grado con que un impulso colabora o pugna con otros impulsos en una forma más o menos complicada, según la complejidad de la organización de la estructura mental.

La segunda gran lección, principalmente recogida del estudio del comportamiento animal, es que —contrariamente a lo que suponían muchos viejos autores— la mente humana no comienza su existencia a modo de un papel en blanco o una rasa tabla de cera, igualmente preparada para recibir y retener todas las impresiones que el mundo exterior inscriba en ella, y dotada del poder de recombinar y reproducir en formas más débiles estas vívidas impresiones sensoriales. En otros términos, hemos aprendido que cada organismo individual, humano o animal, inicia su actividad apreciablemente dotado con cierta parte de su estructura mental, cognitiva y conativa, ya perfeccionada, o bien de una estructura escasamente perfeccionada, pero rica en cuanto a tendencias innatas al desarrollo estructural.

La necesidad de creer en la transmisión de generación en generación de tales tendencias innatas al desarrollo de la estructura mental, resulta claramente evidenciada por el comportamiento de algunos insectos, pues en este mundo la estructura mental innatamente determinada es casi siempre muy compleja, y contribuye a la estructura total en mayor proporción que en cualquier otra de las más altas ramas del árbol de la vida. Entre todos los insectos, acaso sean las avispas solitarias las que ilustran nuestra tesis en forma más notable. Existen muchas especies que apresan insectos u otros pequeños seres, los matan o paralizan por picaduras y luego los transportan, encerrándolos en un nido o escondite juntamente con uno o más huevos, para que sirvan

allí de alimento a la larva que tiempo después saldrá del huevo. En este proceso son dos los rasgos de especial interés para nosotros. Primero, las avispas de cada especie (con algunas excepciones) capturan animales de una sola clase, aunque tal vez las larvas de cada especie puedan nutrirse con alimento animal de casi cualquier clase: una variedad de avispas sólo aprisiona orugas, otra, cigarras, una tercera, arañas, etcétera, y una avispa puede pasarse muchas horas buscando su presa entre una gran abundancia de pequeños seres que parecen igualmente adecuados para servir de alimento a sus larvas. Esta elección de la presa no resulta de la imitación de otras avispas de la misma clase ni de ningún proceso de aprendizaje, porque la avispa sale de la crisálida aislada como insecto ya adulto y en seguida procede a buscar su presa. Por consiguiente, la avispa se halla dotada de un poder innato para reconocer su propia presa; tiene —en el sentido que hemos definido la palabra conocimiento— un conocimiento innato de su presa; es decir, hereda una disposición cognitiva que la capacita para conocerla cuando cae dentro del campo de sus órganos sensoriales. El segundo punto de interés es que cada variedad de avispa se conduce frente a su presa de un modo particular: una pica a su oruga en una forma determinada, siempre eficaz; otra camina hacia atrás mientras arrastra su botín al nido, tipo de desplazamiento que le da mayor poder y le permite acarrear los más grandes ejemplares de la clase que caza, si bien actúa de la misma manera cuando la presa es tan pequeña que puede correr con facilidad manteniéndola entre sus mandíbulas. (Es como si un hombre caminara hacia su hogar tambaleando, con la espalda agobiada y las piernas encorvadas bajo el peso de una libra de té

colgada de sus hombros.) Cierta variedad siempre se cruza sobre el cuerpo de su víctima mientras la transporta; otra la mantiene con el tercer par de patas: otra con el segundo, y otra con sus mandíbulas. También cuando la avispa llega al nido con su carga muestra un comportamiento estereotipado: una especie invariablemente la abandona, corre al hueco que ha preparado, vuelve y la conduce hasta él; otra la suspende de alguna rama baja mientras explora el nido; una tercera la introduce directamente sin exploración preliminar. Esta constancia conductal de cada especie en el curso normal de sus actividades, a primera vista parece favorecer la opinión de quienes consideran los animales como meras máquinas (y algunos destacados investigadores modernos afirman que ciertos insectos, la avispa entre ellos, son mecanismos inconscientes). Sin embargo, estas mismas avispas son capaces de ajustar inteligentemente su comportamiento a circunstancias desusadas y en cierto sentido despliegan muy sorprendentes idiosincrasias.

Tal exhibición de modos complejos de conducta finamente adaptada sin previa experiencia de la situación, y su constancia a través de una especie, son los dos signos más generalmente aceptados de acción instintiva. Porque la palabra "instintivo" todavía subsiste como término general descriptivo de las actividades de este tipo, si bien la ciencia moderna ya no se contenta con usarla a título de excusa de su ignorancia, considerando explicadas dichas acciones por medio de la facultad del instinto. Antes bien, la utiliza para denotar la necesidad de una teoría. Vistos en conexión con la caracterización general de la estructura mental que se hizo en páginas precedentes, los ejemplos anteriores de com-

portamiento instintivo indican con claridad cómo ha de ser nuestra teoría de los instintos. El reconocimiento de la presa específica por la avispa de cada especie, sin guía previa alguna de su experiencia, implica una disposición cognitiva correspondiente en la constitución innata y que se hace funcionalmente perfecta en cada individuo sin necesidad de ejercicio. El manejo de la presa en la forma característica de la especie, desde la primera vez, entraña una disposición conativa innata correspondiente; y el hecho de que cada avispa reaccione de manera específica frente a su presa, y solamente frente a ella, implica que su disposición conativa está innatamente vinculada con la disposición cognoscitiva que le permite reconocer su presa. Esta es, pues, la naturaleza de un instinto, la estructura mental que condiciona una acción instintiva. Consiste en disposiciones conativas más o menos altamente especializadas relacionadas con una disposición cognitiva especializada, siendo el sistema cognitivo-conativo innato o heredado, es decir, desarrollándose espontáneamente en cada individuo hasta un estado en el cual es capaz de determinar la reacción apropiada a su objeto.

Tal es la fórmula que nos permite explicar buena parte del comportamiento animal: por ejemplo, todas aquellas reacciones intencionales que encierran una discriminación perceptiva del objeto sin experiencia anterior del mismo. Casi la totalidad del comportamiento de algunos animales se conforma estrictamente a este tipo. Los mejores ejemplos de vidas completamente gobernadas por los instintos los dan algunos insectos que salen de las crisálidas provistos de todos sus órganos y con sus capacidades desarrolladas por completo, y en seguida ejecutan un único ciclo de acciones intencionales altamente complejas y mueren. Debe concebirse la estructura de la mente de tal animal como formada por un número limitado de disposiciones cognitivas *innatas, cada una vinculada con una dispo*sición conativa. El mantenimiento del ciclo de actividades que constituye la historia de la vida de un ser adulto se halla en dependencia del hecho de que el ejercicio de cada disposición conativa produce una situación que excita otra disposición cognitiva, la cual a su turno moviliza otra disposición conativa, y así sucesivamente hasta completarse el ciclo. Tal, por ejemplo, el comportamiento de un insecto que luego de haber salido del huevo vuela hasta encontrar cierta flor ene la que se posa y, mediante una serie de precisas manipulaciones de sus partes, deposita sus huevos entre los óvulos de la flor, en el único lugar donde los huevos pueden desarrollarse.

Pero muchos animales ejecutan sus acciones instintivas más de una vez en el curso de la vida, y cuando alguna acción se repite en varias ocasiones. observamos que la naturaleza de la actividad se modifica de acuerdo con la experiencia, o sea, en forma tal que facilita más perfectamente la vida del individuo o de la raza. Las modificaciones son de tres clases. Primero, el animal puede aprender a reaccionar con mayor discriminación frente a objetos del tipo que evoca la reacción instintiva: un pájaro que al principio persigue instintivamente todas las mariposas, aprende a través de su experiencia que cierta especie tiene feo gusto y evita perseguir a sus miembros o los de toda otra especie con apariencias similares; o también: un joven cordero sigue instin-

tivamente grandes objetos móviles, mas pronto aprende a reaccionar sólo frente a las ovejas, y luego a distinguir a su madre entre otras ovejas, yendo únicamente tras ella. En todos estos casos cabe inferir que la disposición cognoscitiva innata ha sufrido diferenciaciones a través de las experiencias de éxito, y error, placer y dolor.

Segundo, el animal puede aprender a reaccionar con uno de sus modos instintivos de comportamiento frente a un objeto de cierta clase, hacia el cual en un principio permanecía indiferente. Se dan abundantes casos de este modo de adaptación del comportamiento instintivo en animales que devoran objetos que no son buscados instintivamente.

El tigre por instinto no ataca al hombre; pero urgido por escasez de alimento y en consecuencia por el hambre extrema, lo ataca y devora, convirtiéndose desde entonces los hombres, en objetos que excitan su impulso rapaz. El perro cachorro no huye de un niño por temor instintivo, pero si ha sido atormentado en una o en varias ocasiones por una pandilla de chiquillos, acaso luego huya de ellos, bastando la mera aparición de un niño para evocar el impulso de temor y su característica expresión corporal. Debemos suponer que en tales casos llega a enlazarse una disposición conativa con una disposición cognoscitiva a la cual no estaba innatamente relacionada.

El tercer tipo de modificación del comportamiento instintivo consiste en un cambio de las actividades corporales dirigidas sobre el objeto del instinto. Los ejemplos no abundan, excepto en lo que atañe a la modificación de uno de los tipos precedentes o por la enseñanza del hombre. Cuando las gaviotas aprenden a escoltar un barco y a atrapar los alimentos

arrojados por la borda, o cuando siguen el arado y se alimentan de gusanos y gorgojos, estamos frente a un caso de modificación del tipo mixto; y ciertas tretas aprendidas por animales, tales como mover una aldaba, testimonian la predominante adaptación motora. Esta modificación de ciertas formas puramente instintivas del movimiento corporal implican la diferenciación de la disposición conativa innata propia del instinto.

Cuando el comportamiento de un animal acusa modificaciones de los tipos expuestos de cierta forma de conducta puramente instintiva, decimos que ha aprovechado de la experiencia y que se comporta inteligentemente. Todo el comportamiento animal es, pues, o puramente instintivo o inteligente, y con "inteligente" queremos denotar que implica cierto grado de modificación de la estructura mental innata a través de la experiencia de éxito o fracaso, placer o dolor, en el curso de la actividad intencional. Así, la conducta inteligente presupone siempre la modificación de los modos conductales instintivos, y la inteligencia presupone el instinto, porque a menos que un ser posea alguna clase de instintos, faltarán todas las bases para el juego de la inteligencia y no existirán tendencias a modificar; y la modificación de las tendencias previas es la esencia de la actividad inteligente.

Esta es, por lo tanto, la relación entre inteligencia e instinto en el mundo animal. Cada animal está congénitamente dotado de ciertos instintos que lo llevan a reaccionar en forma especifica frente a señaladas situaciones u objetos de su ambiente. En el curso de la pugna para la cual se le incita, puede aprender a modificar sus movimientos corporales, a

discriminar mejor entre los objetos que dan mayor o menor satisfacción a sus impulsos, o directamente a ajustarse —mediante impulsos específicamente dirigidos— a objetos que antes de esta modificación por lo regular no los evocan; y decimos que un animal muestra más o menos inteligencia, según la mayor o menor proporción con que lleva a cabo tal adaptada modificación de sus instintos.

Ahora bien, los animales más evolucionados —los que exhiben mayor complejidad en su comportamiento y más acabada precisión en el ajustamiento a una variedad de situaciones— divídense en dos grandes clases: a) una en la que el comportamiento es predominantemente instintivo, las modificaciones de las tendencias innatas relativamente pocas y de escasa importancia, pero en la cual dichas tendencias innatas son muy complejas y altamente especializadas; y b) aquella en la cual estas tendencias instintivas tienen un bajo nivel de especialización, pero se modifican y especializan de diversas maneras en el curso de la experiencia individual. La primera clase se halla principalmente representada por los insectos superiores; la segunda por los vertebrados superiores, en particular por los mamíferos.

Es como si a fin de asegurar la mejor adaptación de la conducta de sus hijos la naturaleza hubiera empleado dos planes diferentes. Uno consiste en suministrar a la estructura mental innata de cada animal un sistema lo más completo posible de instintos altamente especializados, que adecuarán al sujeto de tan completa manera a su medio peculiar, que para su crecimiento y propagación de la especie apenas tendrá necesidad de alterar sus modos instintivos de comportamiento. Este es el plan que por lo común se cumple en aquellos seres que, como muchos insectos, nacen totalmente desarrollados para llevar una vida independiente de movimientos activos; porque si tales seres debieran aprender a modificar ampliamente sus formas conductales innatas a fin de enfrentar con eficacia su ambiente, resultaría inevitable que muchos de ellos sucumbirían antes de haber podido ejecutar esta tarea.

El otro plan consiste en dotar la estructura mental innata de cada animal con cierto número de instintos muy generales, cuyos elementos cognoscitivos y conativos hállanse muy poco especializados, de suerte que los seres reaccionan en unas pocas formas, asaz generales, frente a un número correspondiente de amplias clases de objetos, y complementan tales instintos con una gran capacidad para el ajuste conductal inteligente; ejercicio mediante el cual las disposiciones innatas pueden especializarse y diferenciarse como para enfrentar gran variedad de objetos y circunstancias. En este plan resulta indispensable que durante el primer período de su vida activa el animal joven no dependa enteramente de sus propios esfuerzos, porque sus instintos, sobremanera generales, apenas bastan para mantenerlo con vida sin ayuda. Debe más bien gozar de un período de protección, en cuyo decurso podrá adquirir por experiencia aquellas especializaciones de su estructura mental innata que necesita para su existencia autónoma. En este período de inmadurez protegida, la naturaleza auxilia, desarrollando en las especies el instinto paternal, que lleva a los adultos de cada generación a alimentar, resguardar y amparar a sus pequeños, en tanto éstos agregan suficiente cantidad de conocimientos adquiridos a su saber general innato.

Usamos la expresión "conocimiento innato" con referencia a toda aquella parte heredada de la estructura mental, a objeto de realizar la opinión de que es esencialmente de la misma naturaleza que el llamado conocimiento adquirido, lo cual hállase en conformidad con el uso general, pues por conocimiento significamos la capacidad de pensar y obrar en ciertas formas. Decimos que una persona sabe nadar o tirar al blanco, que conoce la tabla de multiplicar, francés o los principios de la química, y con igual propiedad decimos que la abeja sabe cómo construir el panal, la ardilla cómo encontrar y abrir las nueces, la araña cómo reparar su tela, o el pájaro cómo reconocer el propio nido. Trátese del conocimiento innato o del adquirido, su posesión consiste en cada caso en la presencia de disposiciones más o menos especializadas, apropiadamente vinculadas con el resto de la estructura mental.

Tras la comparación de estos dos grandes planes por los cuales queda asegurada la adaptación de la conducta, parece obvio que el segundo ofrece mayores posibilidades. De acuerdo con el primero, cuanto más altamente especializados y más perfectamente organizados estén los instintos en el momento de entrar en su vida de libre actividad, tanto peor será la oportunidad de adquirir nuevos conocimientos o de perfeccionar en algún sentido la estructura mental; ya que al funcionar en seguida, los instintos altamente especializados se establecen o refirman por el uso, quedando el individuo desde entonces condenado a una vida rutinaria, repitiendo sus formas conductales puramente instintivas.

Por otra parte, el segundo plan parece brindar ilimitadas posibilidades al desarrollo mental del individuo, porque cuanto menos especializados sean

los instintos y cuanto más se prolongue la juventud o el período de inmadurez protegida, tanta mayor oportunidad tendrá aquél para elaborar su estructura mental mediante los propios esfuerzos. Este segundo plan inevitablemente apareja otra gran ventaja a las especies en las que prevalece, pues permite que el conocimiento o las experiencias adquiridas por cada generación se transmitan en cierto grado a la próxima; introduce pues el principio de tradición. Pues los animales jóvenes que permanecen al cuidado de sus padres ineludiblemente aprovechan por la imitación de su comportamiento, en tanto bajo el otro plan, después de haber depositado el huevo, la madre ya se desinteresa del bienestar del hijo y, en consecuencia, éste jamás goza de la compañía de sus padres y carece de la oportunidad de imitarlos.

La manera más simple en que los hijos incorporan conocimientos adquiridos por sus padres, consiste en seguirlos y aprender cuál es el mejor lugar para procurarse alimento y abrigo. Y son tan grandes las posibilidades de obtener ventajas por imitación, que en muchas especies se han desarrollado adaptaciones especiales de la estructura mental innata, a fin de asegurarlas más plenamente. El ejemplo típico más evidente y acaso más sencillo de tal dotación innata especial destinada a garantizar a cada generación los extraordinarios beneficios de la familia y de la vida social, lo constituye el desarrollo de una especial disposición cognoscitiva para la percepción de las expresiones de miedo de los otros miembros de las especies, y su vinculación innata con la disposición conativa en la que aparece el impulso de temor. En virtud de tal desarrollo especial del componente cognitivo del instinto, el pichón

de pájaro acurrúcase inmóvil o busca refugio cuando su padre lanza un chirrido de miedo; el conejito corre cuando la cola blanca de su madre se menea delante de él, y entre los mamíferos gregarios hay señales similares para llamar a los más jóvenes mientras el rebaño se alista para la huida colectiva o para la defensa. La frecuencia de signos de reconocimiento entre los animales inferiores (de los cuales el lado blanco de la cola del conejo es un mero ejemplo) da cierta idea de la importancia de este principio. Pero entre los animales superiores el papel de la tradición a través de la imitación del animal viejo por el joven, llega mucho más lejos: así, las formas de los nidos y las canciones de muchos pájaros parecen estar determinadas en parte por el instinto y en parte por la tradición.

Si aplicamos los ya enunciados principios del comportamiento humano a fin de elucidar la relación entre la mente humana y la animal, la primera aparece como el producto de una evolución extrema con arreglo al segundo de los dos grandes planes de la organización mental. El ser humano hereda necesariamente ciertos instintos, sin los cuales carecería de todos los medios necesarios para su tarea de construir esa inmensa masa de conocimiento adquirido que requiere; es decir, que si no poseyera hereditariamente algunas disposiciones cognitivas y conativas, y si algunas de ellas no estuvieran innatamente conectadas, no existirían medios para que sus facultades mentales obraran. Pero puesto que sus condiciones son muy favorables, su adquisición de conocimiento es rápida y amplia. Primero: los instintos que heredan son los del tipo más general; tanto en lo cognitivo como en lo conativo sólo dan una base para ciertas actividades vagamente dirigidas en

respuesta a impresiones muy vanamente discriminadas provenientes de grandes clases de objetos. Segundo: la duración de su período de inmadurez y de protección paterna se prolonga mucho; porque en tanto la juventud de los animales más inteligentes no dura más que algunos meses, o a lo sumo unos pocos años —según ocurre en las familias de los elefantes y los monos superiores—, los seres humanos durante muchos años disfrutan un período de falta de madurez y de protección paterna. Tercero: en virtud del lenguaje, las posibilidades de progresar mediante la tradición son muy numerosas para el hombre, pues aquél permite a cada generación legar a sus sucesores una cantidad de conocimientos adquiridos harto más abundantes que lo que es dable transmitir en cualquier otra forma; por consiguiente, la invención de la escritura ha acrecentado enormemente la posible masa de conocimiento tradicional. Estas tres condiciones favorables del desarrollo mental humano explican su evidente superioridad sobre animales más evolucionados.

Además de esclarecer la naturaleza general de las bases innatas de la mente humana y de las condiciones de su desarrollo en el individuo, el estudio del comportamiento animal nos ayuda a explicarlas en detalle, ofreciéndonos una guía para la descripción de los instintos. Pues es claro que, de acuerdo con la teoría de la evolución continua, la mente humana está dotada de ciertos instintos muy semejantes a algunos de los que se encuentran en los animales superiores: por ejemplo, el del temor, el sexual y el de pugnacidad. Al paso que entre los animales éstos se manifiestan en formas conductales simples e inequívocas, su acción en los seres humanos encuéntrase tan cambiada y oscurecida por las

modificaciones adquiridas y por el control consciente que, a no mediar su analogía con el comportamiento animal, la tarea de definir los instintos humanos presentaría extrema dificultad.

La tercera forma en que el estudio del comportamiento animal ilumina los problemas centrales de la psicología, consiste en mostrarnos la naturaleza y curso general de la evolución, de la cual la mente humana constituye la realización máxima. Nos ocuparemos sumariamente de este tópico.

Hemos visto ya cómo el proceso de la evolución ha producido en sus más altos grados dos grandes tipos divergentes de estructura mental: una de ellas parece haber culminado en los insectos superiores; la otra, la más exitosa, ha producido al hombre. Al contemplar el comportamiento de los animales que representan ambas líneas evolutivas divergentes, y el de los seres más inferiores que representan el tronco común del cual arrancan dichas líneas, apreciamos la unidad de tipo del comportamiento animal, dado que en todos ellos observamos como marcas características la intención, la selección y la adaptación a través de la experiencia. De este modo nos vemos conducidos a reconocer las mismas facultades mentales fundamentales como operando en todos los niveles de la escala evolutiva, si bien en diferentes grados de eficiencia según el desarrollo de la estructura mental. Llegamos así a concluir que la evolución mental ha sido esencialmente continua más bien que un proceso interrumpido en diversos niveles por irrupción repentina de nuevas facultades.

Otra importante verdad es que la evolución progresiva ha sido originariamente una evolución de la estructura mental y luego una evolución de la estructura corporal. Porque en todas partes encontramos que la estructura corporal se adapta al modo de vida y al ambiente del animal. El mamífero que busca su alimento en el agua, adquiere muchas de las peculiaridades corporales del pez, llegando a ser una ballena o una marsopa; cuando el reptil o el mamífero aprenden a buscar su presa en el aire, su estructura corporal se aproxima a la de un pájaro; cuando el animal de respiración acuática llega a la tierra, pierde sus branquias y adquiere pulmones. Y así, en miles de casos, el cambio de modo vital o conductal lleva a la modificación de la estructura del cuerpo. Pero el cambio conductal es expresión de un cambio en la estructura de la mente. Otros cambios de morada y sus consecuentes cambios de estructura corporal, color, etcétera, siguen igual principio: o la especie se ve forzada a buscar nueva morada, o debido a alguna modificación en su constitución mental busca un nuevo ambiente. En ambos casos, los individuos de cada generación adaptan su comportamiento lo mejor posible al nuevo medio, mientras que la estructura corporal lo sigue gradualmente. De esta manera, la estructura mental es la que guía, y la evolución de la estructura del cuerpo su principal consecuencia, lo cual es cierto cualquiera sea la teoría que adoptemos acerca de las condiciones de la evolución.

A diferencia de Darwin, son muchos los biólogos contemporáneos que al hablar de la evolución biológica dejan de lado las capacidades mentales; pero si originariamente trátase de una evolución mental, semejante proceder está destinado a fracasar. También de otra manera cabe deducir el error en que incurre una biología tan negligente. En la medida de nuestros actuales conocimientos, la evolución es, en el curso de la constante lucha por la existencia

—inevitable para hombres y animales por igual—, obra de la transmisión de generación a generación de los efectos estructurales de los esfuerzos de los seres destinados a lograr un más completo ajuste al ambiente, o bien de la selección natural de las llamadas variaciones espontáneas, pero más probablemente por ambos procesos a la vez. En otro caso el trabajo mental ha constituído una condición importante de tal evolución, porque aun siendo la selección natural de las variaciones espontáneas el único método evolutivo, tal selección sólo fue posible en virtud de la lucha por la existencia, es decir, mediante los esfuerzos sostenidos e intencionales de los animales para mantener sus propias vidas y propagar su especie. Comoquiera que haya sido la evolución vegetal, la animal fue el producto de las luchas de los animales y de sus esfuerzos intencionales para sobrevivir, porque el factor que determina la sobrevivencia o la extinción siempre lo constituyó, en gran medida, el éxito o el fracaso de la actividad intencional del animal, al cual subordínanse todos los demás factores. Así, el esfuerzo principal, lo más arduo del trabajo evolutivo, ha sido realizado por la mente, que se desempeñó como directora de la evolución corporal, representando los órganos y las funciones corporales meros instrumentos por cuya mediación la mente cumplió sus propósitos.

Vemos, pues, cuán desencaminadas hállanse las opiniones acerca del proceso evolutivo que conciben la mente como un simple subproducto de las últimas etapas, que aparecería cuando los procesos físicos del sistema nervioso animal alcanzan cierto grado de complejidad. No obstante, dicho concepto de la evolución mental fue muy defendido. Antes de abandonar este tópico debe señalarse que en el estudio

del comportamiento animal reside nuestra mejor y acaso nuestra única esperanza de responder a la pregunta de si los caracteres adquiridos se transmiten y de si las adaptaciones conductales y las consecuentes modificaciones de la estructura (corporal o mental) obtenidas por los esfuerzos individuales se transmiten de algún modo a la progenie. He aquí un problema biológico de enorme significación práctica y de gran interés —acaso el de mayor trascendencia—, con respecto al cual podemos esperar confiadamente que la ciencia empírica brinde una respuesta definida.

A raíz de esta cuestión y desde que surgió la duda, los biólogos se han dividido en dos bandos opuestos en lo que atañe a tal transmisibilidad, negándola dogmáticamente la mayoría y sosteniéndola con firmeza una importante minoría. En tanto no contemos con una respuesta positiva a esta cuestión, no se podrá progresar en muchos de los más trascendentales problemas de la biología y de la sociología, y será completamente imposible llegar a la correcta solución de ciertos problemas legislativos y administrativos de mayor aplicación. Por ejemplo, la solución del problema eugenético para promover el progreso de la raza humana, o de algún sector de la misma, o el de prevenir su decadencia, dependen de la respuesta a esta pregunta. Es difícil opinar desapasionadamente acerca de este problema en lo tocante a nosotros. Permítasenos considerarlo, pues, en la raza negra, de suerte que podamos apreciar su enorme significado. Parece indiscutible que en ciertos respectos la raza negra hállase en un nivel de evolución mental inferior al de la blanca. Si los caracteres adquiridos se transmiten, aunque sólo sea en escasa proporción, cabe aguardar que cuando se

someta a los negros durante varias generaciones a las mejores influencias de la civilización, se los llevará a un nivel más alto de capacidad moral e intelectual innatas. Si, por otra parte, los caracteres adquiridos no son transmisibles —según afirma la mayoría de los biólogos—, no hay esperanza de que la civilización y la educación de los pueblos negros —no importa cuán amplia y benéficamente se cumpla aquel trabajo— se levanten por sí mismas a un más elevado nivel de capacidad innata. Está claro, pues, que nuestra esperanza y nuestra actitud en relación con la raza negra (y con todas las otras razas humanas) han de verse profundamente afectadas por la verdadera respuesta a esta pregunta.

Durante toda una generación inútilmente se ha buscado contestación a este interrogante. No obstante, si una décima o una centésima parte del dinero que se destina a la investigación física pudiera invertirse a fin de promover el estudio del comportamiento animal, agregando así una serie de ventajas a nuestro material, este problema podría solucionarse rápidamente, pues existen abundantes razones que permiten suponer que la respuesta exacta para los animales también lo será para los hombres.

CAPÍTULO VI

EL ESTUDIO DE LA NIÑEZ Y LA PSICOLOGÍA INDIVIDUAL

El estudio de la infancia y los problemas más generales de la mente y de su desarrollo. Datos aportados por la teoría evolucionista y por el principio de la recapitulación. El problema capital en el estudio de la infancia: la naturaleza de la herencia de la mente del hombre normal. Poderes, facultades, tendencias o estructuras mentales heredadas. Sucesión evolutiva. Importancia y dificultades de estas cuestiones. — Los instintos. El instinto sexual. — Herencia de los sistemas cognitivos fundamentales. Imposibilidad de explicar el mayor desarrollo de la mente humana por las condiciones favorables de su desenvolvimiento. El estudio de la conducta de los niños pequeños y las pruebas de conocimiento innato. Imposibilidad de explicar el desarrollo de capacidades excepcionales en el niño por influencias ambientales. Curso normal del desarrollo de las tendencias innatas. Estado actual de la investigación: El "test mental". Interés de los resultados de los tests tratados matemáticamente según el principio de correlación.

En un capítulo anterior vimos que los métodos experimentales de observación se aplican a una gran variedad de problemas psicológicos, pero a ninguno

más cabalmente que a aquellos de inmediata importancia desde el punto de vista educacional. Muchas de estas observaciones experimentales se hacen para y sobre los niños, en particular aquellas susceptibles de realizarse en forma colectiva con un grupo considerable de sujetos. Gran parte de este trabajo se ha orientado hacia la elucidación de problemas muy especiales. No obstante, el estudio de la infancia guarda asimismo relación con los problemas más amplios y más generales de la mente y de su desarrollo, y se ha enriquecido gracias a los datos aportados por la teoría evolucionista y por el principio de la recapitulación. Según este último, en el curso de su desarrollo cada individuo recapitula o repite, si bien en forma burda e imperfecta, las etapas por las cuales atravesó su especie. A la luz de esta teoría y de este principio es obvio que el desarrollo mental del niño, lejos de ser el resultado de un moldeamiento por las impresiones que recibe desde fuera, constituye en sí mismo un proceso evolutivo en el verdadero sentido de la palabra: un despliegue de potencialidades latentes. En otros términos, hemos aprendido que aun cuando la educación puede mucho, la herencia es muy importante, y que aquélla puede afirmar, perfeccionar o restringir las tendencias mentales innatas. Cabe formular así el problema más importante, cuya solución debe esperarse del estudio de la infancia: ¿Cuál es la naturaleza de la herencia mental del hombre normal? ¿Qué poderes, facultades, tendencias o estructuras mentales hereda? ¿Cuál es el orden o la sucesión de su evolución? La respuesta a tales preguntas ofrece tanta importancia práctica y teórica como dificultades.

A grandes trazos se puede precisar con cierta seguridad una parte de la herencia mental del hombre

normal, así como establecer en términos generales el orden natural de su evolución. Dicha parte comprende: los instintos —que, según ocurre en otras especies animales, parecen ser comunes a todos los hombres— cuya presencia y diversidad se vuelve difícil de reconocer: primero, a causa de su índole muy general; segundo, porque muchos de ellos maduran o entran en acción sólo cuando el individuo ha realizado considerable progreso intelectual, y tercero, debido al gran desarrollo que en el hombre tiene el poder de control y de modificación de las tendencias instintivas, o, en otras palabras, por la compleja interacción de las tendencias conativas que resultan de la alta complejidad de su organización mental. Las principales fases del desarrollo infantil están determinadas por la sucesiva madurez de esos instintos. El instinto sexual es uno de los que generalmente producen más intensos efectos, que se hacen sentir a través de casi toda la vida mental. Las opiniones divergen en cuanto a si tal instinto ejerce influencia antes de la pubertad, pero se halla claramente establecido que es en este período cuando se inicia su acción o bien cuando alcanza más poderosos efectos, así como también que los profundos cambios mentales y corporales que caracterizan esta época de la vida se deben sobre todo a su evolución. Su enorme gravitación sobre el curso de la vida mental, no sólo deriva de la gran fuerza del impulso originada por su estímulo, sino también del hecho de que empieza a exhibir su vigoroso influjo en un momento en que el resto de la mente ha llegado a un elevado nivel de desarrollo, cuando ya la autoconciencia ha llegado a un alto grado de elaboración y el individuo ha formado un complejo sistema de sentimientos y hábitos y se ha introducido en un

complicado sistema de relaciones sociales. No obstante lo oculto que pueda mantenerse, el despertar de este nuevo impulso exige un profundo reajuste de dichas adquisiciones e incide hondamente sobre juicios de valor y actitudes emocionales. De ahí que el período puberal resulte de importancia crítica y que su estudio y comprensión sea imperativo para el educador. El instinto sexual es el primero en fuerza y gravitación, y la evidente trascendencia de su estudio nos sirve para apreciar la necesidad de definir y comprender otros poderosos instintos, así como el curso de su evolución en el ser humano.

Cuando nos preguntamos qué comprende la constitución mental innata del hombre además de los instintos, enfrentamos amplias discrepancias de opinión y enormes dificultades para responder. Lo que se ha denominado facultades mentales son, por supuesto, heredadas. ¿Pero incluye la herencia algo más que estas facultades e instintos? Si es verdad que toda mente es totalmente descriptible en términos de facultades y estructura, cabe formular la cuestión de esta otra manera: ¿Las bases innatas de la mente comprenden otras disposiciones además de las que entran en la composición de los instintos?, y de ser así, ¿hasta qué punto hállanse sistemáticamente ligadas?

No podemos contestar esta pregunta con una negativa. Es obvio que en las bases congénitas de cada mente humana hay mucho más que facultades e instintos. Si no fuera así, resultaría imposible dar cuenta acabada de la amplia superioridad de la mente del humano adulto respecto de los animales superiores. Algunos de aquellos que la consideran desde el punto de vista fisiológico puro y creen que todo cuanto hemos llamado estructura mental es

adecuadamente descriptible en términos de estructura cerebral organizada, entienden que tal superioridad de las dotes innatas del hombre reside principal o exclusivamente en la presencia en el cerebro del niño de una gran masa de tejido nervioso desorganizado que ofrece ilimitadas posibilidades de progresiva organización. Pero aun admitiendo la supuesta posibilidad de una completa descripción de la estructura mental en términos de disposiciones nerviosas y sus conexiones, tampoco sería aceptable la opinión de que, exceptuando los instintos, nada de la organización mental es innato.

Debemos reconocer que la mayor parte de lo que denominamos estructura lógica de la mente está dada congénitamente, o sea, que los grandes sistemas cognitivos fundamentales se heredan, y que es merced a ellos que al pensar en objetos particulares implícitamente pensamos en las propiedades y relaciones más generales de las cosas. No es factible proveer prueba directa alguna de la verdad de este aserto, pero sí adelantar en su apoyo las consideraciones siguientes.

No puede estimarse totalmente explicado el mayor desarrollo de la mente humana con respecto a la de los animales más evolucionados por las condiciones favorables de su desenvolvimiento, entre las cuales —según hemos visto— las capitales son: el carácter altamente general de los instintos, la juventud prolongada y el uso del lenguaje como instrumento de comunicación y tradición. Si la superioridad derivara meramente de tales condiciones, mediante un entrenamiento cuidadoso sería dable aproximar la mente de un animal mucho más cerca del nivel humano de lo que en realidad resulta posible. *En rigor, las más favorables condiciones y el*

más cuidadoso entrenamiento llevan apenas a la mente animal un poco más allá en su marcha hacia la mente humana.

El comportamiento de los niños pequeños nuevamente proporciona pruebas de su conocimiento innato de cosas y relaciones tales como el espacio, las relaciones espaciales, la sustancia y la causalidad, en una época en que se hallan incapacitados para pensar explícitamente en ellas, y durante la cual apenas cabe suponer que hayan formado ese conocimiento basados en la propia experiencia.

Pero la mejor prueba acaso la proporcionen las desigualdades del desarrollo intelectual y moral —en clase y grado— de niños puestos en condiciones y bajo influencias similares, desigualdades mucho mayores que las que podrían atribuirse a influencias favorables o desfavorables. Pues, en efecto, suelen verse niños que no obstante crecer en condiciones desfavorables alcanzan rápida y fácilmente un alto nivel de desarrollo, y que, en cambio, en condiciones favorables otros quedan atrasados y en un bajo nivel moral o acusan especiales defectos intelectuales o deformaciones morales.

También entre aquellos niños que desarrollan capacidades excepcionales, de ordinario encontramos que tal desarrollo no puede explicarse por influencias ambientales. En muchas ocasiones resulta obvio que sus especiales perfecciones son innatas, o tienen una base innata, pues suele descubrírselas en sus antecesores a través de varias generaciones; por ende, son hereditarias, y todo lo heredado es innato. Los casos más sorprendentes son aquellos en los cuales las peculiaridades hereditarias se representan como una dote (o defecto) en aspectos altamente

especializados de la actividad mental, por ejemplo, el talento musical y el matemático. Pero evidencias similares de capacidades y tendencias innatas altamente especializadas las da la aparición de innumerables rasgos familiares, idiosincrasias de pensar y de sentir, dotes mentales especiales, y defectos de diversa índole. El ejemplo más extraordinario acaso lo ofrezca el estudio de los mellizos, quienes —inclusive creciendo bajo influencias diferentes— suelen exhibir muy estrechas semejanzas intelectuales y caracterológicas. En resumen, cuanto más se estudia a los niños desde este punto de vista, tanto mayor parece la influencia de la herencia. Ahora bien, aunque por lo general es imposible definir sino en forma rudimentaria las bases innatas de estas particularidades hereditarias, parece que nos hallamos compelidos a creer que —en buena parte al menos— consisten en estructuras mentales heredadas con un considerable grado de especialización.

De esta manera tenemos aquí un campo inmenso para la investigación que pertenece al psicólogo y cuya extensión e importancia estamos empezando a comprender. Sólo él puede abrigar la esperanza de definir los problemas en la forma minuciosa que un trabajo fructífero en este campo exige necesariamente. Esto queda bien demostrado por las escasas tentativas de los biólogos y sociólogos faltos de preparación psicológica para estudiarlo, quienes tienden a trabajar con los términos de las nociones y distinciones imperfectas y confusas del lenguaje popular; tratan de determinar la herencia de entidades tan cuestionables como el buen humor, el coraje, la equidad o la popularidad, ignorando la necesidad de un previo y minucioso análisis psicológico de la constitución mental.

Si la educación correctamente entendida y practicada es lo que la palabra implica —un hacer desarrollar las capacidades mentales congénitas— una sabia dirección y control del proceso del desarrollo espontáneo de las tendencias innatas; si cada nación civilizada destina enormes sumas de dinero y sacrifica las energías de muchos miles de maestros en la tarea de educar a sus niños, tórnase evidente la importancia de determinar cuáles son esas tendencias innatas y cuál el curso normal de su desarrollo.

PSICOLOGÍA INDIVIDUAL

Más que una rama que contribuya directamente a la solución de los problemas psicológicos generales, la psicología individual constituye un campo para la aplicación del conocimiento y la comprensión adquiridos en el estudio de otros departamentos de la psicología. Su tarea consiste en definir las peculiaridades de la constitución mental que singularizan la conducta y el desarrollo de cada ser humano individual. Su éxito depende del grado de progreso alcanzado por los otros departamentos. Porque antes que nos sea posible ofrecer un adecuado informe de un individuo, debemos estar en condiciones de llevar a cabo una descripción general de las bases mentales innatas comunes a todos los hombres, así como también establecer los principios generales del desarrollo mental bajo la influencia conjunta de sus tendencias originarias y de su ambiente. En este campo la psicología se aproxima al arte, porque la biografía, la ficción y el drama están muy relacionados con la descripción gráfica de las peculiaridades morales e intelectuales de los individuos.

Cierto es que en la actualidad podemos penetrar con mayor eficacia el carácter de un individuo mediante la intuición simpática del artista que por la aplicación de los rudimentos de ciencia psicológica elaborados hasta ahora. Pero dado que la psicología progresa, cada vez ayudará más a la exacta delineación de las disposiciones temperamentales y caracterológicas del individuo, y no sólo nos permitirá describirlo sino también comprenderlo y explicarlo en relación con la herencia y las leyes del desarrollo mental.

En la actualidad el trabajo en este campo se orienta principalmente hacia el establecimiento experimental de las aptitudes para ejecutar ciertas tareas. Este trabajo realízase de tal manera que es dable fijar con bastante exactitud el grado de perfección alcanzado por un sujeto en los términos del número de alguna unidad: de velocidad, repetición o error. Aplicando el test mental a determinado número de sujetos en condiciones estrictamente similares, puede ubicárselos en un señalado orden de mérito con arreglo a la justeza con que ejecutan una tarea. Ahora bien, quizá no sea posible confeccionar tests que examinen una función mental con exclusividad. Por ejemplo, acaso parezca fácil confeccionar un test especial para la memoria; pero cualquiera que sea la prueba que se aplique, comprende cuando menos dos funciones muy diferentes, y el grado de perfección ejecutiva depende en cada caso de ambas: de la función del aprendizaje numérico y de la retención de lo aprendido. Del mismo modo, en cualquier otro experimento simple no se examina una función única sino un complejo de funciones.

No obstante, la administración de una batería de tests bien elegidos y muy cuidadosamente construidos a un grupo de sujetos —digamos cincuenta o más niños de la misma edad y experiencia escolar— podrá arrojar mucha luz en lo referente a sus capacidades relativas; y si se repite el proceso con intervalos de seis meses o un año se obtendrán todavía más datos sobre sus particularidades individuales. Poco se ha hecho al respecto, pero parece no haber razón que pueda explicar por qué no ha de ser factible planear una investigación mediante tests mentales que nos permitan valorar las capacidades intelectuales de cualquier individuo con cierta exactitud y asignarle su lugar en una escala empírica de capacidad con mucha mayor precisión que la que es dable obtener mediante cualquier otro método de examen ideado hasta el presente. Una gran ventaja de tal método de evaluación de la aptitud intelectual con respecto a nuestros métodos ordinarios de examen, reside en que nos posibilita distinguir más cabalmente la proporción entre capacidad innata y conocimiento adquirido en la tarea que efectúa un individuo.

Tratados matemáticamente de acuerdo con el principio de la correlación, los datos recogidos por la aplicación de los tests mentales pueden arrojar resultados de sumo interés. Administrando este método será posible descubrir qué perfecciones y qué defectos van comúnmente apareados en la mente humana. Por ejemplo, tomamos las listas de puntajes que representan los rendimientos de un considerable número de sujetos en dos tests diferentes y los disponemos en orden de mérito. Si en ambas listas el sujeto aparece aproximadamente en el mismo orden, cabe deducir que las funciones implicadas en los dos rendimientos se hallan correlacionadas, que en los mismos sujetos tienden a estar ambas en idéntico nivel de eficiencia. Si no hallamos tal correspondencia entre las listas, o si encontramos una correspondencia inversa, de modo que los próximos a la parte superior de una aparecen hacia el final de la otra, será lícito deducir que entre las funciones en juego no existe correlación o que hay una correlación negativa.

Tras esta breve referencia a un método de investigación que no sólo promete grandes hallazgos para la psicología individual, sino que además abre la perspectiva de poder llegar a realizar un completo análisis objetivo de las funciones mentales, corresponde pasar a nuestro próximo asunto: el estudio de los procesos mentales anormales.

Capítulo VII

PSICOLOGÍA ANORMAL

Dos grupos de subdepartamentos de la psicología anormal: el estudio de los fenómenos anormales y el estudio de los fenómenos anormales no mórbidos. Dos subdepartamentos del primer grupo: la investigación de las enfermedades mentales y la de las psiconeurosis. — La histeria. Dos concepciones. — Concepción de las personalidades alternantes. Casos de doble personalidad. La teoría de la disociación de las funciones mentales. Necesidad de hipótesis que expliquen su producción. La hipótesis de Janet. *El trabajo de* Freud. *Destacado papel de la conación en la doctrina psicoanalítica. La represión. La censura. El conflicto. El sueño. El sueño y su simbolización. Análisis e interpretación de los sueños. Los síntomas histéricos. Expresiones simbólicas de tendencias reprimidas. La percepción alucinatoria recurrente como expresión indirecta de una tendencia reprimida. Pruebas de la exactitud de la interpretación de los síntomas. Sencillo procedimiento experimental que confirma la operación subconsciente de las tendencias conativas. Beneficios del psicoanálisis. — Progresiva relación de la psicología mórbida con la psicología normal y con el estudio de estados mentales y procesos anormales no mórbidos. División del campo de los fenómenos anormales no mórbidos: lo subnormal y lo sobrenormal. Principales temas del campo de lo sobrenormal: a) operaciones subconscientes que producen resultados similares a los del pensamiento normal; b) manifestaciones sobrenormales en los dominios de la inteligencia y del carácter (la producción del genio, las conversiones religiosas y las experiencias místicas); c) influencia sobrenormal de la mente sobre el cuerpo; d) procesos sobrenormales de comunicación entre mentes. Relaciones entre estos fenómenos. Los ensayos de explicación de los fenómenos sobrenormales. Interés de la teoría de* William James.

La psicología anormal ofrece, especialmente ahora, un campo de investigación vasto, fascinante y fecundo. Acaso atraiga mayor número de estudiosos y despierte el interés popular mucho más que cualquiera de los otros departamentos. El hombre común hállase tan acostumbrado a la conducta de los individuos normales y a sus modos habituales de pensar, que tras éstos no puede ver problemas que resolver. Aunque se esté dispuesto a tolerar a quienes pasan su vida clasificando escarabajos o en la descripción de los esqueletos de microscópicos animalejos, la idea de que alguien procure investigar algo acerca de la mente humana por lo general suscita impaciencia y desdén. Pero si se tropieza con un hombre que grave y persistentemente asegura que su conducta hállase siempre gobernada por la voz de un ser invisible, o que junto a él ve una figura humana que nadie percibe, o que él es emperador del mundo, o cuando se oye decir que un hombre hace a su cuerpo objeto de repetidas y dolorosas mutilaciones, o que rehúsa mover la mano o el pie durante meses, entonces hasta al más indiferente lo

acicatea la curiosidad y se siente en presencia de un hecho que demanda ser explicado y comprendido.

La psicología anormal abarca un número de subdepartamentos que en su mayoría han sido estudiados separadamente por diferentes grupos de investigadores; pero, por fortuna, en los últimos años estos grupos se han ido acercando más y en la actualidad colaboran entre sí. A grandes rasgos cabe distinguir dos grupos en dichos subdepartamentos: los que se ocupan de estudiar los estados definidamente mórbidos o patológicos de la mente, y los que se interesan en las condiciones mentales inusitadas o anormales no clasificables como mórbidas. El primer grupo abarca dos subdepartamentos: la investigación de las enfermedades mentales propiamente dichas y la de las psiconeurosis. La separación de estos estudios es más convencional y profesional que científica, y en el presente existe una fuerte tendencia a suprimirla.

Hasta hace pocos años el estudio de las enfermedades mentales manteníase separado del de las demás ramas de la psicología y había arrojado escasa luz sobre los problemas básicos de la ciencia. Debíase ello sobre todo a la actitud predominante entre los medios psiquiátricos, que trataban de investigar y explicar las enfermedades mentales exclusivamente en términos de desórdenes estructurales o de enfermedades cerebrales. Algunas enfermedades mentales son ante todo enfermedades cerebrales, y en ciertos casos en el examen post mortem regularmente se hallan lesiones inflamatorias o degenerativas. Pero este hecho no justifica la premisa de que toda enfermedad mental sea de esta naturaleza, y en los últimos años ha surgido una pronunciada tendencia a buscar causas mentales o funcionales que expli-

caran el curso anómalo del proceso mental en los pacientes insanos. Tal tendencia se ha visto muy estimulada por el desarrollo moderno de otros departamentos de la patología mental. En este segundo departamento la histeria es la enfermedad que provee el mayor número de pacientes y el material de más interés para el estudiante de psicología.

En la generación anterior la actitud de la profesión médica frente a la histeria y estados anormales afines era completamente anticientífica debido a que se basaba en una psicología popular. En forma vaga reconocíase que el comportamiento inusitado del paciente histérico implicaba cierto tipo de anormalidad mental y que no cabía recurrir a ninguna enfermedad importante del sistema nervioso para explicarla. Puede caracterizarse la tendencia prevaleciente anotando que la conducta anormal del histérico atribuíase a "pura perversidad" y que como tratamiento se indicaba "firmeza", fuertes "shocks" eléctricos, duchas frías y otros sucedáneos decorosos de un buen castigo. Es a cierto pequeño grupo de médicos franceses a quienes pertenece en especial el mérito de haber colocado sobre bases científicas el estudio de la histeria y estados afines, al demostrar que debe considerarse a los pacientes como seres que sufren un desorden de origen mental y que su tratamiento debe ser principalmente psíquico. Lograron probar que la esencia del desorden reside en muchos casos, quizás en todos, en una disociación de la mente en partes que, en lugar de cooperar de modo normal, funcionan más o menos independientemente, rivalizando en ocasiones entre sí. Demostróse que mientras en la mayoría de los casos la disociación sólo se presenta como separación de algunas funciones secundarias, en otros se da algo

semejante a una escisión de funciones en dos sistemas antagónicos que compiten mutuamente en el gobierno del comportamiento, predominando en ciertas ocasiones uno y a veces otro. Y asimismo demostróse que tales sistemas opuestos rara vez parecen mantener sus actividades en forma simultánea, dando la impresión de que el comportamiento del enfermo expresa en un mismo momento los propósitos de dos mentes. De este modo se introdujo el concepto de división o escisión de la personalidad, de la que resultan las personalidades duales alternantes o coexistentes. De ambas concepciones, la de las personalidades alternantes es la más clara e inteligible. En ella se clasifican casos raros del tipo de los que antes se atribuían a la "posesión" del cuerpo del paciente por un "demonio" o por el espíritu de algún muerto.

En los casos típicos y evidentes de esta índole, la vida normal del paciente cede de improviso su lugar a un período en el cual aquél se comporta de una manera completamente "distinta de la suya". Acaso se dirija hasta un lugar lejano, donde adopta un nuevo modo de vida bajo otro nombre, conduciéndose con tal normalidad que elude la sospecha policial o médica. Después de semanas, meses o años de este tipo de vida, vuelve a cambiar súbitamente: tal vez al despertar una mañana encuentra que el ambiente le es del todo extraño y que no recuerda nada de su vida anterior a partir del momento en que abandonó su hogar. Resumiendo, después de haber sido una persona diferente en todo sentido, llega a ser nuevamente el mismo. Luego, durante intervalos más o menos largos, puede recaer en el estado secundario, "volviendo a sí mismo" tras cada uno de ellos. En muchos casos, cada una de las dos

personalidades alternantes desconoce directamente a la otra o sus hechos, acusando en el período en que domina una completa ignorancia de la otra, y por lo común ambas difieren mucho en punto a temperamento.

Se ha tratado de hacer inteligibles tales casos, señalando que, si bien en forma menos pronunciada, de tiempo en tiempo muchos de nosotros experimentamos cambios similares; caemos, por ejemplo, en un estado en el que todos los pensamientos adquieren un tono emocional inusitado, un matiz de melancolía, y durante el lapso completo en que éste prevalece se vive lleno de recuerdos sombríos, se olvidan los momentos luminosos del pasado, el pensamiento cae en conclusiones pesimistas y en que la conducta revela esta tristeza interior. Imaginemos que tal situación se acentúe y se hága recurrente, y tendremos una aproximación a la alternancia de personalidades. Traspónese el límite cuando los tonos emocionales de los períodos alternantes se hacen tan diferentes que en cada uno sólo se recuperan los recuerdos correspondientes a los períodos de ese mismo tono.

Los casos de personalidad dual coexistentes pocas veces son tan extremos. La existencia de una personalidad secundaria se infiere de ciertos rasgos del comportamiento corporal que, en la medida de lo que el sujeto puede revelarnos, no parecen guardar relación con su pensamiento. El paciente, verbigracia, tiene un brazo y una mano anestesiados o insensibles, a los que es posible inducir a escribir respuestas inteligibles a preguntas susurradas, mientras aquél —que más tarde niega todo conocimiento tanto de la pregunta cuanto de la respuesta— sostiene una animada conversación con una tercera persona.

O bien puede punzarse la mano anestesiada cierto número de veces, e inducirla a escribir el número de las punzadas aunque el sujeto permanezca sin conocimiento de ello.

Según la opinión común, en tales casos las impresiones sobre el miembro anestesiado no afectan el pensamiento del sujeto, pero evocan en cambio un débil flujo de actividad mental, como un arroyo subsidiario independiente que corre paralelo a la corriente principal, y como ésta no es influida por tales impresiones sensoriales, dícese que la corriente menor deriva de la mayor. Se interpretan los hechos en analogía con un río que en un punto rebasa su cauce y envía un pequeño arroyo divergente que sigue un curso separado durante un cierto trecho.

En los casos más raros e interesantes de doble personalidad, los fenómenos de los tipos alternados y concomitantes preséntanse en el mismo organismo. Durante el dominio de la personalidad normal ocasionalmente se revela una segunda personalidad en la producción de movimientos que permanecen inconscientes para la personalidad normal, la que niega toda responsabilidad, no obstante manifestar una apreciación inteligente de las circunstancias del momento; y más tarde, cuando se torna dominante la personalidad secundaria, dice recordar el incidente y haber deseado los movimientos "automáticos".

Frente a tales casos extraordinarios —algunos de los cuales han sido estudiados con admirable paciencia y penetración por los médicos franceses y más recientemente por los americanos—, cualquier hipótesis no puede menos que ser tentadora. La opinión de que implican o resultan de cierta disociación de las funciones mentales en dos sistemas

que realizan sus actividades independientemente, encuentra apoyo en muchos hechos (si bien otros no son fácilmente conciliables con ello) y es muy aceptada. Pero esto no constituye sino una descripción hipotética de ese estado, y ha de ser complementada por hipótesis que expliquen su producción. La hipótesis de Janet, a quien, más que a nadie, debemos nuestro actual conocimiento acerca de tales estados, supone que la unidad mental, que normalmente se manifiesta en cualquier momento en la dirección de su actividad hacia un fin, hállase condicionada por el ejercicio de un poder o energía sintética, que es una de las fundamentales funciones o facultades de la mente. Supone que en los pacientes que exhiben aquellos curiosos modos de comportamiento esta energía sintética es, por una u otra causa, defectuosa. De ahí que —expresa— la mente no pueda realizar su función de síntesis en forma tan acabada como la mente normal, y en lugar de armonizar sus actividades en una sola corriente —que a pesar de su amplitud y profundidad constituye una única actividad compleja—, divídese en dos o más, con el resultado de que el campo de la conciencia o la corriente de la actividad mental del paciente se estrecha y aparecen indicios de las actividades subconscientes.

Nuestros conocimientos de este grupo de estados mentales patológicos ha sido enriquecido por el trabajo de Freud, quien mediante un sistema de ingeniosas hipótesis ha intentado dar una explicación teórica. En la actualidad estas hipótesis no son aceptadas en su totalidad, pero constituyen el eje de una de las más animadas controversias. No obstante, hállanse tan bien sostenidas por los buenos resultados que han obtenido muchos médicos

que las aplicaron en el tratamiento de sus pacientes, e interesan tanto desde el punto de vista de los fundamentales problemas de la psicología, que debemos hacer aquí alguna referencia a su respecto.

La concepción francesa de la histeria propende a ser intelectualista; es decir, estima muy poco la función de la voluntad o de la conación en la vida mental. En cambio, en las enseñanzas de Freud la conación desempeña muy destacado papel. El hecho fundamental del cual parte su teoría es que nuestras tendencias conativas organizadas son capaces de entrar en mutuo conflicto, produciendo lo que llamamos luchas morales. Cada caso de lo que por lo común denominamos tentación, implica un conflicto de tendencias conativas. Cuando en tales conflictos vencemos la tentación, nuestra altamente organizada autoconciencia moviliza un sistema bien organizado de tendencias conativas que apoya las tendencias más morales o sociales en su conflicto con las inmorales o antisociales, asegurando la derrota de estas últimas. Ahora bien, sabemos que luego de la victoria de la propia naturaleza moral en franco conflicto, no siempre se destruye o anula por completo tal tendencia derrotada o tal tentación vencida; que en algunos casos recurre y ha de forzársela de manera reiterada. Pero en muchos otros, sea inmediatamente o después de repetidos conflictos, lógrase desterrar esta tentación de la conciencia. A menudo sentimos que hemos terminado con ella y que la hemos expulsado o destruido. Es posible e inclusive probable que cuando enfrentamos con valentía una tentación, reconociéndola francamente como expresión de una posibilidad inferior de nuestra naturaleza, o como una tendencia conativa opuesta a nuestros sentimientos morales y la vencemos, la

hemos destruido. Me parece (y esto es una novedad esencial de las enseñanzas de Freud) que muchas naturalezas, tal vez especialmente las mujeres educadas de manera convencional y rigurosa, reaccionan a sus tentaciones de otra manera, horrorizándose tanto ante la primera y oscura conciencia de la índole de las mismas, que nunca las reconocen con franqueza y jamás las sacan a la luz para confrontarlas en lucha abierta. La tendencia puede quedar *reprimida* [8] y no obstante vivir y trabajar en la mente en forma subterránea, llegando a ser como un parásito que constantemente procura forzar su camino hasta la conciencia, o, dicho con otras palabras, determinar el pensamiento consciente del sujeto. Pero siendo radicalmente opuesta a ello, la naturaleza moral del sujeto mantiene en forma subconsciente una rápida *censura*: y así tiene lugar un perpetuo conflicto subterráneo o subconsciente. En los estados de actividad mental disminuida —como en el sueño o en el ensueño— esta represión —mantenida por el sistema organizado de tendencias que constituye la naturaleza moral— hállase expuesta a una remisión parcial; llega a ser menos efectiva, encontrando entonces la tendencia reprimida oportunidad para determinar el pensamiento consciente del sujeto. Sin embargo, inclusive en tales estados la tendencia no consigue expresarse en forma directa y clara en el curso del pensamiento del sujeto, manifestándose más bien en forma simbólica. Así, en los sueños, la tendencia reprimida de una persona puede traducirse en una irrupción de imágenes que al ser descritas por el soñador parecen no guardar rela-

[8] Freud define la represión como el proceso activo por el cual no se permite entrar en la conciencia (o se expulsa de ella) todo contenido anímico que resulte inaceptable. [E.]

ción con aquélla, y no es reconocida por él como tal, pero que en rigor simboliza el curso de los acontecimientos que subconscientemente desea. De esta manera, la tendencia alcanza en cierto grado la satisfacción que la rígida censura de la naturaleza moral le niega por completo en estado de vigilia.

Tal análisis e interpretación de los sueños ocupa un sitio privilegiado en el sistema psicopatológico de Freud, dado que fue el punto inicial más importante para el desarrollo de todo su sistema y que pone en descubierto una analogía entre las experiencias oníricas de las personas normales y los procesos que se supone forman la base de los síntomas histéricos y se expresan por ellos. Este punto ha sido muy criticado, pero es incuestionable que si bien algunos de sus más entusiastas expositores se excedieron al sostener que cada sueño está determinado por el trabajo subconsciente de una tendencia reprimida, tal interpretación ha alcanzado su objetivo en algunos casos y ha revelado una rica actividad mental subconsciente, cuya expresión consciente es el sueño.

Puede preguntarse cómo es posible fijar tal interpretación y cómo puede ésta ser algo más que una adivinación. La respuesta es que la interpretación se alcanza mediante un intrincado proceso de análisis fino, y que si bien este proceso ofrece muchas posibilidades de error, el análisis de gran número de sueños practicado por diversos investigadores que utilizaron este método, en general ha revelado cierta legalidad y estabilidad en la forma de operar, que nos impide dejarla de lado como puramente arbitraria. Además, la interpretación se ve confirmada por procesos análogos que se manifiestan en los síntomas de los pacientes histéricos.

Los síntomas del histérico no sólo se presentan como modos pervertidos del pensamiento —por ejemplo, la convicción infundada de haber llevado a cabo algún acto reprensible u otras obsesiones perturbadoras—; muy comúnmente tradúcense asimismo en la ejecución de actos en apariencia insensatos: parálisis de diversos órganos, piernas, brazos, órganos del lenguaje, etcétera; anestesia o completa insensibilidad de partes de la piel o de otros órganos sensoriales. Según la teoría de Freud, también estos síntomas son, al igual que el curso pervertido del pensamiento o el pensamiento del soñador, expresiones simbólicas de tendencias reprimidas. Hay que suponer que en la persona normal las fuerzas mentales represoras bastan para evitar toda manifestación de la tendencia, excepto en los sueños o ensueños o en los movimientos corporales ocasionales que parecen insensatos y accidentales. Pero en ciertas personas cuya energía mental encuéntrase deprimida a causa de un choque emocional violento, de largos y continuados excesos de trabajo o del persistente conflicto subconsciente entre la tendencia reprimida y la instancia moral, las fuerzas represoras no logran cumplir adecuadamente su tarea, debido a lo cual esa tendencia se afirma de lleno con éxito, aunque todavía en forma sólo simbólica o indirecta. De esta manera los síntomas del histérico aparecen como disfraces que adoptan una tendencia reprimida a fin de poder eludir la censura de la instancia moral y así obtener parcial satisfacción mediante el cumplimiento de algún papel en la determinación del pensamiento consciente y de la conducta.

La percepción alucinatoria recurrente de algún objeto representa un tipo relativamente simple de dicha expresión indirecta de una tendencia repri-

mida susceptible de ilustrar este principio. El objeto falsamente percibido es en muchos casos uno de los que el paciente empleó en oportunidad de alguna crisis emocional en el curso del conflicto moral que finalizó en la represión. Tal objeto no tiene conexión intrínseca con la tendencia, y la ocasión en que lo percibió puede haber escapado a la memoria consciente del paciente; por ello parecería que es tomado por la tendencia reprimida como medio para evadir la censura y asegurar una gratificación secreta. En un ejemplo clásico de este tipo, registrado por Freud, la paciente lamentábase de percibir casi incesantemente un fuerte olor a pastel quemado, no pudiendo sugerir explicación alguna de este episodio alucinatorio, hasta que se descubrió que en un momento de crisis emocional en la historia de una atracción amorosa reprimida, ella habíase encontrado ocupada con un pastel quemado.

Ahora bien, en cuanto a la interpretación de los sueños, el lector puede preguntarse legítimamente: ¿qué prueba cabe brindar de la exactitud de tal interpretación de los síntomas? La respuesta es doble: primero, cuando tras un largo y delicado proceso de análisis el médico ha descubierto una tendencia reprimida y su probable vinculación con el síntoma, el paciente frecuentemente recuerda las circunstancias que determinaron la índole del síntoma y acepta el significado que se le atribuye. Segundo, parece que cuando se ha llevado al enfermo a admitir con franqueza la índole de la tendencia reprimida, a afrontarla con valor y a examinar toda su historia bajo la libre crítica de su instancia intelectual y moral, en muchos casos los síntomas ceden rápidamente y el paciente recobra su salud.

La aplicación de un sencillo procedimiento experimental sobre sujetos normales y anormales, nos proporciona una muy útil confirmación de la realidad de tal operación subconsciente de las tendencias conativas. Si se lee en voz alta una lista de palabras a cualquier sujeto al que se ha instruido para que a cada término responda pronunciando otro con la menor demora posible, a muchas contestará luego de un lapso cuya duración no pasa de uno o dos segundos; pero al adminstrarse cualquier lista suficientemente larga de palabras, de ordinario algunas obtienen una reacción más lenta o anormal en algún aspecto; y en casi todos los casos hállase que la palabra en cuestión posee cierto sentido emocional o que el objeto significado se relaciona en la mente del sujeto con determinada fuerte tendencia conativa, a menudo más o menos reprimida.

Quizá se ha hablado demasiado para señalar la naturaleza de este nuevo sistema de ideas y destacar su valor y significación. Suele preguntarse qué ha hecho la psicología en beneficio de nuestros semejantes. Mucho puede decirse a propósito de esta interrogación, pero la respuesta más sorprendente tal vez sea señalar a gran cantidad de hombres y mujeres que tras haber constituido durante muchos años una carga penosa para sí mismos y para sus amigos, luego de haberse sometido estérilmente a muchas formas de tratamientos médicos han recuperado su salud, su felicidad y su valor en virtud de la aplicación del conocimiento y de la teoría psicológicos. Esta nueva doctrina y práctica no sólo tienen importancia en el campo de la medicina donde se han aplicado: su interés e importancia sobrepasan las fronteras de esta ciencia. Están extendiendo los límites de la actitud psicológica frente a las enfer-

medades mentales de todo tipo y abriendo perspectivas de vasto alcance para nuestro conocimiento del funcionamiento mental normal; revelando en particular un reino de actividad mental subconsciente cuya existencia sólo fue vagamente conjeturada, pero que permaneció inexplorado y enteramente problemático. Porque la continuada represión de las tendencias represibles y los procesos por los cuales consiguen evadir en parte el control, son claramente actividades intencionales; y en algunos casos tales procesos parecen implicar complejas y sutiles operaciones. Si la interpretación onírica, según este nuevo método, no es puramente caprichosa, ciertos sueños complejos no serán —como hasta ahora se supone comúnmente— meras corrientes fortuitas de fantasías pictóricas carentes de intencionalidad, sino que, por el contrario, estarán llenas de sentido y constituirán series de imágenes simbólicas altamente elaboradas producidas por un pensamiento constructivo e ingeniosamente selectivo, que en tanto permanece subconsciente se halla orientado y sostenido por una finalidad o designio ocultos.

Los síntomas del histérico y las imágenes que colman la conciencia del soñador son productos de una actividad mental elaborada aunque subconsciente; es lícito suponer que los pensamientos de la vigilia del hombre normal pueden ser en parte expresión de similares actividades subconscientes. Freud y sus continuadores están extendiendo activamente sus principios a muchos campos de la psicología normal, y en especial los aplican a la explicación de la génesis del trabajo artístico y literario. De esta manera la psicología mórbida va relacionándose provechosamente con la psicología normal y con el

estudio de estados mentales y procesos anormales no mórbidos.

Estos últimos integran un amplio campo de estudio sólo susceptible de definirse en forma negativa, diciendo que abarca todos los estados y procesos que no son ni anormales ni mórbidos. Dicho campo puede dividirse en dos partes: subnormal y sobre normal. El primero comprende estados como la idiotez, la debilidad mental, las intoxicaciones alcohólicas y otras, en cuanto implican el deterioro de los procesos mentales. No están ellos desprovistos de especial interés, aunque en este respecto no pueden competir con las manifestaciones sobrenormales, pues en el trabajo con estas últimas constantemente enfrentamos el problema de la futura evolución de la mente humana y parecen vislumbrarse inmensas posibilidades, modos de operación y comunicación mental que trascienden extraordinariamente los límites reconocidos de lo corriente y normal. Cabe agrupar los principales temas de este campo de la manera siguiente: 1) operaciones subconscientes que producen resultados similares a los del pensamiento normal; 2) manifestaciones sobrenormales en los dominios de la inteligencia y del carácter, incluyendo la producción del genio, las conversiones religiosas y las experiencias místicas; 3) influencia sobrenormal de la mente sobre el cuerpo, y 4) procesos sobrenormales de comunicación entre mentes.

Los fenómenos de estos grupos están relacionados entre sí, porque en mayor o menor medida todos ellos parecen implicar operaciones subconscientes; y se ha tratado de vincularlos en una explicación mediante la hipótesis de que cada uno de nosotros tiene una constitución y una vida mental dobles: la vida normal del pensamiento consciente, condicio-

nada por una de las dos constituciones, y la vida mental subconsciente, condicionada por una segunda mente o departamento mental más o menos independiente. A este hipotético departamento mental se le han aplicado diversos nombres, como los de "yo subliminal", "mente subconsciente", "yo secundario", etcétera. Dada la popularidad de estas denominaciones, no cabe descartar por completo la idea de que sean meras palabras destinadas a enmascarar nuestra ignorancia y a ocultarnos la necesidad de una mayor investigación. El procedimiento ordinario es el de postular una "mente subconsciente" a la que se atribuyen todos los diversos fenómenos de índole sobrenormal, permaneciendo totalmente indeterminada su naturaleza y considerando en todo sentido ilimitadas sus capacidades para la producción de maravillas.

Naturalmente, es legítimo intentar la elaboración de una hipótesis de esta índole, pero hemos de reconocer que aún no se ha ideado nada susceptible de constituir una satisfactoria hipótesis de trabajo mediante la cual sea posible ordenar los hechos de manera inteligible. Debemos reconocer asimismo que las relaciones de las operaciones subconscientes con el pensamiento consciente, al igual que la mutua participación en la obtención de un simple propósito, suelen ser tan íntimas que, según lo demuestran las denominaciones que se citan más arriba, tal división de la mente en dos partes diferentes resulta completamente falsa. Será acertado, por consiguiente, considerar los fenómenos sobrenormales en alguna clasificación provisional, como la que se sugirió anteriormente, sin comprometernos con ninguna hipótesis que los adjudique a alguna acción o entidad especial.

1) Abundan los testimonios de operaciones subconscientes que producen resultados similares a las del pensamiento normal. Mediante sugestiones hipnóticas y posthipnóticas se obtienen experimentalmente en número ilimitado. La hipnosis es un estado artificialmente inducido de parcial quietud mental, afín al sueño. Después de un largo período de dogmáticas y anticientíficas negaciones, el mundo científico reconoció que tal estado puede inducirse en la mayoría de las personas normales, y que es en sí mismo perfectamente inofensivo. En el presente se admite que el hipnotismo (el estudio de la hipnosis) plantea numerosos problemas de sumo interés y que suministra los métodos para investigarlos. Por su mediación se pueden producir y estudiar experimentalmente muchas peculiaridades del proceso mental característico de la histeria, así como otros estados patológicos y diversos fenómenos sobrenormales. El hipnotismo suministra además métodos efectivos para el tratamiento de múltiples desórdenes en cuya producción o mantenimiento interviene un factor nervioso o mental.

A este respecto llaman nuestra atención los hechos de la sugestión posthipnótica. Durante el estado hipnótico es posible decir al sujeto que realice determinado acto sencillo en una cierta ocasión o en el momento en que se le hace alguna señal; si el sujeto se despierta antes del instante indicado, cumplirá la sugestión, aun cuando en el intervalo o inmediatamente después de haber realizado la acción no sea capaz de recordar cuál fue la sugestión que se le hizo, aunque se lo interrogue con minuciosidad. La orden puede ser de tal índole que su apreciación implique una actividad mental considerablemente compleja; por ejemplo, es posible decir al

sujeto que abrirá y cerrará una puerta cuando el observador toque su cara por undécima vez con su mano izquierda. En este caso (el experimento puede modificarse y complicarse ilimitadamente con los mejores sujetos), el sujeto en cierta medida vigila al operador, distingue y cuenta los movimientos significativos y lleva a cabo la sugestión, y no obstante niega haber sido consciente de la índole de la orden dada, o del hecho de que el observador haya tocado su cara, ni en una oportunidad siquiera. En ciertos casos el sujeto inclusive no puede recordar, inmediatamente después de realizada, la acción cumplida por sugestión. Por lo tanto, es indiscutible y evidente que toda una serie de actividades intencionales de la mente —que hasta cierto punto controlan la conducta del sujeto— son susceptibles de continuar funcionando mientras se halla pensando conscientemente en otros asuntos.

Otro tipo de testimonio igualmente sorprendente en lo que concierne al mismo hecho, lo constituye la *escritura "automática"*, que cierto número de personas normales es capaz de realizar. En un caso común de esta clase, el sujeto puede estar sentado leyendo o hablando, y en tanto su mano —que empuña un lápiz sobre un anotador—, escribir trozos en prosa o en verso más o menos coherentes e inteligibles, acerca de los cuales el sujeto permanece ignorante hasta que, como ocurriría con cualquier otra persona, lee lo escrito. De manera parecida, otros movimientos automáticos pueden revelar una orientación indiscutiblemente inteligente, no obstante su independencia del pensamiento consciente del sujeto. El mover la mesa con la punta de los dedos, las mesas o trípodes parlantes son métodos populares para inducir tales hechos. Estos movimientos revelan el conocimiento de hechos que no pueden ser traídos a la memoria consciente, y en otros una intención deliberada y un ingenioso designio del cual el sujeto permanece inconsciente. Debe agregarse que la escritura automática consiste principalmente en frases aisladas o en simples fragmentos, pero en algunos caso está integrada por pasajes largos y bien enlazados, no desprovistos de méritos literarios.

2) Otro tipo de evidencia de la misma clase lo da la resolución de problemas o la producción de trabajos de valor literario escritos durante el sueño o hallándose la mente ocupada con otros asuntos. El especial interés de estos casos reside en que ellos constituyen una transición a los procesos del segundo tipo (pág. 177), a la producción de los trabajos de genio, conversiones religiosas y experiencias místicas. Porque hay una tendencia natural a separar tales procesos y a acentuar sus diferencias en relación con el proceso mental normal. Pero a los fines de su comprensión resulta más conveniente, desde este punto de vista, buscar y subrayar los puntos de semejanza que los de diferencia, para insistir en la gran proporción de actividad mental subconsciente implícita en nuestro pensamiento cotidiano. Quienquiera que haya realizado una observación ingeniosa, en virtud de un impulso momentáneo, al reflexionar quizá podrá reconocer que ella brotó de sus labios sin búsqueda alguna, y que el proceso mental, la asimilación de dos cosas aparentemente distintas, o relaciones, o cualquier otra cosa, se efectuó sigilosamente, emergiendo el resultado a la conciencia a medida que salían las palabras, pudiendo luego encontrar, con sorpresa suya, que en la observación

existía un contenido mucho mayor que el que en un principio parecía.

Este es el tipo de actividad mental que cabe ubicar en el nivel más bajo de una escala continua, en cuyo extremo superior podemos instalar las más grandes obras de los genios. En cada nivel de esta escala vemos en función, aunque en muy diversas proporciones, los mismos factores o condiciones contribuyentes. En primer lugar, se advertirá que la actividad subconsciente revelada por el hecho cumplido, en cierto sentido expresa el desarrollo mental anterior del sujeto, sus intereses, conocimientos y carácter. El pedante estúpido no brilla de súbito con agudezas; el calculador prodigioso no resuelve los problemas de matemática superior sin un estudio previo; la persona no preparada en la técnica de un arte particular y que no ha aprendido a disfrutarlo no llega de improviso a una obra maestra. Ciertas conversiones repentinas y experiencias místicas parecen constituir excepciones a esta regla, pero es dudoso que tal excepción pueda mantenerse tras un examen más preciso. Comúnmente se encontrará que el místico o el converso (no importa cuán escasa haya sido la influencia religiosa recibida hasta entonces en su vida) en algún período de su existencia se halló sujeto a influencias de este tipo, y según la expresión vulgar, la buena semilla fue sembrada y maduró en secreto.

Asimismo la actividad subconsciente de ordinario expresa la influencia de alguna volición o conación consciente. El problema que se resuelve durante el sueño es el que el soñador ha examinado despierto. Inclusive la repentina manifestación del talento implica una cierta actitud conativa. La formulación en breve tiempo de una extraordinaria hipótesis científica va precedida de mucha meditación sobre el problema. La obra del músico o del poeta traducen su deseo de componer a menudo, su intención explícita en el momento, pero siempre una actitud general de su voluntad. Incluso el que escribe en forma automática puede en cierta medida darse a producirla voluntariamente. Y la conversión religiosa o el éxtasis por lo regular son precedidos por un deseo o una lucha tendiente a lograr un cierto cambio de vida, algún nuevo modo de conciencia, aunque pueda ser apenas algo más que una leve disconformidad con la vida conocida y vivida hasta entonces. Tales consideraciones justifican que procuremos mostrar aun las formas más extremas y amplias de la actividad subconsciente más bien como continuación de las actividades mentales normales que como procesos de un orden enteramente distinto atribuible en su totalidad a alguna mente secundaria, sea ella una "mente subconsciente" del sujeto o una mente externa y absolutamente independiente de su mente normal.

3) El control sobrenormal de la mente sobre los procesos corporales constituye un tema de vanguardia en el interés popular de los últimos años. Sistemas de cura mental o métodos para tratar enfermedades orgánicas que confían poco o nada en intervenciones físicas o químicas están disfrutando de gran fama y aun los médicos de este país van percatándose de que en el hipnotismo existe "algo", así como de que los métodos de *sugestión y persuasión* y hasta las pretensiones de los *Christian Scientists* son merecedoras de atención imparcial.

En toda esta incierta región, en la que el sencillo hombre de ciencia se siente como caminando sobre una ciénaga entre nieblas, los efectos de la sugestión

hipnótica suministran la prueba incontrastable de que la influencia mental sobre los procesos corporales es susceptible de sobrepasar lo normal u ordinariamente admitido. Evidencia ésta que nos prohíbe cerrar los ojos a la posibilidad de que ciertos elementos de verdad y realidad se encuentren mezclados con una gran cantidad de error y con la creciente decepción referente a cada sistema de curación mental. Porque ello nos muestra la verdad de las influencias mentales sobre la nutrición, la recuperación y la regulación de los órganos corporales; influencia que, sin embargo, aun resiste nuestra comprensión, forzándonos a reconocer que no podemos fijar límites a la extensión de tales influencias. Es característico de todos o muchos de los métodos de curación mental el que, en la medida en que son reales, impliquen actividades mentales en gran parte subconscientes.

4) Pasando ahora a estudiar la comunicación sobrenormal de una mente con otra, entramos en una región de importancia crítica para nuestra interpretación de los anteriores fenómenos sobrenormales. Pues si, como siempre lo han sostenido la mayoría de los sistemas religiosos, las mentes pueden comunicarse o influirse en forma directa sin empleo de los órganos sensoriales, debemos estar dispuestos a mirar más allá de la mente del individuo para explicar —al menos— algunas de las manifestaciones sobrenormales de la actividad mental. La mayor parte de la humanidad ha aceptado siempre explicaciones de esta índole; de ahí la crucial importancia de cualquier evidencia empírica positiva acerca de tal comunicación o influencia directa, y de ahí también la necesidad de efectuar un examen lo más ecuánime y crítico posible de todo testimonio que se repute

de esta naturaleza. En los últimos tiempos el término telepatía generalmente se utiliza para indicar la acción directa de una mente sobre otra. Por lo tanto, la pregunta crucial puede formularse así: ¿existe la telepatía? Durante más de una generación los esfuerzos de la conocida *Society for Psychical Research* (Sociedad de investigaciones psíquicas) han propendido a brindar una respuesta afirmativa mediante diversos experimentos y la recolección e investigación crítica de hechos que parece reclamar esta hipótesis. Las pruebas así acumuladas son tales que para toda gente normal bastarían a fin de establecer el hecho en disputa, si no fuese que la cuestión ofrece tan enorme importancia.

Admitiendo entonces la necesidad de mantener aún en suspenso nuestra opinión acerca de esta pregunta, permítasenos considerar la perspectiva que abre la muy probable pero no completamente verificada suposición de que la telepatía es una realidad. Si se acepta este supuesto, la mente del organismo individual no aparece como inevitablemente aislada de todas las demás, o como comunicándose con ellas sólo por mediación de los órganos corporales de la expresión y la percepción sensorial, proporcionándonos la oportunidad de buscar la explicación de ciertos procesos y efectos mentales —que de otra manera parecen inexplicables—, en la influencia directa ejercida por mentes ajenas. Existen dos diferentes formas de explicación. Primero, cabe tratar de explicar ciertos procesos mentales sobrenormales invocando la influencia de algunas de aquellas mentes de las cuales tenemos un conocimiento positivo, es decir, las de nuestros semejantes contemporáneos. Por ejemplo, podemos suponer que las conversiones religiosas, o algunos de los efectos sobrenormales de

la mente sobre el cuerpo, son ocasionados por la influencia de alguna mente más poderosa, o por la concentración de distintas o de muchas mentes sobre una. Pero ello no explicaría ciertos hechos, como la inspiración del genio, que excede los poderes de todas las otras personas existentes, y aquellos casos en los cuales parece ostentarse un conocimiento que ninguna otra persona viviente posee en ese momento.

Muchos de quienes consideran inexplicables algunas de estas manifestaciones sobrenormales —a menos que supongan la influencia directa de una mente sobre otra— se ven conducidos de esta manera a reconocer en ellas la prueba de la influencia de mentes independientes del cuerpo. El estudio de la psicología anormal tornóse así en campo donde se trata de encontrar un testimonio empírico para dos de las más antiguas y sostenidas creencias humanas: la sobrevivencia de la personalidad humana tras la muerte corporal, y la de la comunión de la mente humana con la divina.

La primera creencia encuentra su sostén especialmente en la evidencia del lenguaje o en la escritura automáticos, que a menudo parece manifestar la personalidad de seres humanos muertos. Estas personalidades son tal fielmente descritas que centenares de hombres y mujeres cultos se han persuadido de que estos "mensajes automáticos" son lo que con tanta frecuencia aparentan y reclaman ser: mensajes de personas muertas formulados por las mentes que todavía sobreviven y expresados de alguna manera mediante la escritura automática. Aquellos cuyo primer impulso es el de rechazar despectivamente este concepto, deberían abtenerse de esta conducta hasta poseer un conocimiento directo de ejemplos de este extraño fenómeno. Por otra parte, igualmente debe descartarse una aceptación acrítica de esta interpretación de los hechos. Pues la valoración de las pruebas constituye un trabajo delicado y dificultoso que requiere completa independencia de todo prejuicio. Mas el número de individuos capaces de una actitud imparcial en esta investigación parece constituir una ínfima fracción del mundo culto.

Las evidencias empíricas para creer en una comunión con la mente divina búscanse en dos campos principales. Primero, argúyese que el proceso de conversión religiosa a menudo no es explicable en los términos de las propiedades generalmente conocidas de la mente humana y de las peculiaridades de las personas interesadas. Segundo, se indica que las experiencias específicamente religiosas de los hombres, aun de los educados bajo la influencia de las más diversas tradiciones, tienen en todas las edades ciertos rasgos comunes que las señalan como la obra de una influencia común y marcan sus determinaciones desde una fuente común también. Por ello dícese que es razonable creer que tal experiencia religiosa —cuyo tipo más perfecto lo constituye el sentido místico de la absorción del yo por un todo más grande— es lo que parece ser, a quienes la conocen mejor, una unión o comunión real de la mente humana con la divina. Este razonamiento ha sido expuesto en los tiempos modernos por algunos escritores, pero ninguno lo ha hecho con la fuerza de William James en su célebre tratado *The Varieties of Religious Experience* (*Variedades de la experiencia religiosa*), cuya influencia ha sido muy grande. En buena parte a ella se debe que la psicología, hasta hace muy poco tiempo considerada con hostilidad

tanto por los dirigentes del pensamiento religioso como por la masa, ahora parece haberse constituido en el auxiliar preferido por la teología y aun en su principal sostén. Desde la publicación de aquel libro ha surgido lo que cabe llamar una nueva rama de la literatura: periódicos, artículos y libros dedicados a la psicología de la experiencia religiosa, en su mayoría escritos por teólogos.

Tras esta breve consideración acerca de la psicología anormal se advertirá que en casi todas sus ramas nos vemos precisados a reconocer la existencia de las operaciones mentales subconscientes, y que si bien sus resultados —tanto en el comportamiento como en la conciencia— a menudo son similares a los de los procesos mentales normales, exceden en muchos casos lo normal.

Más de una vez se ha intentado esbozar una hipótesis que explique todos estos efectos sobrenormales. La de William James acaso sea la más interesante de todas. Sugiere que podemos considerar todas las mentes como conectadas en cierta forma inmediata que permite su influencia recíproca y la conjunción de sus poderes, o, dicho con otras palabras, que las mente, tanto la humana e infrahumana como la sobrehumana, son una, y que nuestras mentes individuales sólo constituyen manifestaciones parciales de una mente, condicionadas por las particularidades de los organismos corporales. Todos los efectos sobrenormales de la actividad mental, incluyendo los más extremos ejemplos del control de los procesos corporales, la expresión de conocimientos no adquiridos por algún medio normal, los más altos productos del genio, la conversión religiosa y el sentido extático de la enajenación del yo en un algo mayor que comprende la totalidad —lo cual parece ser la

forma extrema de la experiencia religiosa específica— todos son por igual atribuibles a una suspensión parcial o temporaria de las condiciones que por lo común aíslan la mente individual.

Ningún estudiante inteligente de psicología dejará de reconocer lo legítimo y fascinante de tales especulaciones. Mas el principal trabajo de la psicología anormal debe continuar siendo la observación y la investigación de los datos empíricos sobre bases que hagan posible probar o verificar tales especulaciones.

CAPÍTULO VIII

PSICOLOGÍA SOCIAL

La existencia de mentes supraindividuales o colectivas. La mente colectiva de toda sociedad humana. Tres temas de estudio de la psicología social: a) principios generales de la psicología colectiva: principios generales del pensamiento, del sentimiento y de la acción colectivos en tanto son ejecutados por los hombres en grupos sociales; b) particularidades del comportamiento colectivo y de la vida mental de determinadas sociedades; c) incorporación a la sociedad de cada nuevo miembro. — La herencia social del individuo. El lenguaje como tradición intelectual y como instrumento y condición de adquisiciones ulteriores. — La tradición moral. Teorías inadecuadas acerca de la formación del carácter. Las falacias intelectualistas y hedonistas. El problema de la educación moral. Procesos por los cuales la sociedad obra sobre la mente en desarrollo: sugestión, simpatía e imitación. Los principios de la psicología colectiva. El instinto gregario y la existencia de las sociedades animales. La cooperación armónica entre los miembros del grupo. El principio de simpatía. El tipo más simple de excitación colectiva (el pánico). Emociones e impulsos groseros susceptibles de propagarse e intensificarse por contagio simpático. La cólera. Sugestibilidad de las masas; las alucinaciones colectivas inducidas. Homogeneidad de composición de la masa. — La principal tarea de la psicología colectiva. Otros tipos de grupos organizados: la tribu salvaje, la sociedad secreta, el partido político. La expresión "carácter nacional". — El tercer campo de la psicología social: la aplicación de los principios de la psicología colectiva. Valor de las opiniones acerca de las características innatas de las razas y de las naciones. Cuestiones de solución previa a la construcción de una verdadera ciencia de la sociedad.

Una vez que, según lo considerado en las páginas anteriores, el estudioso de la conducta ha aprendido en los diversos departamentos de la psicología la estructura, génesis y modos de operación de la mente individual, quédale todavía mucho terreno por explorar. Aun dejando de lado las especulaciones no comprobadas —tales como las examinadas al final del capítulo precedente— y rehusando admitir ciertos modos de comunicación o influencia entre las mentes que no sean los de las vías normales de la percepción sensorial y de los movimientos corporales, en cierta manera deberemos no obstante reconocer la existencia de mentes supraindividuales o colectivas.

Cabe considerar la mente como un sistema organizado de fuerzas mentales o intencionales, y, en el sentido así definido, puede decirse con propiedad que toda sociedad humana posee una mente colectiva. Porque las acciones colectivas que constituyen la historia de tal sociedad están condicionadas por una organización únicamente descriptible en términos mentales y que empero no está comprendida dentro de la mente de individuo alguno. La sociedad *hállase más bien constituida por un sistema de rela-*

ciones entre las mentes individuales, que son las unidades que la componen. Las acciones de la sociedad son, o pueden ser en ciertas circunstancias, muy diferentes de la mera suma de las acciones con las que sus diversos miembros podrían reaccionar frente a la situación en ausencia del sistema de relaciones que los convierte en una sociedad. Dicho con otras palabras, en tanto piensa y obra como miembro de una sociedad, el pensamiento y la acción de cada hombre son muy distintos de su pensamiento y de su acción como individuo aislado.

Consideraremos más de cerca qué implica esta proposición. Pero debemos señalar antes que si reconocemos la existencia de mentes colectivas, el trabajo de la psicología social clasifícase bajo tres rótulos. Primero: el estudio de los principios generales de la psicología colectiva, es decir, el estudio de los principios generales del pensamiento, del sentimiento y de la acción colectivos, en tanto son ejecutados por los hombres en grupos sociales. Segundo: dados ya los principios generales de la psicología colectiva, resta restablecer el estudio de las particularidades del comportamiento colectivo y de la vida mental de determinadas sociedades. Tercero: frente a la vida mental de cualquier sociedad con sus miembros relacionados social y orgánicamente entre sí, la psicología social tiene que describir cómo cada nuevo miembro que se incorpora a la sociedad va moldeándose según las pautas tradicionales de pensar, sentir y hacer, hasta que deviene apto para desempeñar su papel como miembro de la misma y su influencia contribuye a la vida mental colectiva.

Esta tercera división del campo de la psicología social sobrepasa y complementa en forma importante el estudio del desarrollo de la mente individual.

Porque si bien cabe estudiar este desarrollo del individuo haciendo abstracción del medio social y de esta manera establecer ciertas leyes del desarrollo de la mente, tal estudio puede resultar incompleto y equivocado en muchos aspectos. Todo ser humano normal crece bajo la constante influencia de la sociedad donde nace y su desarrollo mental está moldeado por ella en cada uno de sus momentos. El individuo llega a ser el heredero de una tradición intelectual y moral lentamente construida trozo a trozo por los esfuerzos de miles de generaciones. Inclusive en las sociedades más primitivas de los hombres salvajes esta tradición es ya muy amplia y compleja, y en nuestras modernas sociedades civilizadas ha avanzado tanto que ninguna mente puede adquirir más que una fracción relativamente pequeña del total. El lenguaje constituye la parte más importante de la tradición intelectual, y es además instrumento y condición de casi toda adquisición ulterior. Al incorporarse el dominio de la lengua nativa, el niño tiene mucho más que aprender que el adulto entregado al estudio de un idioma extranjero. Pues mientras el último apenas debe hacer algo más que fijar un nuevo sonido a algún objeto familiar, en el aprendizaje del uso de las palabras el niño está aprendiendo al mismo tiempo a fragmentar el mundo circundante en una cantidad de cosas y a discernir entre ellas una enorme cantidad de distinciones y relaciones. Todas estas cosas, distinciones y relaciones, no son sino una selección del número infinito que una mente todopoderosa podría discernir. El niño efectúa una selección que es ante todo la base de la cultura de su sociedad, y en su realización hállase muy influido por la lengua que crearon sus antepasados a fin de marcar

estos seleccionados aspectos del mundo. El niño normal también adquiere de su grupo social un gran número de creencias tradicionales en torno de los objetos que ha sido llevado a reconocer, muchas de las cuales conservará toda su vida sin cuestionar jamás su verdad o el modo como llegó a aceptarlas. Y en las sociedades civilizadas puede asimismo adquirir el dominio de todos o algunos de los poderosos instrumentos de la inteligencia construidos por la labor de muchas generaciones, tales como el lenguaje escrito, el dibujo, los números y el conocimiento matemático.

Una parte más importante aún de la herencia social del individuo acaso la constituya la tradición moral. Cada uno de nosotros debe asimilarla no sólo adquiriendo conocimiento de ella sino también edificando un sistema de sentimientos morales; porque es dudoso que éstos se reciban por herencia, y aun cuando cierta base del sentimiento moral se transmita así, lo cierto es que en buena medida la tradición moral ha de ser impresa de nuevo en cada niño, a fin de que pueda gobernar su conducta según el código moral de su comunidad.

La preparación del individuo para cumplir su propio papel en la comunidad implica un intenso moldeamiento de su desarrollo mental por la influencia de la sociedad. La comprensión de este proceso formativo es evidentemente asunto de importancia. Así, en la medida en que los hombres intentaron promover deliberadamente este proceso, fundáronse en muy inadecuadas teorías relativas a la formación del carácter. Desde los antiguos, que enseñaron la identidad entre el conocimiento y la virtud, hasta Rousseau, los *utilitaristas* ingleses y Herbert Spencer, las falacias intelectualistas y hedonistas —de ordinario combinadas— viciaron casi todas las teorías sobre ese proceso, representando persistentemente al hombre como haciendo el bien porque comprende que la honestidad es la mejor política. La consecuencia práctica de tales teorías es una indebida confianza en el premio y castigo y en la perspectiva del placer y del dolor como reguladores de la conducta.

Sólo una psicología más perfecta puede salvarnos de estas falacias. Debemos destruir todo vestigio de la doctrina que hace proceder la conducta esencialmente de un cálculo de las satisfacciones que proporciona esta o aquella actitud y en su lugar poner la verdad de que todo ser, animal, niño u hombre, se comporta de esta o aquella manera debido a que sus impulsos innatos se orientan hacia este o aquel fin. De ahí que el problema de la educación moral sea el de encaminar los impulsos hacia objetivos apropiados, o dicho en términos técnicos, el de enlazar las disposiciones conativas y cognitivas. No es posible alcanzar esto mediante un sistema de premios y castigos, sino valiéndose de una más sutil influencia de la sociedad sobre el individuo en desarrollo. Debemos reconocer que el razonamiento lógico sólo influye en forma secundaria y ocasional en el desarrollo de ambos aspectos mentales, cognitivo y conativo, y que los procesos por los cuales la sociedad obra sobre la mente en desarrollo en cada momento de su vigilia son de muy diferente índole.

Tales procesos pueden clasificarse bajo tres grandes rubros: sugestión, simpatía e imitación.

Por *sugestión* queremos significar el proceso en virtud del cual las creencias son inducidas o comunicadas al sujeto independientemente de todo razonamiento lógico con respecto a una conclusión. Nos inclinamos a aceptar sin discusión las creencias que

hallamos establecidas en nuestros semejantes. A esta tendencia debemos la mayor parte de las creencias que integran nuestro equipo de trabajo intelectual. Aun cuando razonamos con la más estricta lógica, comúnmente lo hacemos utilizando como premisas creencias adquiridas en esta forma irracional.

Por *simpatía* entendemos la tendencia a experimentar, frente a un mismo objeto, iguales emociones e impulsos que los revelados por el comportamiento de nuestros semejantes. Por otra de este principio el conjunto de nuestros impulsos es regulado y acomodado a la tradición moral o sea, que el desarrollo de nuestros sentimientos morales hállase dirigido.

Por *imitación* queremos significar la tendencia a dirigir en detalle los movimientos corporales a los cuales nos incitan nuestros impulsos con arreglo al modelo establecido por nuestros semejantes; tendencia que si bien no carece de importancia, tiene menor influencia que las mencionadas antes.

La principal tarea de una de las ramas de la psicología social consiste en elucidar la sutil actividad de estos principios. Para nosotros bastará con indicar la índole de dicha tarea y afirmar que ya se ha logrado algún progreso en este sentido.

Al estudiar los principios de la psicología colectiva, hemos de comenzar con las más simples formas de asociación humana y animal; pues aunque corresponde anotar que sólo los grupos humanos más altamente desarrollados manifiestan una mente colectiva, también los grupos de bajo nivel de organización exhiben en forma relativamente simple los modos de influencia recíproca entre grupo e individuo esenciales para la existencia de la mente colectiva.

Nos vemos precisados a soslayar el fascinante estudio de las sociedades animales, señalando sólo sus más importantes lecciones: primero, que el instinto gregario es la condición primordial para la existencia de las sociedades animales; y segundo, que la cooperación armónica entre los miembros del grupo, especialmente durante la fuga y la defensa, hállase asegurada por la tendencia a la reacción simpática, innata en cada miembro (véase pág. 143). Como el lector recordará, esta primitiva tendencia simpática es meramente una tendencia instintiva a responder a las expresiones características de cado uno de los principales impulsos innnatos de las especies con un impulso y una excitación emocional similares. Tal principio encuentra su más perfecta y simple ilustración entre los animales de mayor sociabilidad: las abejas. La separación de la reina motiva en sus más cercanos sirvientes una tristeza que se traduce en cierta nota particular que rápidamente evoca una tristeza semejante, expresada en forma similar, en todas las abejas presentes en la colmena. La restauración de la reina (o inclusive de su cuerpo muerto o de algún objeto impregnado con el olor de su cuerpo) transforma la aflicción de las abejas más cercanas en una agradable excitación, que a su vez se expresa en una nota característica cuyo sonido propaga velozmente tal excitación a través de toda la colmena. De igual manera, la nota que manifiesta cólera difunde esta emoción pbr toda la colmena, y con toda probabilidad sucede lo mismo con notas que significan otros impulsos emocionales.

Al considerar la más simple forma de asociación humana, la multitud de hombres accidentalmente congregada, vemos que sus más sorprendentes particularidades las debe a este mismo principio de sim-

patía. La característica notable de la multitud es la violenta explosión de las emociones e impulsos primarios. El pánico representa el tipo más simple y extraordinario de tal excitación colectiva; despliégase en las multitudes humanas en la misma forma simple y terrible que exhibe en los grupos animales. Si entre algunos centenares de hombres reunidos en una plaza, unos hállanse aterrados y manifiestan su espanto en forma visible y audible, la excitación está pronta a difundirse casi al instante por todo el grupo, aunque el objeto que la determinó en esos pocos hombres permanezca desconocido para la masa. Y dicha excitación intensifícase de momento a momento, en virtud de que cada hombre no sólo responde al primer grito de pavor con el temblor que suscita esa emoción, sino de que al tiempo que busca descubrir a su alrededor el peligro amenazador percibe el miedo que se refleja en cada rostro, en cada gesto y en cada voz. Así, por la primitiva tendencia simpática, la emoción se propaga y acentúa, y con ella el impulso a escapar se intensifica hasta tornarse incontrolable, y dominando a todos los miembros de la multitud, los impele a huir en medio de una lucha salvaje en la que los hombres semejan perder todo atributo humano y caer en un nivel de comportamiento meramente animal.

Si el pánico proporciona la más sorprendente y terrible ilustración de emoción colectiva, el resto de las emociones e impulsos más groseros parecen susceptibles de propagarse e intensificarse por idéntico proceso de contagio simpático. La cólera da la impresión de ser especialmente adecuada para extenderse a través de una multitud, y el populacho irritado sólo es menos violento y menos accesible a la voz de la razón que la multitud poseída por el pá-

nico. Los resultados que obtienen los grandes oradores demuestran cómo, en condiciones favorables, es posible evocar y vigorizar colectivamente cualquier clase de emoción.

La magnitud de la emoción colectiva de una multitud desorganizada resulta favorecida por el hecho de que cada uno de sus miembros tiende a perder, en cierto grado, su sentido de identidad y responsabilidad personales. Ya no está solo, como individuo, frente a los ojos de sus semejantes; por el contrario, siéntese más bien como una unidad indistinta de una masa antes que una de sus unidades que el resto del mundo juzgará. De ahí que cada hombre se halle dispuestos a "dejarse llevar", a cuidar muy poco de controlarse.

La excitabilidad emocional de la multitud es muy desfavorable a sus procesos intelectuales, porque la emoción intensa torna al hombre acrítico, apresurado, parcial en el juicio y propenso a creer fácilmente por simple sugestión. La disminución del sentido de la responsabilidad personal de los miembros de una multitud se encamina en idéntico sentido. Pero la más nociva influencia para la calidad del juicio y razonamiento colectivos es la que cabe llamar *sugestibilidad de las masas*. En cierto grado todo hombre es sugestionable, cada uno inclínase un poco a creer en una afirmación que se le ha comunicado confidencialmente, y si ésta se la hacen cien o mil hombres, llega a serle difícil observar una actitud crítica frente a ella. Mas cuando una muchedumbre aclama la palabra de un orador, no llega ésta a cada miembro meramente como la opinión aceptada por cada uno de sus semejantes; pues el hecho de constituir ellos una multitud, un enorme todo que impresiona en virtud de su masa, poder y posibilidades desco-

nocidos, torna a cada hombre más sugestionable, más dispuesto a aceptar sin crítica sus opiniones que si meramente oyera esa misma opinión expresada por idéntico número de individuos. La más sorprendente ejemplificación de esta sugestibilidad de las multitudes las suministran los abundantes casos de alucinaciones colectivas así inducidas; en estos casos, todos o muchos de los miembros de una multitud llegaron a percibir objetos inexistentes, como la serpiente de mar, o una cruz ardiente, y hasta un grupo de hombres o de ángeles en las nubes.

Por su excitabilidad emocional, su alto grado de sugestibilidad y el disminuido sentido de responsabilidad de sus miembros, cabe decir que el comportamiento de multitudes casuales desorganizadas es de tipo muy inferior al comportamiento medio de sus unidades cuando piensan y actúan como individuos.

Pocas multitudes, empero, son completamente fortuitas. Por lo general una masa se reúne en virtud de algún interés o propósito común a los individuos que la integran, trátese de una comunidad de interés en los deportes, en la música, en política o en religión, o de una lealtad o resentimiento general. La masa de este tipo se compone de unidades menos diversas que la multitud fortuita; puede decirse que tiene cierta homogeneidad de composición en la medida en que sus unidades poseen conocimientos, opiniones y sentimientos comunes. Un cierto grado de homogeneidad constituye una condición necesaria de todo proceso colectivo. Una reunión fortuita de personas de diversas nacionalidades y niveles de cultura, que hablan diferentes lenguas y sustentan opiniones y sentimientos ampliamente disidentes, sólo puede desplegar la más burda de todas las formas del proceso colectivo: el pánico. Y cuanto más homogénea, tanto más capaz será la multitud de un verdadero pensamiento y acción colectivos. Pero en tanto la multitud no posea organización, su homogeneidad sólo tenderá a intensificar las peculiaridades del proceso mental colectivo ya anotado.

Compartir la vida mental colectiva, ser miembro de un grupo, ¿implica necesariamente sufrir una degradación en nuestra vida mental? Tal conclusión (afirmada o implicada a menudo) constituiría muy serio error.

Al compartir la vida colectiva de las sociedades organizadas, la masa humana supera el nivel del comportamiento puramente egoísta y es a través de tal forma de vida que gran cantidad de hombres se eleva a un nivel de conducta beneficiosa para los demás y aun a las alturas del autosacrificio heroico.

Principal tarea de la psicología colectiva es la de mostrar cómo la organización de las sociedades produce este resultado paradójico: qué, en tanto el comportamiento colectivo del grupo desorganizado implica un nivel del proceso mental mucho más bajo que la conducta individual del término medio de sus unidades —entrañando así una gradación de los componentes individuales— la vida colectiva de una sociedad bien organizada casi siempre alcanza un nivel intelectual y moral más alto que el que puede lograr individualmente el término medio de sus miembros, y eleva a muchos de sus integrantes a niveles más altos de pensamiento y acción.

Un sencillo ejemplo ilustrará el hecho e indicará el camino que permitirá encontrar la solución de esta paradoja. Un ejército patriota bien organizado, como las fuerzas japonesas que lucharon en la guerra ruso-japonesa, ejemplifica los hechos admirable-

mente. La organización de tal ejército es relativamente sencilla, aunque en cierto sentido es del tipo más elevado, pues es el producto del intento deliberado y de la aceptación voluntaria y el cumplimiento de un fin por todos sus miembros. Los movimientos de todo el ejército acusan un grado de inteligencia muy superior al del promedio de sus miembros, es decir, la inteligencia del comandante en jefe y un estado mayor de oficiales altamente entrenados y seleccionados, que deliberan y deciden con la ayuda de gran repertorio de prolija información brindada por los subordinados y de acuerdo con el conocimiento de los principios bélicos acumulados por sucesivas generaciones de la humanidad. Es tan evidente la condición esencial que eleva el nivel intelectual del comportamiento colectivo de tal ejército, que parece ocioso nombrarla. Es dicha organización la que adjudica la voz decisiva en las opiniones a los mejor calificados para juzgar cualquier punto. Pero aunque menos obvio, no menos cierto es que toda deliberación y decisión colectiva —trátese de un comité, un parlamento o una nación— sólo puede salvarse de la imbecilidad de la multitud desorganizada mediante tal organización que confiere influencia y responsabilidad predominante a los miembros mejor calificados para arribar a conclusiones acertadas. Cabe agregar que la extrema simplicidad y eficiencia de la organización del ejército en su aspecto intelectual, únicamente es posible en virtud de que la acción colectiva del grupo se halla dirigida hacia un objeto único perfectamente establecido, aceptado y deseado por cada uno de sus miembros: la derrota final del enemigo.

En virtud de su organización, igualmente en el aspecto moral la vida colectiva de tal ejército eléva-

vase a un alto nivel. Es verdad que ello se debe a que un mismo propósito anima a todos *sus miembros*, porque tanto un populacho desorganizado como un populacho decidido a linchar, impulsados por un designio común pueden desarrollar un considerable grado de resolución. La magnitud de la moral desplegada por un ejército asimismo depende en gran medida de la acentuación simpática de la emoción, aunque la propensión de casi todos los ejércitos al pánico revela que el contagio simpático también es susceptible de obrar adversamente.

La principal condición para que el ejército alcance un alto nivel moral es la existencia del espíritu de grupo. Con esta expresión queremos significar la presencia en la mente de cada soldado de un claro conocimiento o idea acerca del ejército y de su lugar y papel en la vida del ejército, acompañado por un sentimiento de devoción para con él. Es la presencia de tal sentimiento en cada mente individual lo que posibilita una auténtica voluntad colectiva, lo que sostiene a cada hombre a través de largos meses de fatiga e incomodidad y lo que desempeña un papel decisivo en los momentos críticos de batalla, como cuando las líneas de ataque operan bajo la metralla enemiga. Y el espíritu de grupo en un ejército sabiamente organizado no es simple sino múltiple; cada hombre no sólo alienta un sentimiento de devoción al ejército como un todo, que le conduce a desear su éxito y gloria, sino que también abriga parecidos sentimientos para con su pelotón de guardia, su regimiento y su compañía, que lo mueve a desear y a dar el máximo de sí a fin de lograr éxito y gloria para cada uno de los grupos con los que él se identifica, en amistosa rivalidad

con los grupos similares. Porque una de las más benéficas características del sentimiento de grupo es que la devoción a cualquier grupo es perfectamente compatible e inclusive favorable a la fortaleza de un sentimiento afín para con algún grupo mayor que incluye al menor. Por consiguiente, el desarrollo del espíritu de grupo, la influencia que sobre él ejercen las tradiciones, símbolos, agrupaciones territoriales, etcétera, poseen suma importancia para el psicólogo militar, a quien corresponde indicar los principales factores del éxito y de la derrota en la guerra.

Un ejército se asegura otra condición de alta moralidad si se halla organizado de modo que los hombres de más firme coraje y de mayor entusiasmo ocupen las posiciones de sobresaliente prestigio; porque su temple inspirará a quienes los rodeen, que lo transmitirán a través del sistema total.

Son éstos algunos de los principios psicológicos cuya acción puede elevar la vida colectiva del grupo muy por encima de la multitud desorganizada. Hay que advertir que, en el grupo bien organizado, los principios fundamentales de toda vida colectiva —el contagio simpático, la sugestión de las masas y la imitación— no quedan suspendidos, sino que aun cuando su actividad resulta modificada y completamente reorientada hacia el bien, obran tan vigorosamente como en la multitud.

El estudio de otros tipos de grupos organizados, la tribu salvaje, la sociedad secreta, el partido político, etcétera, permítenos elaborar estos principios fundamentales y complementarlos con otros de menor cuantía; así, la psicología colectiva se prepara para lograr cierta comprensión de lo que constituye la forma más compleja, interesante e importante de

la mente colectiva: la mente de una moderna nación-Estado.

La expresión "carácter nacional" es de uso ordinario, pero quienes la utilizan rara vez aclaran en cuál de sus dos sentidos creen emplearla. Quizá se entiende comúnmente que señala el carácter de algún individuo hipotético susceptible de ser considerado como el tipo o término medio representativo de la nación. Pero es preciso distinguir claramente su otro significado. Una nación con un gran pasado y un vasto sistema de tradiciones e instituciones vivas posee un carácter que de ninguna manera es la simple suma o resultante de los caracteres de todas sus unidades componentes. Porque este carácter hállase en gran parte determinado por estas tradiciones e instituciones, que son al par producto de los caracteres de los individuos de generaciones precedentes y de las circunstancias históricas de la vida de la nación en el decurso de muchos siglos. En idéntico sentido y por las mismas razones, una nación tiene una inteligencia colectiva nacional al par que un carácter colectivo nacional.

El tercer campo de la psicología social lo constituye la aplicación de los principios de la psicología colectiva a la comprensión de la vida de las naciones o de los grupos históricos. En este vasto terreno de investigación la psicología no puede valerse sola; debe cooperar con otras ciencias, en especial con la historia política y la ciencia económica. La división del trabajo entre estas diversas disciplinas y la sociología es hoy un problema calurosamente discutido. Sin entrar en este arduo debate, hemos de insistir en que la aplicación de los principios de la vida mental colectiva a la interpretación de la vida de

las naciones no representa todo el trabajo psicológico que es preciso llevar a cabo.

Queda para el psicólogo la tarea de describir las peculiaridades mentales de los individuos que componen las diversas naciones y sus clases; en especial, tratará de definir las particularidades innatas de sus constituciones mentales. O sea, que antes de abrigar la esperanza de cumplir su papel en la interpretación histórica y antes de considerar las particularidades de la vida colectiva de cada nación, la psicología colectiva debe apelar al auxilio de la psicología comparada de razas y clases. Porque no obstante el enorme predicamento de las tradiciones, instituciones y condiciones económicas en la determinación del curso de la vida y del éxito o fracaso de una nación, las cualidades innatas de la población se harán sentir, y con el correr del tiempo ejercerán preponderante influencia sobre el resto de los factores.

Aquí tenemos un inmenso campo a explorar. Mucho se ha escrito acerca de las características innatas de las razas y de las naciones, pero hasta ahora apenas disponemos de opiniones vagas y generalmente dogmáticas, no apoyadas por ningún ensayo de observación exacta, y en su mayoría expuestas por autores que no han comprendido aún la índole de los problemas a resolver. Las tareas que en este campo enfrenta el psicólogo son: la definición de los problemas y el descubrimiento de métodos aptos para estudiarlos provechosamente.

La dificultad inicial de todo trabajo en este sector es la de distinguir entre la estructura mental innata y la adquirida, a lo que nos referimos en otro capítulo. Pero el estudio comparativo de los pueblos puede aclarar esta duda y acaso pueda lograrlo mejor que cualquier otro método introductorio. Pues dado que las cualidades innatas de cualquier pueblo ejercen en forma constante y a través de las generaciones una influencia formativa y selectiva sobre el crecimiento de su cultura e instituciones, esperamos encontrarlas reflejadas allí. Es ésta una de las tareas de la psicología racial comparada. Mas su principal labor debe ser la descripción de las particularidades mentales innatas de razas y pueblos. Queremos saber cuáles son las diferencias en lo referente a las dotes mentales entre las razas amarilla, negra y blanca; entre los celtas y los teutones, los eslavos, los árabes, los judíos y los armenios. Nos interesa averiguar cómo se ha producido la mezcla de razas y su efecto sobre la estructura mental innata, y si cabe decir que los pueblos formados por el cruzamiento de razas con el correr del tiempo pueden dar lugar a subrazas nuevas y estables. Asimismo nos importa saber si entre las diversas secciones y estratos sociales de nuestras grandes y complejas sociedades nacionales puede darse alguna diferencia entre las cualidades mentales innatas, y en especial qué cambios —si los hay— se han producido en la constitución mental innata de estos pueblos bajo sus presentes condiciones; si —como algunos afirman— diversas formas de selección social tórnanse más resistentes al deterioro o si —según se cree de ordinario— las masas civilizadas continúan evolucionando hacia un tipo de estructura mental más elevado; o por último, si habiéndose realizado el cambio principal no hay sino una diferenciación mayor, resultando de ello, en un extremo de la escala, la producción de una masa de población comparativamente poco evolucionada, y en el otro, ciertos grupos de habilidad excepcional y *de consistencia*

moral. Todas éstas son preguntas a las que habrá de responderse detalladamente antes que podamos constituir una verdadera ciencia de la sociedad: una ciencia que señale el camino hacia una organización política y social que ofrezca garantías de estabilidad y alguna esperanza de continuado progreso de la mente y cultura humanas.

Todos estos problemas caen dentro del campo de la psicología y sólo pueden ser resueltos mediante el progreso de esta ciencia.

BIBLIOGRAFÍA ESPECIAL EN CASTELLANO *

Psicología general

Adock, C. J.: *Fundamentos de la psicología*. Buenos Aires. Lerú, 1961.

Allport, F. H.: *El problema de la percepción*. Buenos Aires. Ediciones Tres, 1960.

Alvarez Villar, A.: *Elementos de psicología experimental*. Madrid, Morata, 1962.

Bachrach: *Cómo investigar en psicología*. Madrid, Morata, 1966.

Bal, A.: *La atención y sus enfermedades*. Buenos Aires, Paidós, 1960.

Baller, W.: *Psicología*. Santiago de Chile, Universitaria, 1966.

Barbado, M.: *Estudios de psicología experimental*. Madrid, 1948.

Barthes, R. y otros: *Cuadernos de psicología*. Buenos Aires, Caudex, 1965.

Baumgardt, E.: *Los mecanismos de la visión*. Buenos Aires, Fabril, 1962.

Beck, M.: *Psicología*. (*Esencia y realidad del alma*.) Buenos Aires, Losada, 1947.

Berkeley, G.: *Teoría de la visión y tratado sobre el conocimiento humano*. Madrid, Espasa Calpe, 1945.

Berlo, D. K.: *El proceso de la comunicación*. Buenos Aires, El Ateneo, 1968.

Bertley, S. H.: *Principios de percepción*. México, Trillas, 1968.

Bleger, J.: *Psicología de la conducta*. Buenos Aires, Eudeba, 1966.

Braunshausen, N.: *Introducción a la psicología experimental*. Barcelona, Labor, 1949.

* Confeccionada especialmente por los editores de esta versión.

Brennan, R. E.: *Psicología general*. Madrid, Morata, 1961.
Brenner, Ch.: *Elementos fundamentales de psicoanálisis*. Buenos Aires, Libros Básicos, 1958.
Brentano: *Psicología*. Buenos Aires, Schapire, 1951.
Brown, C. W. y Ghiselli, E. E.: *El método científico en psicología*. Buenos Aires, Paidós, 1969.
Bulnes, J. P.: *Psicología*. Madrid, Razón y Fe, 1963.
Burloud, A.: *La psicología de la sensibilidad*. Barcelona, Vergara, 1956.
Butty: *Alcances de la mente*. Buenos Aires, Troquel, 1966.
Clulow, A. A.: *El lenguaje y su expresión*. Montevideo, Medina, 1958.
Crow, L. D. y otros: *Conducta adaptada*. Buenos Aires, Paidós, 1965.
Cruz Hernández, M.: *Lecciones de psicología*. Madrid, Rev. de Occidente, 1960.
Delacroix, H. y otros: *Psicología del lenguaje*. Buenos Aires, Paidós, 1960.
Delay, J.: *Manual de psicología*. Barcelona, Toray, 1966.
Delgado, H. e Iberico, M.: *Psicología*. Barcelona, Científico Médica, 1958.
Dewey, J.; *La inteligencia y la conducta*. Madrid, La Lectura, 1930.
Drever, J.: *Diccionario de psicología*. Buenos Aires, Escuela, 1964.
Dumas, G.: *Nuevo tratado de psicología*. Buenos Aires, Kapelusz, 1955.
Dunbar, F.: *Mente y cuerpo*. Buenos Aires, Esquirol, 1957.
Fraisse, P.: *Manual práctico de psicología experimental*. Buenos Aires, Kapelusz, 1960.
Frobes, J.: *Compendio de psicología experimental*. Madrid, Razón y Fe, 1961.
Frolov, Y. P.: *La actividad cerebral*. Buenos Aires, Psique, 1965.
Garrett: *Las grandes realizaciones en la psicología experimental*. México, F.C.E., 1962.
Gemelli, A.: *Introducción a la psicología*. Barcelona, Miracle, 1953.
Gorski, D. P.: *Pensamiento y lenguaje*. México, Grijalbo, 1961.
Guerrero, L. J.: *Psicología*. Buenos Aires, Losada, 1963.
Guilford, J. P.: *Psicología general*. México, Diana, 1959.
Guillaume, P.: *Manual de psicología*. Buenos Aires, Paidós, 1964.

Guthrie, E. R. y otros: *Las funciones psicológicas*. Buenos Aires, Paidós, 1967.
Haberlin, P.: *Guía de la psicología*. Buenos Aires, Fabril, 1968.
Harper, R.: *Introducción a la psicología*. Buenos Aires, C.E.C.S.A., 1962.
Harriman, P. L.: *Diccionario de psicología*. Buenos Aires, Paidós, 1970.
Heintz, P.: *Curso de psicología. Algunos sistemas de hipótesis o teorías de alcance medio*. Buenos Aires, Eudeba, 1965.
Iakobson, P.: *Psicología de los sentimientos*. Montevideo, Pueblos Unidos, 1959.
James, W.: *Compendio de psicología*. Buenos Aires, Emecé, 1957.
James, W.: *Principios de psicología*. Buenos Aires, Glem, 1945.
Katz, D.: *Manual de psicología*. Madrid, Morata, 1965.
Klages, L.: *Esencia de la conciencia*. Buenos Aires, Paidós, 1967.
Lavaissiere-Palmes: *La psicología experimental*. Buenos Aires, Subirana, 1952.
Lersch, P.: *La estructura de la personalidad*. Madrid, Scientia, 1959.
Luria, A. R.: *El papel del lenguaje en el desarrollo de la conducta*. Buenos Aires, Tekne, 1966.
Manis, M.: *Procesos cognoscitivos*. Alcoy, Marfil, 1968.
Meneses Morales, E.: *Psicología general*. México, Porrúa, 1967.
Messer, A.: *Introducción a la psicología*. Buenos Aires, Losada, 1959.
Miller, G. A.: *Psicología de la comunicación*. Buenos Aires, Paidós, 1969.
Mira y López, E.: *El pensamiento*. Buenos Aires, Kapelusz, 1966.
Mira y López, E.: *Psicología experimental*. Buenos Aires, Kapelusz, 1955.
Mouloud, N.: *Psicología y estructuras*. Buenos Aires, Columba, 1968.
Mowrer, O. H.: *¿Qué es conducta normal?* Buenos Aires, Eudeba, 1968.
Narbone, M. J.: *Percepción y comportamiento*. Buenos Aires, Nova, 1965.
O'Neil, W.: *Introducción al método en psicología*. Buenos Aires, Eudeba, 1968.

Oñativia, O.: *Percepción y acción.* Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1951.

Oñativia, O.: *Dimensiones de la percepción.* Tucumán, Univ. de Tucumán, 1963.

Overton, R. K.: *Psicofisiología del pensamiento y de la acción.* Buenos Aires, Paidós, 1966.

Parkes, A. S.: *Simposio: Percepción extrasensorial.* Buenos Aires, Eudeba, 1961.

Pérez Izquierdo, I. D.: *Psicología general.* México, Porrúa, 1966.

Piaget, J.: *Psicología de la inteligencia.* Buenos Aires, Psique, 1966.

Pieron, H.: *La sensación.* Buenos Aires, Paidós, 1960.

Pradines, M.: *Tratado de psicología general.* Buenos Aires, Kapelusz, 1962.

Randall, J. H.: *La formación del pensamiento moderno.* Buenos Aires, Nova, 1952.

Rapaport, D.: *Hacia una teoría del pensamiento.* Buenos Aires, Escuela, 1964.

Rhine, J. B.: *El alcance de la mente.* Buenos Aires, Paidós, 1961.

Ryle, G. y otros: *Psicología de la motivación.* Buenos Aires, Paidós, 1968.

Sánchez Ramírez y otros: *Psicología.* México, Sec. de Educación Pública, 1965.

Sartain, A. y otros: *Psicología. Un estudio de la conducta humana.* Madrid, Scientia, 1966.

Sartre, J. P.: *Esbozo de una teoría de las emociones.* Córdoba, Univ. Nacional, 1958.

Sherrington, Ch. y otros: *Las bases físicas de la mente.* Buenos Aires, Nueva Visión, 1957.

Smirnof: *Psicología.* México, Grijalbo, 1963.

Smith-Smith: *La conducta del hombre. Introducción a la psicología.* Buenos Aires, Eudeba, 1963.

Souza Ferraz, J.: *Psicología humana.* Buenos Aires, Américalee, 1962.

Stern, W.: *Psicología general.* Buenos Aires, Paidós, 1967.

Stern, W., Allport, G. W. y otros: *El conocimiento de sí mismo y de los demás.* Buenos Aires, Paidós, 1968.

Terman, L. M. y otros: *La inteligencia, el interés y la actitud.* Buenos Aires, Paidós, 1965.

Thomson, R.: *Psicología del pensamiento.* Buenos Aires, Fabril, 1963.

Toulouse: *Técnica psicológica experimental.* Madrid, Jorro, 1964.

Urban, W.: *Lenguaje y realidad.* México, F.C.E., 1952.

Valmor, D.: *Diccionario de psicología y psicoanálisis.* Buenos Aires, Schapire, 1966.

Van Der Veldt, J.: *Cuestiones de psicología.* Madrid, Consejo Superior, 1947.

Vernon, M. D.: *Psicología de la percepción.* Buenos Aires, Hormé, 1967.

Viaud, G.: *La inteligencia.* Buenos Aires, Paidós, 1965.

Von Aster, E.: *Introducción a la psicología.* México, Ed. Nacional, 1962.

Vygotsky, L. S.: *Pensamiento y lenguaje.* Buenos Aires, Lautaro, 1964.

Young, K., Flugel, J. C. y otros: *Psicología de las actitudes.* Buenos Aires, Paidós, 1967.

Warren, H. C.: *Diccionario de psicología.* México, F.C.E., 1963.

Watson, J.: *Teorías del placer.* Buenos Aires, Paidós, 1966.

Werner, H. y otros: *El método experimental en psicología y psicoanálisis.* Buenos Aires, Paidós, 1967.

Woodworth, R. S. y Schlosberg, H.: *Psicología experimental.* Buenos Aires, Eudeba, 1964.

Zunini, G.: *Psicología.* Barcelona, Plaza & Janes, 1965.

Historia de la psicología y Escuelas de psicología

Ackernecht, E. H.: *Breve historia de la psiquiatría.* Buenos Aires, Eudeba, 1962.

Adler, A.: *Práctica y teoría de la psicología del individuo.* Buenos Aires, Paidós, 1961.

Adler, A.: *El sentido de la vida.* Barcelona, Miracle, 1955.

Baldwin, J. M.: *Historia de la psicología* (2 tomos). Buenos Aires, Paidós, 1967.

Barlow, M.: *El pensamiento de Bergson.* México, F.C.E., 1969.

Boring, E. C.: *Historia de la psicología experimental.* Buenos Aires, Paidós, 1967.

Brachfeld, O.: *Los sentimientos de inferioridad.* Barcelona, Miracle, 1959.

Brennan, R. E.: *Historia de la psicología.* Madrid, Morata, 1958.

Brett, G. S.: *Historia de la psicología.* Buenos Aires, Paidós, 1963.

Brown, J. F. y otros: *Sistemas de psicologia*. Buenos Aires, Paidós, 1966.

Brunswik, E. y otros: *Los marcos de referencia en psicologia*. Buenos Aires, Paidós, 1967.

Bühler, K.: *Psicologia de la forma*. Madrid, Morata, 1962.

Carr, H. y otros: *La psicologia del acto*. Buenos Aires, Paidós, 1965.

Condillac: *Tratado de las sensaciones*. Buenos Aires, Eudeba, 1963.

Cuny, H.: *Ivan Pavlov y los reflejos condicionados*. Madrid, Cid, 1963.

Chevalier, J.: *Historia del pensamiento*. Madrid, Aguilar, 1958.

Dalbiez: *El método psicoanalítico y la doctrina freudiana*. Buenos Aires, Desclée, 1948.

Ekstein, R. y otros: *Historia del psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, tomo VI, 1968.

Fenichel, O.: *Teoría psicoanalítica de las neurosis*. Buenos Aires, Paidós, 1964.

Ferenczi, S.: *Contribuciones al psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1967.

Ferenczi, S.: *Problemas y métodos del psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1966.

Foulquie: *Psicología contemporánea*. Barcelona, Labor, 1965.

Freeman, L.: *La historia del psicoanálisis*. México, Diana, 1963.

Freud, S.: *Esquemas del psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1966.

Garma, A.: *El psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1962.

Gemelli, A.: *Orientaciones de la psicología experimental*. Barcelona, Subirana, 1937.

Grotjahn, M. y otros: *Historia del psicoanálisis*. I. Buenos Aires, Paidós, 1968.

Guillaume, P.: *La psicología de la forma*. Buenos Aires, Psique, 1964.

Hall, C. S.: *Compendio de psicología freudiana*. Buenos Aires, Paidós, 1966.

Hall, C. y Lindzey, G.: *Teorías de la personalidad*. Buenos Aires, Paidós, 1967.

Heidbreder, E.: *Psicologías del siglo XX*. Buenos Aires, Paidós, 1967.

Hendrick, I.: *Hechos y teorías de psicoanálisis*. Buenos Aires, Sudamericana, 1950.

Hill, W. F.: *Teorías contemporáneas del aprendizaje*. Buenos Aires, Paidós, 1966.

Hollitscher, W.: *Introducción al psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1960.

Horney, K.: *El nuevo psicoanálisis*. México, F.C.E., 1957.

Jacobi, J.: *La psicología de C. G. Jung*. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1963.

Katz, D.: *Psicología de la forma*. Madrid, Espasa Calpe, 1945.

Klemm, O.: *Historia de la psicología*. Madrid, Jorro, 1929.

Koffka, K.: *Principios de psicología de la forma*. Buenos Aires, Paidós, 1953.

Kostylev, F. N.: *La crisis de la psicología experimental*. Madrid, Jorro, 1922.

Lagache, D.: *El psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1963.

Lauzun, G.: *Sigmund Freud y el psicoanálisis*. Madrid, Cid, 1962.

Lewin, K.: *Teoría del campo y experimentación en psicología*. Buenos Aires, Instituto de Sociología, 1965.

Mandolini Guardo, R. G.: *Historia general del psicoanálisis de Freud a Fromm*. Buenos Aires, Ciordia, 1960.

Maritain, J. *Freudismo y psicoanálisis*. Buenos Aires, Desclée, 1947.

Marx, M. H. y Hillix, W. A.: *Sistemas y teorías psicológicos contemporáneos*. Buenos Aires, Paidós, 1966.

Mounier, E.: *El personalismo*. Buenos Aires, Eudeba, 1969.

Mueller, F. L.: *La psicología contemporánea*. México, F.C.E., 1965.

Mueller, F. L.: *Historia de la psicología*. México, F.C.E., 1966.

Murphy, C.: *Introducción histórica a la psicología contemporánea*. Buenos Aires, Paidós, 1964.

Myers, E. D.: *La educación en la perspectiva de la historia*. México, F.C.E., 1967.

Reuchlin, M.: *Historia de la psicología*. Buenos Aires, Paidós, 1969.

O'Connor, D. J.: *Historia crítica de la filosofía occidental*. Buenos Aires, Paidós, 4 vols., 1967-68.

Spanjaard, J. y otros: *Historia del psicoanálisis*. V. Buenos Aires, Paidós, 1968.

Veszy-Wagner, L. y Weiss, E.: *Historia del psicoanálisis*. II. Buenos Aires, Paidós, 1968.

Vygotsky, L. S.: *Pensamiento y lenguaje*. Buenos Aires, Lautaro, 1964.

Waelder, R.: *Teoría básica del psicoanálisis.* México, Pax, 1964.

Wahl, Ch. W. y otros: *Historia del psicoanálisis.* VII. Buenos Aires, Paidós, 1968.

Wallon, H.: *Fundamentos dialécticos de la psicología.* Buenos Aires, Proteo, 1965.

Wallon, H.: *Estudios sobre psicología genética de la personalidad.* Buenos Aires, Lautaro, 1965.

Wallon, H.: *Del acto al pensamiento.* Buenos Aires, Lautaro, 1964

Watson, J. B.: *El conductismo.* Buenos Aires, Paidós, 1961.

Winnicott, D. W. y otros: *El psicoanálisis y el pensamiento contemporáneo.* Buenos Aires, Paidós, 1962.

Wolman, B.: *Teorías y sistemas contemporáneos en psicología.* México, Grijalbo, 1966.

Zazzo, R.: *La psicología norteamericana.* Buenos Aires, Paidós, 1964.

Zulliger, H. y otros: *Historia del psicoanálisis.* III. Buenos Aires, Paidós, 1968.

Psicología del carácter y de la personalidad

Adorno, T. W. y otros: *La personalidad autoritaria.* Buenos Aires, Proyección, 1965.

Aeppli, E.: *Personalidad.* Barcelona, Toray, 1966.

Allers, R.: *Naturaleza y educación del carácter.* Barcelona, Labor, 1959.

Allport, G. W.: *Psicología de la personalidad.* Buenos Aires, Paidós, 1966.

Allport, G. W., Fenichel, O. y otros: *Psicología y psicoanálisis de los rasgos del carácter.* Buenos Aires, Paidós, 1968.

Allport, G. W.: *¿Qué es la personalidad?* Buenos Aires, Siglo Veinte, 1968.

Allport, G. W.: *La personalidad; su configuración y desarrollo.* Barcelona, Herder, 1968.

Ancona-Buytendijk, y otros: *La motivación.* París, P.U.F., 1950.

Anderson, H. H.: *Desarrollo de la personalidad.* Buenos Aires, Eudeba, 1968.

Barnow, V.: *Cultura y personalidad.* Buenos Aires, Troquel, 1967.

Berger, G.: *Carácter y personalidad.* Buenos Aires, Paidós, 1961.

Berger, G.: *Tratado práctico de análisis del carácter.* Buenos Aires, El Ateneo, 1956.

Berger, G.: *Análisis del carácter.* Buenos Aires, El Ateneo, 1964.

Bertocci, P. A. y otros: *Psicología de la personalidad.* Buenos Aires, Paidós, 1966.

Blum, G. S.: *Teorías psicoanalíticas de la personalidad.* Buenos Aires, Paidós, 1966.

Ciklic, P.: *El hombre y su personalidad.* Buenos Aires, Clubes de Lectores, 1965.

Chauchard, D. y otros: *Desarrollo de la personalidad.* Buenos Aires, Troquel, 1969.

D'alo, O. A.: *Sexo y personalidad.* Buenos Aires, Castellví, 1969.

David, H. P. y Catalano, E. P.: *Teorías de la personalidad.* Buenos Aires, Eudeba, 1964.

Delgado, H.: *La personalidad y el carácter.* Madrid, Científico-Médica, 1958.

Dewey, J. y otros: *Herencia, conducta y motivación.* Buenos Aires, Paidós, 1965.

Dufrenne, M.: *La personalidad básica.* Buenos Aires, Paidós, 1959.

Eysenck, H. J.: *Personalidad y vida social.* Madrid, Morata, 1962.

Eysenck, H. J.: *Estudio científico de la personalidad.* Buenos Aires, Paidós, 1959.

Filloux, J. C.: *La personalidad.* Buenos Aires, Eudeba, 1960.

Foulds, G. A. y Caine, T. M.: *Personalidad y enfermedad personal.* Barcelona, Toray, 1967.

Guntrip, H.: *Estructura de la personalidad e interacción humana.* Buenos Aires, Paidós, 1965.

Hall, G. y Lindzey, G.: *Teorías de la personalidad.* Buenos Aires, Paidós, 1967.

Hospers, J.: *La conducta humana.* Madrid, Tecnos, 1961.

Johnson, H. M. y Flügel, J. C. y otros: *Naturaleza, cultura y personalidad.* Buenos Aires, Paidós, 1967.

Kelly, G. A.: *Teoría de la personalidad.* Buenos Aires, Troquel, 1966.

Klages, L.: *Los fundamentos de la caracterología.* Buenos Aires, Paidós, 1965.

Kunkel, F.: *Introducción a la caracterología.* Buenos Aires, Psique, 1966.

Lenin, K.: *Dinámica de la personalidad.* Madrid, Aguilar, 1969.

Lersch, P.: *La estructura de la personalidad.* Madrid, Scentia, 1959.
Linton, R.: *Cultura y personalidad.* México, F.C.E., 1956.
Maslow, A. H.: *Motivación y personalidad.* Barcelona, Sagitario, 1954.
Melancon, O.: *Desarrollo de la personalidad.* México, Paulinas, 1968.
Merleau-Ponty, M.: *La estructura del comportamiento.* Buenos Aires, Hachette, 1957.
Morley, F.: *Ensayos sobre la individualidad.* Buenos Aires, Agora, 1960.
Mounier, E.: *Tratado del carácter.* Buenos Aires, Zamora, 1955.
Murphy, G.: *Personalidad.* Madrid, Instituto de estudios políticos, 1956.
Newcomb, Th. M.: *Cultura y personalidad.* Buenos Aires, Eudeba, 1969.
Nuttin, J.: *La estructura de la personalidad.* Buenos Aires, Kapelusz, 1968.
Palmade, G.: *La caracterología.* Buenos Aires, Paidós, 1965.
Rohracher, A. y J.: *Introducción a la caracterología.* Buenos Aires, Losada, 1966.
Royce, J. E.: *Personalidad y salud mental.* México, Herrero, 1967.
Saul, J. L.: *Bases de la conducta humana.* Buenos Aires, Libros Básicos, 1958.
Sheldon, W.: *Las variedades del temperamento.* Buenos Aires, Paidós, 1960.
Sprott, W. J. H.: *La sociedad y la formación de la personalidad del niño.* Buenos Aires, Paidós, 1967.
Stern, W., Allport, G. W. y otros: *Aportaciones a la psicología de la personalidad.* Buenos Aires, Paidós, 1967.
Thorpe, L. y otros: *La personalidad y sus tipos.* Buenos Aires, Paidós, 1966.
Thorpe, L. y otros: *Los fundamentos de la personalidad.* Buenos Aires, Kraft, 1946.
Wallace, A. F. C.: *Cultura y personalidad.* Buenos Aires, Paidós, 1963.
Young, K., Flügel, J. C. y otros: *Psicología de las actitudes.* Buenos Aires, Paidós, 1967.

Psicología animal

Baumgardt, E.: *Las sensaciones en el animal.* Buenos Aires, Paidós, 1960.
Filloux, J. C.: *Psicología de los animales.* Buenos Aires. Paidós, 1960.
Fox, M.: *La personalidad de los animales.* Buenos Aires. Eudeba, 1960.
Guillaume, P.: *La psicología animal.* Buenos Aires, Psique, 1966.
Harlow, H. F. y otros: *Psicología del animal.* Buenos Aires, Escuela, 1965.
Nissen, H. N. y otros: *Psicología y psicopatología animal.* Buenos Aires, Paidós, 1967.
Pavlov, I. P. y otros: *Psicología reflexológica.* Buenos Aires, Paidós, 1963.
Reuchlin, M.: *Historia de la psicología.* Buenos Aires, Paidós, 1961.
Rubinstein, S. L.: *El proceso del pensamiento y las leyes del análisis. La síntesis y la generalización.* Montevideo, Pueblos Unidos, 1963.
Stocker, A.: *Orientaciones actuales de la psicología.* Buenos Aires, Troquel, 1963.

Psicología del niño

Aberastury, A.: *El niño y sus juegos.* Buenos Aires, Paidós, 1968.
Adler, A.: *Guiando al niño.* Buenos Aires, Paidós, 1965.
Agazzi, A.: *Psicología del niño.* Alcoy, Marfil, 1959.
Aldrich, Ch. A. y Aldrich, M. M.: *Los niños son seres humanos.* México, La Prensa Médica, 1960.
Arthus, A.: *Un mundo desconocido: nuestros hijos.* Barcelona, Argos, 1954.
Bernson, M.: *Del garabato al dibujo.* Buenos Aires, Kapelusz, 1962.
Boesch, E.: *La exploración del carácter del niño; sus principios y métodos.* Buenos Aires. Nova, 1959.
Boigelot, R.: *El alma infantil (desde la primera edad hasta los 10 años) explicada a las mamás.* Bilbao, Vizcaína, 1961.
Bühler, Ch.: *Infancia y juventud.* Madrid, Espasa Calpe, 1946.

Bühler, Ch.: *El desarrollo psicológico del niño. Desde el nacimiento a la adolescencia.* Buenos Aires, Losada, 1950.

Bühler, Ch. y otros: *El desarrollo del niño pequeño.* Buenos Aires, Paidós, 1966.

Bühler, Ch.: *El niño y su familia.* Buenos Aires, Paidós, 1965.

Calvin, A. D.: *Procesos del aprendizaje infantil.* Buenos Aires, Paidós, 1965.

Carmichael, L. y otros: *Psicología de las edades. De la vida fetal a la madurez.* Buenos Aires, Paidós, 1967.

Carmichael, L.: *Manual de psicología infantil.* Buenos Aires, El Ateneo, 1964.

Clauss, G. y Hiebisch, H.: *Psicología del niño escolar.* México, Grijalbo, 1966.

Collin, G.: *Compendio de psicología infantil.* Buenos Aires, Kapelusz, 1960.

Chaloner, L.: *Emoción y percepción en el niño pequeño.* Buenos Aires, Paidós, 1969.

Charles, D. C.: *Psicología del niño en el aula.* Buenos Aires, Paidós, 1966.

Chateau, J.: *Psicología de los juegos infantiles.* Buenos Aires, Kapelusz, 1958.

Children's Bureau: *El niño de 1 a 6 años.* México, La Prensa Médica, 1966.

Children's Bureau: *El niño de 6 a 12 años.* México, La Prensa Médica, 1966.

Debesse, M. y otros: *Psicología del niño.* Buenos Aires, Nova, 1966.

Decroly, O.: *Estudios de psicogénesis.* Madrid, Beltrán, 1935.

Depoully, J.: *Niños y primitivos.* Buenos Aires, Kapelusz, 1965.

Dinmeyer, D. y Dreigurs, R.: *Cómo estimular al niño: el proceso del estímulo.* Buenos Aires, Marfil, 1969.

Driscoll, G. P.: *Cómo estudiar la conducta de los niños.* Buenos Aires, Paidós, 1964.

Dunbar, F.: *El alma y el cuerpo de tu hijo.* Buenos Aires, Nova, 1964.

Elkin, F.: *El niño y la sociedad.* Buenos Aires, Paidós, 1964.

Engelmayer, O.: *Psicología evolutiva de la infancia y de la adolescencia.* Buenos Aires, Kapelusz, 1968.

Erickson, H. E.: *Infancia y sociedad.* Buenos Aires, Hormé, 1966.

Flavell, J. H.: *La psicología evolutiva de Jean Piaget.* Buenos Aires, Paidós, 1968.

Fornari, F.: *La vida afectiva originaria del niño.* Madrid, Fax, 1969.

Frank, L. K., Frank, M. H. y otros: *Dinámica y desviaciones de la conducta del niño.* Buenos Aires, Paidós, 1965.

Freud, A.: *Psicoanálisis del niño.* Buenos Aires, Hormé, 1964.

Gemelli, A.: *Psicología de la edad evolutiva.* Madrid, Fax, 1960.

Gesell, A.: *El niño de 1 a 4 años.* Buenos Aires, Paidós, 1967.

Gesell, A. y otros: *El niño de 5 y 6 años.* Buenos Aires, Paidós, 1967.

Gesell, A.: *El niño de 7 y 8 años.* Buenos Aires, Paidós, 1967.

Gesell, A.: *El niño de 9 y 10 años.* Buenos Aires, Paidós, 1967.

Gesell, A.: *La personalidad del niño de 5 a 16 años.* Buenos Aires, Paidós, 1967.

Gesell, A.: *Emociones, actividades e intereses del niño de 5 a 16 años.* Buenos Aires, Paidós, 1967.

Gesell, A.: *Las relaciones interpersonales del niño de 5 a 16 años.* Buenos Aires, Paidós, 1967.

Gesell, A.: *Vida escolar e imagen del mundo del niño de 5 a 16 años.* Buenos Aires, Paidós, 1967.

Giusti, M.: *Los niños y su mundo.* Buenos Aires, Paulinas, 1965.

Goodenough, F. L. y otros: *La inteligencia del niño pequeño.* Buenos Aires, Paidós, 1965.

Halloway, G. E. T.: *Concepción del espacio en el niño según Piaget.* Buenos Aires, Paidós, 1969.

Halloway, G. E. T.: *Concepción de la geometría en el niño según Piaget.* Buenos Aires, Paidós, 1969.

Hartley, R. E. y otros: *Cómo comprender los juegos infantiles.* Buenos Aires, Hormé, 1965.

Hatfield, J. A.: *Psicología evolutiva de la niñez y la adolescencia.* Buenos Aires, Paidós, 1970.

Hurlock, E. B.: *Desarrollo psicológico del niño.* Nueva York, McGraw, 1967.

Ilg, F. y Bates Ames, L.: *La conducta del niño.* Buenos Aires, Psique, 1964.

Isaacs, N.: *El desarrollo de la comprensión en el niño pequeño según Piaget.* Buenos Aires, Paidós, 1968.

Isaacs, N.: *Aspectos psicológicos del desarrollo del niño.* Madrid, Victoriano Suárez, 1964.

Isaacs, S.: *Años de infancia.* Buenos Aires, Hormé, 1965.

Jersild, A. T.: *Psicología del niño.* Buenos Aires, Eudeba, 1969.

Jersild, A. T.: *El niño en la escuela.* Buenos Aires, Paidós, 1964.

Jiménez y Coria, L.: *Psicología del niño y del adolescente.* México, Fernández, 1962.

Josselyn, I. M.: *Desarrollo psicosocial del niño.* Buenos Aires, Psique, 1966.

Jung, C. G.: *Conflictos del alma infantil.* Buenos Aires, Paidós, 1964.

Kahn, J. H.: *Psicobiología evolutiva.* Madrid, Morata, 1967.

Klein, M.: *El psicoanálisis de niños.* Buenos Aires, Hormé, 1964.

Klein, M. y otros: *Psicología infantil y psicoanálisis de hoy.* Buenos Aires, Paidós, 1963.

Koupernik, C. y Soule, M.: *Desarrollo psicomotor de la primera infancia.* Barcelona, Miracle, 1961.

Lawrence, E. y otros: *La comprensión del número y la educación del niño según Piaget.* Buenos Aires, Paidós, 1968.

Lawrence, E. y Theakston, T. R.: *La obra de Jean Piaget.* Buenos Aires, Paidós, 1968.

Leif, J. y Delay, J.: *Psicología y educación del niño.* Buenos Aires, Kapelusz, 1969.

Levine, M. y Soligmann, J. J.: *Un niño ha nacido.* Buenos Aires, Centurión, 1961.

Levobici, D.: *Significado y función del juego en el niño.* Buenos Aires, Proteo, 1969.

Lewin, K. y otros: *El niño y su ambiente.* Buenos Aires, Paidós, 1965.

Lezine, I. y Brunnet, O.: *El desarrollo psicológico de la primera infancia.* Buenos Aires, Troquel, 1964.

Lowenfeld, V.: *El niño y su arte.* Buenos Aires, Kapelusz, 1958.

Malrieu, Ph.: *La vida afectiva del niño.* Buenos Aires, Nova, 1959.

Meyer, W. J.: *La psicología evolutiva y el proceso de la educación.* Buenos Aires, Troquel, 1968.

Millot, y otros: *Psicología del niño en edad escolar.* Buenos Aires, Losada, 1945.

Mira y López, E.: *Psicología evolutiva del niño y del adolescente.* Buenos Aires, El Ateneo, 1958.

Moragas, J. de: *Psicología del niño y del adolescente.* Barcelona, Labor, 1957.

Muller, Ph.: *El desarrollo psicológico del niño.* Madrid, Guadarrama, 1969.

Murchison, C.: *Manual de psicología del niño.* Barcelona. Seix, 1955.

Osterrieth, P.: *Psicología infantil.* Madrid. Morata, 1962.

Page, H.: *El juego en la primera infancia.* Madrid. Espasa Calpe. 1954.

Piaget, J.: *La formación del símbolo en el niño.* México. F.C.E., 1966.

Piaget, J. y otros: *El lenguaje y el pensamiento del niño pequeño.* Buenos Aires, Paidós, 1965.

Piaget, J.: *La construcción de lo real en el niño.* Buenos Aires, Proteo, 1968.

Piaget, J. e Inhelder, B.: *De la lógica concreta del niño a la lógica formal del adolescente.* Buenos Aires. Paidós. 1970.

Powdermaker, L. y Grimes, M. D. y L. I.: *Cómo atender y cómo entender al niño.* Buenos Aires. Kapelusz. 1964.

Reca, T.: *Personalidad y conducta del niño. Los principios de higiene mental como normas directivas de la educación.* Buenos Aires, El Ateneo, 1969.

Redl, F. y Wineman, D.: *Niños que odian.* Buenos Aires. Paidós. 1970.

Remplein, H.: *Tratado de psicología evolutiva.* Barcelona, Labor, 1968.

Ribble, M.: *Los derechos del niño.* Buenos Aires, Nova, 1964.

Robison, Ll. E.: *Crecimiento y educación.* Buenos Aires, Paidós, 1969.

Rouma, G.: *El lenguaje gráfico del niño.* Buenos Aires, El Ateneo, 1947.

Sandström, C. L.: *Psicología del niño y del adolescente.* Madrid, Morata, 1968.

Souza Ferraz, J. de: *Psicología del niño.* Buenos Aires, Américalee, 1963.

Souza Ferraz, J. de: *Nociones de psicología del niño.* Buenos Aires, Américalee. 1958.

Spitz, R.: *El primer año de vida del niño.* Madrid, Morata, 1963.

Stone, L. J. y Church, J.: *Niñez y adolescencia.* Buenos Aires, Paidós, 1970.

Stone, L. J. y Church, J.: *El feto y el recién nacido*. Buenos Aires, Paidós, 1969.

Stone, L. J. y Church, J.: *El bebe hasta los 15 meses*. Buenos Aires, Paidós, 1969.

Stone, L. J. y Church, J.: *El niño de 15 meses a 2 años*. Buenos Aires, Paidós, 1969.

Stone, L. J. y Church, J.: *El preescolar de 2 a 5 años*. Buenos Aires, Paidós, 1969.

Stone, L. J. y Church, J.: *El escolar de 6 a 12 años*. Buenos Aires, Paidós, 1969.

Thomas, M.: *Nuestro hijo desde 0 hasta 15 años*. Buenos Aires, Guadalupe, 1968.

Wallenstein, A.: *Psicología del niño y del adolescente*. Barcelona, Herder, 1957.

Wallon, H.: *Los orígenes del pensamiento en el niño*. Buenos Aires, Lautaro, 1965.

Wallon, H.: *La evolución psicológica del niño*. Buenos Aires, Psique, 1965.

Wallon, H.: *Los estadios en la psicología del niño*. Buenos Aires, Lautaro, 1963.

Wallon, H.: *Los orígenes del carácter del niño*. Buenos Aires, Lautaro, 1964.

Watson, E. H.: *Crecimiento y desarrollo del niño*. México, Trillas, 1965.

Watson, J. B. y otros: *Las emociones del niño pequeño*. Buenos Aires, Paidós, 1965.

Werner, H.: *Psicología comparada del desarrollo mental*. Buenos Aires, Paidós, 1965.

Winnicott, D. W.: *Conozca a su niño*. Buenos Aires, Hormé, 1970.

Winnicott, D. W.: *El niño y el mundo externo*. Buenos Aires, Hormé, 1965.

Psicología del adolescente

Blaine, Ch. B. y McArthur, Ch. C.: *Problemas emocionales del estudiante*. México, Pax, 1967.

Blair, G. M. y Jones, R. S.: *Cómo es el adolescente y cómo educarlo*. Buenos Aires, Paidós, 1965.

Brooks, F. D.: *Psicología de la adolescencia*. Buenos Aires, Kapelusz, 1948.

Bühler, Ch.: *Infancia y juventud*. Madrid, Espasa Calpe, 1946.

Bühler, Ch.: *El desarrollo psicológico del niño. Desde el nacimiento a la adolescencia*. Buenos Aires, Losada, 1950.

Bühler, Ch.: *La vida psíquica del adolescente*. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1947.

Carneiro Leao, A.: *Adolescencia. Sus problemas y su educación*. México, Uteha, 1951.

Crespo, C. V.: *Psicopedagogía de la afectividad adolescente*. Buenos Aires, Kapelusz, 1963.

Cruchon: *Psicología, pedagogía del niño y del adolescente*. Madrid, Razón y Fe, 1965.

Debesse, M.: *La crisis de originalidad juvenil*. Buenos Aires, Nova, 1955.

Debesse, M.: *La adolescencia*. Barcelona, Vergara, 1956.

Debesse, M.: *Cómo estudiar a los adolescentes*. Buenos Aires, Nova, 1961.

Denney, R. y otros: *La revolución de la juventud en el mundo*. Buenos Aires, Hormé, 1969.

Engelmayer, O.: *Psicología evolutiva de la infancia y de la adolescencia*. Buenos Aires, Kapelusz, 1968.

Erikson, E. H. y otros: *La juventud en el mundo moderno*. Buenos Aires, Hormé, 1969.

Erikson, E. H.: *Identidad, juventud y crisis*. Buenos Aires, Paidós, 1970.

Fabra, María Luisa: *Los adolescentes*. Barcelona, Ed. de Cultura Popular, 1968.

Etcheverry, D.: *El adolescente y la escuela secundaria*. Buenos Aires, Eudeba, 1961.

Fau, R.: *Grupos de niños y de adolescentes*. Barcelona, Miracle, 1954.

Furter, P.: *La vida moral del adolescente*. Colombia, Biblioteca Nuevas Orientaciones de la Educación, 1968.

Gesell, A. y otros: *El niño de 11 y 12 años*. Buenos Aires, Paidós, 1967.

Gesell, A. y otros: *El niño de 13 y 14 años*. Buenos Aires, Paidós, 1967.

Gesell, A. y otros: *El niño de 15 y 16 años*. Buenos Aires, Paidós, 1967.

Gruber, A.: *La pubertad, desarrollo y crisis*. Barcelona, Herder, 1960.

Hadfield, J. A.: *Infancia y adolescencia*. Buenos Aires, Hormé, 1969.

Hogar, A. de: *Psicología de los adolescentes*. Buenos Aires, Desclée, 1965.

Hurlock, E.: *Psicología de la adolescencia.* Buenos Aires, Paidós, 1970.

Iakobson, P.: *Los sentimientos en el niño y el adolescente.* Montevideo, Pueblos Unidos, 1965.

Jersild, Arthur T.: *Psicología de la adolescencia.* Madrid, Aguilar, 1968.

Jiménez y Coria, L.: *Psicología del niño y del adolescente.* México, Fernández, 1962.

Josselyn, I. M.: *El adolescente y su mundo.* Buenos Aires, Psique, 1966.

Le Gall, R.: *Caracterología de la infancia y la adolescencia.* Barcelona, Miracle, 1954.

Mead, M.: *Adolescencia y cultura en Samoa.* Buenos Aires, Paidós, 1967.

Mendousse, P.: *El alma del adolescente.* Buenos Aires, Siglo Veinte, 1948.

Mira y López, E.: *Psicología evolutiva del niño y del adolescente.* Buenos Aires, El Ateneo, 1958.

Muuss, R. E.: *Teorías de la adolescencia.* Buenos Aires, Paidós, 1966.

Ortiz de los Ríos, L.: *Cómo entender y atender los problemas de los adolescentes.* México, Pax. 1968.

Ponce, A.: *Psicología de la adolescencia.* México, Uteha, 1960.

Rosemberg, M.: *La autoimagen del adolescente.* Buenos Aires, Paidós, 1970.

Sandström, C. I.: *Psicología del niño y del adolescente.* Madrid, Morata, 1967.

Souza Ferraz, J. de: *La adolescencia. Su psicología y educación.* Buenos Aires, Américalee, 1968.

Spranger, E.: *Psicología de la edad juvenil.* Madrid, Rev. de Occidente, 1965.

Stone, L. J. y Church, J.: *Niñez y adolescencia. Psicología de la persona que crece.* Buenos Aires, Hormé, 1970.

Stone, L. J. y Church, J.: *El adolescente de 13 a 20 años.* Buenos Aires, Paidós, 1970.

Stone, L. J. y Church, J.: *Psicología y psicopatología del desarrollo. Desde el nacimiento hasta los 20 años.* Buenos Aires, Paidós, 1969.

Thomas, M.: *Nuestro hijo desde 0 hasta 15 años.* Buenos Aires, Guadalupe, 1968.

Psicopatología y psiquiatría

Alexander, F. y Ross, H.: *Psiquiatría dinámica.* Buenos Aires, Paidós, 1958.

Alonso Fernández, F.: *Fundamentos de la psiquiatría actual.* Madrid, Paz Montalvo, 1968.

Anty, M.: *Manual de psiquiatría.* Madrid. Toray-Masson. 1967.

Bal, A.: *La atención y sus enfermedades.* Buenos Aires, Paidós, 1960.

Benedetti, G.: *El paciente psíquico y su mundo.* Madrid, Morata, 1966.

Bermann, G.: *Nuestra psiquiatría.* Buenos Aires. Paidós. 1960.

Bergier, E.: *La neurosis básica.* Buenos Aires. Hormé. 1959.

Bleuler, E.: *Demencia precoz.* Buenos Aires, Hormé, 1960.

Bleuler, E.: *Tratado de psiquiatría.* Madrid. Espasa Calpe. 1968.

Bleuler, M.: *Afectividad, sugestibilidad, paranoia.* España. Morata. 1952.

Braceland, F. y Stocks, M.: *Psiquiatría moderna.* Madrid. Gredos, 1967.

Brill, A. A. y otros: *Neurosis, sexualidad y psicoanálisis de hoy.* Buenos Aires. Paidós, 1958.

Bumke, O.: *Nuevo tratado de enfermedades mentales.* Barcelona, F. Seix, 1946.

Chauchard, P.: *La medicina psicosomática.* Buenos Aires. Paidós, 1960.

De la Fuente Muñiz: *Psicología médica.* México, Fondo de Cultura Económica, 1959.

Delgado, H.: *Curso de psiquiatría.* Barcelona, Científico-Médica, 1968.

Diethelm, K.: *Tratamiento en psiquiatría.* Buenos Aires, Paidós, 1961.

Dunbar, F. y otros: *Medicina psicosomática y psicoanálisis de hoy.* Buenos Aires, Paidós, 1958.

Flo, J. y Sambarino, M.: *Alcance y formas de la alienación.* Montevideo, Albe, 1967.

Frazier, S. H. y Carr, A. C.: *Introducción a la psicopatología.* Buenos Aires, El Ateneo, 1969.

Freud, S.: *Obras completas.* Madrid, Biblioteca Nueva, 1922-1934, 17 tomos. Buenos Aires, Americana, 1941-1945, 20 tomos.

Freud, S.: *Psicopatología de la vida cotidiana*. Buenos Aires, Santiago Rueda, 1953.

Freud, S.: *La histeria*. Buenos Aires, Santiago Rueda (Obras completas, tomo X), 1953.

Freud, S.: *Inhibición, síntoma y angustia*. Buenos Aires, Santiago Rueda (Obras completas, tomo XI), 1953.

Greenacre, P.: *Perturbaciones de la afectividad*. Buenos Aires, Hormé, 1959.

Horney, K.: *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Paidós, 5ª ed., 1960.

Knight, R. P.: *Psiquiatría psicoanalítica. Psicoterapia y psicología médica*. Buenos Aires, Hormé, 1960.

Krapf, E. E.: *Psiquiatría*. I. Buenos Aires, Paidós, 1959.

Kretschmer, E.: *Delirio sensitivo*. Madrid, Labor, 1959.

Kretschmer, E.: *Psicología médica*. Madrid, Labor, 1957.

Kretschmer, E.: *Estudios psicoterapéuticos*. España, Científico Médica, 2ª ed., 1954.

Kretschmer, E.: *La neurosis como programa de maduración*. España, Alhambra, 1954.

Lain Entralgo, P.: *Introducción histórica al estudio de la patología psicosomática*. España, Paz Montalvo, 1951.

Mayer-Gross, Slater, W. y Roth, M.: *Psiquiatría clínica*. Buenos Aires, Paidós, 1958.

Minkowski, M.: *La esquizofrenia*. Buenos Aires, Paidós, 1960.

Pavlov, I. P.: *Psicopatología y psiquiatría*. Madrid, Morata, 1967.

Ray Beynon, M.: *Revelaciones de la psiquiatría*. Buenos Aires, Sudamericana, 1955.

Reik, T.: *El masoquismo en el hombre moderno*. Buenos Aires, Nova, 1949.

Ribot, Th.: *Enfermedades de la memoria*.

Ribot, Th.: *Enfermedades de la personalidad*.

Ribot, Th.: *Enfermedades de la voluntad*.

Rof Carballo, J.: *Patología psicosomática*. España, Paz Montalvo, 1955.

Schilder, P.: *Psicología médica*. Buenos Aires, Paidós, 1961.

Schilder, P. y otros: *Psiquiatría y psicoanálisis de hoy*. Buenos Aires, Paidós, 1958.

Schneider, K.: *Patopsicología clínica*. España, Paz Montalvo, 1951.

Sluchevski, I. F.: *Psiquiatría*. España, Grijalbo, 1960.

Solé, Sagarra y Leonard: *Manual de psiquiatría*. España, Morata, 1957.

Stafford-Clark, D.: *Psiquiatría moderna*. Buenos Aires, Paidós, 1968.

Stafford-Clark, D.: *Manual de psiquiatría clínica*. Buenos Aires, Paidós, 1969.

Stone, L. J. y Church, J.: *Psicología y psicopatología del desarrollo. Desde el nacimiento hasta los 20 años*. Buenos Aires, Paidós, 1970.

Strecker, E. A.: *Manual de psiquiatría clínica moderna*. Buenos Aires, Hormé, 1960.

Sullivan, H. S.: *Concepciones de la psiquiatría moderna*. Buenos Aires, Psique, 1959.

Tramer, M.: *Psiquiatría infantil*. España, Morata, 1946.

Wolff, W.: *Introducción a la psicopatología*. México, Fondo de Cultura Económica, 2ª ed., 1960.

Wortis, J.: *La psiquiatría soviética*. Buenos Aires, El Ateneo, 1953.

Wyrsch, J.: *La personalidad del esquizofrénico*. España, Morata, s.f.

Psicología aplicada

Alvin, J.: *Músicoterapia*. Buenos Aires, Paidós, 1967.

Bergler, E.: *Psicoanálisis del escritor*. Buenos Aires, Psique, 1954.

Bernard, F.: *La psicología y sus aplicaciones*. Barcelona, Brachfeld, 1949.

Carlisky, M.: *Psicoanálisis, teatro y cine*. Buenos Aires, Paidós, 1964.

Cronbach, L.: *Fundamentos de la exploración psicológica*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1963.

Delacroix, H.: *Psicología del arte*. Buenos Aires, El Ateneo, 1951.

Eysenck, H. J.: *Usos y abusos de la psicología*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1959.

Faure, E.: *La función del cine*. Buenos Aires, Leviatán, 1956.

Friedländer, K.: *Psicoanálisis de la delincuencia juvenil*. Buenos Aires, Paidós, 1961.

Frolov, Y. P.: *Cerebro y trabajo. Aplicación de las teorías de Pavlov*. Buenos Aires, Platina, 1965.

Garma, A.: *Psicoanálisis del arte ornamental*. Buenos Aires, Paidós, 1961.

Greenacre, P.: *Estudios psicoanalíticos sobre la actividad creadora*. México, Pax, 1960.

Hadfield, J. A.: *Psicología e higiene mental*. Madrid, Morata, 1957.

Jung, C. G.: *Psicología y Religión*. Buenos Aires, Paidós, 1961.

Kracauer, S.: *Psicología del cine alemán*. Buenos Aires, Nueva Visión, s.f.

Kris, E.: *Psicoanálisis y arte*. Buenos Aires, Paidós, 1955.

Kris, E.: *Psicoanálisis del arte y del artista*. Buenos Aires, Paidós, 1964.

Kris, E.: *Psicoanálisis de lo cómico*. Buenos Aires, Paidós, 1964.

Lepp, I.: *Psicoanálisis de la amistad*. Buenos Aires, Lohlé, 1968.

Lepp, I.: *Psicoanálisis de la muerte*. Buenos Aires, Lohlé, 1967.

Lepp, I.: *Psicoanálisis del amor*. Buenos Aires, Lohlé, 1968.

Loewenstein, R.: *Estudio psicoanalítico del antisemitismo*. Buenos Aires, Hormé, 1965.

Malinowski, B.: *Estudios de psicología primitiva*. Buenos Aires, Paidós, 1963.

Racker, H.: *Psicoanálisis del espíritu*. Buenos Aires, Paidós, 1965.

Reik, T.: *Psicoanálisis aplicado*. Buenos Aires, Hormé, 1967.

Richard, G.: *Psicoanálisis y moral*. Buenos Aires, Psiqué, 1957.

Torres, M.: *Psicoanálisis del escritor*. México, Pax, 1969.

Townsed, L. R.: *La psicología en el crimen juvenil y adulto*. Buenos Aires, Troquel, 1964.

Van Der Berg, J. H.: *Psicología y fe*. Buenos Aires, Lohlé, 1963.

BIBLIOTECA DEL HOMBRE CONTEMPORÁNEO

(Continuación de la segunda página)

63 — C. R. Wright: *Comunicación de masas.*
64 — W. Köhler, K. Koffka y F. Sander: *Psicología de la forma.*
65 — I. P. Pavlov y otros: *Psicología reflexológica.*
66 — P. Janet y otros: *La psicología profunda.*
67 — J. Dewey y otros: *Herencia, conducta y motivación.*
68 — G. Sykes: *El crimen y la sociedad.*
69 — J. B. Rhine: *El alcance de la mente.*
70 — K. Friedländer: *Psicoanálisis de la delincuencia juvenil.*
71 — N. Ackerman y M. Jahoda: *Psicoanálisis del antisemitismo.*
72 — H. J. Laski: *El peligro de ser "gentleman".*
73 — B. Russell: *Misticismo y lógica.*
74 — G. Berger: *Carácter y personalidad.*
75 — M. Foucault: *Enfermedad mental y personalidad.*
76 — F. Grégoire: *La naturaleza de lo psíquico.*
77 — R. Ruyer: *La conciencia y el cuerpo.*
78 — R. Zazzo: *La psicología norteamericana.*
79 — A. Adler: *Psicología del individuo.*
80 — J. C. Flügel: *Psicoanálisis de la familia*
81 — J. D. Calderaro: *La dimensión estética del hombre.*
82 — A. Freud: *El yo y los mecanismos de defensa.*
83 — P. M. Blau: *La burocracia en la sociedad moderna.*
84 — R. K. Overton: *Psicofisiología del pensamiento y de la acción.*
85 — S. A. Greer: *Organización social.*
86 — R. A. Schermerhorn: *El poder y la sociedad.*
87 — W. Köhler: *Dinámica en psicología.*
88 — J. B. Rhine: *El nuevo mundo de la mente.*
89 — J. Bleger: *Psicoanálisis y dialéctica materialista.*
90 — A. F. C. Wallace: *Cultura y personalidad.*
91 — C. A. Seguin: *Amor y psicoterapia.*
92 — Harvey Carr, W. McDougall y G. S. Brett: *La psicología del acto.*
93 — Rollo May: *Psicología existencial.*
94 — G. W. Allport: *Desarrollo y cambio.*
95 — A. J. Heschel: *El Shabat y el hombre moderno.*
96 — N. N. Glatzer: *Hillel el sabio. Surgimiento del judaismo clásico.*
97 — S. H. Bergman: *Fe y razón.*
98 — M. Adler: *El mundo del Talmud.*
99 — B. J. Bamberger: *La Biblia. Un enfoque judío moderno.*
100 — L. Lewisohn: *¿Que es la herencia judía?*
101 — E. Kris: *Psicoanálisis del arte y del artista.*
102 — E. Kris: *Psicoanálisis de lo cómico.*
103 — R. Amadou: *La parapsicología.*
104 — S. Akhilananda: *Psicología hindú.*
105 — J. C. Flügel: *Psicología del vestido.*
106 — C. S. Hall: *Compendio de psicología freudiana.*
107 — E. Kris: *El arte del insano.*
108 — G. de Ruggiero: *Filosofías del siglo XX.*
109 — W. J. H. Sprott: *Grupos humanos.*
110 — M. Cohen: *Razón y naturaleza.*
111 — A. Binet: *Grafología y ciencia.*
112 — C. K. Ogden e I. A. Richards: *El significado del significado.*
113 — N. Abbagnano: *Existencialismo positivo.*
114 — Ch. Bühler: *El niño y su familia.*
115 — W. Bechterev: *La psicología objetiva.*
116 — W. Reich: *Análisis del carácter.*
117 — F. Alexander y T. M. French: *Terapéutica psicoanalítica.*
118 — R. Mondolfo: *Momentos del pensamiento griego y cristiano.*
119 — M. Carlisky: *Psicoanálisis, teatro y cine.*
120 — L. D. Crow y otros: *Conducta adaptada.*
121 — A. H. Maslow, L. F. Shaffer y otros: *Métodos psicoterapéuticos.*
122 — A. Tallaferro: *Curso básico de psicoanálisis.*

BIBLIOTECA DEL HOMBRE CONTEMPORÁNEO

(Continuación de la página anterior)

123 — H. Racker: *Psicoanálisis del espíritu.*
124 — J. R. Musso: *En los límites de la psicología.*
125 — J. Parkes: *Antisemitismo.*
126 — S. Schapiro: *El liberalismo.*
127 — H. J. Eysenck: *¿Conoce su cociente intelectual?*
128 — G. N. M. Tyrrell: *La personalidad del hombre.*
129 — L. Pérez: *Muerte y neurosis.*
130 — L. Bender, A. H. Maslow y otros: *Trastornos mentales y emocionales.*
131 — G. N. M. Tyrrell: *Apariciones.*
132 — F. S. Keller: *Aprendizaje.*
133 — J. Parkes: *Historia del pueblo judío.*
134 — Paul Schilder: *Tratado de psicoterapia.*
135 — W. Ebenstein: *El totalitarismo.*
136 — A. Adler: *El carácter neurótico.*
137 — H. Werner, y otros: *El método experimental en psicología y psicoanálisis.*
138 — J. P. Weber: *La psicología del arte.*
139 — J. P. Nafe y otros: *La psicología estructural.*
140 — E. V. Salerno: *Fundamentos de la sexología.*
141 — J. Kogan: *El lenguaje del arte. Psicología y sociología del arte.*
142 — R. Aron: *La sociología alemana contemporánea.*
143 — L. P. Thorpe y otros: *La personalidad y sus tipos.*
144 — M. Polanyi: *El estudio del hombre.*
145 — L. S. Kubie: *Psicoanálisis. Aspectos prácticos y teóricos.*
146 — P. A. Bertocci, M. Mead y otros: *Psicología de la personalidad.*
147 — E. R. Balken y otros: *Psicología, semántica y patología del lenguaje.*
148 — E. R. Guthrie y otros: *Las funciones psicológicas.*
149 — K. Dunlap y F. C. Sumner: *Psicología y psiquiatría de la religión.*
150 — John Watson: *Teorías del placer. Su significado y su historia.*
151 — W. Odajnyk: *Marxismo y existencialismo.*
152 — José Bleger: *Psicohigiene y psicología institucional.*
153 — J. F. Brown y otros: *Sistemas de psicología.*
154 — H. Kohn: *Nacionalismo. Su significado y su historia.*
155 — R. H. Wheeler y otros: *Clima, raza y comportamiento.*
156 — H. N. Nissen y otros: *Psicología y psicopatología animal.*
157 — G. S. Blum: *Teorías psicoanalíticas de la personalidad.*
158 — H. M. Johnson, J. C. Flügel y otros: *Naturaleza, cultura y personalidad.*
159 — R. E. Muuss: *Teorías de la adolescencia.*
160 — J. M. Baldwin: *Historia de la psicología* (Vol. I).
161 — J. M. Baldwin: *Historia de la psicología* (Vol. 2).
162 — F. R. Alonso y A. Rezzano: *La novela y la sociedad argentinas.*
163 — D. H. Yates y otros: *Psicoterapia y psicohigiene.*
164 — Bela Mittelmann: *Breve tratado de medicina psicosomática.*
165 — E. R. Balken y otros: *Neurosis, psicopatía y psicosis.*
166 — L. L. Thurstone y otros: *Medición de la inteligencia, la aptitud y el interés.*
167 — E. Brunswik y otros: *Los marcos de referencia en psicología.*
168 — E. Lindemann y otros: *Neuropsicología.*
169 — R. K. Merton, T. Parsons y P. F. Lazarsfeld: *La sociología contemporánea: I. Teoría y metodología sociológicas.*
170 — S. M. Lipset, B. Barber y otros: *La sociología contemporánea: II. Sociología de las instituciones.*
171 — A. Inkeles, T. M. Newcomb y otros: *La sociología contemporánea: III. El grupo y la persona.*
172 — K. Davis, G. Sjoberg y otros: *La sociología contemporánea: IV. Demografía y estructura social.*
173 — A. K. Cohen, M. B. Clinard y otros: *La sociología contemporánea: V. Sociología aplicada.*
174 — W. F. Hill: *Teorías contemporáneas del aprendizaje.*

BIBLIOTECA DEL HOMBRE CONTEMPORÁNEO

(Continuación de la página anterior)

175 — Ari Benami: *El problema judío en la Unión Soviética.*
176 — J. G. Peatman y otros: *La psicología aplicada y el psicólogo.*
177 — I. Progoff: *La psicología de C. G. Jung y su significación social.*
178 — A. Bayet: *Historia de la libertad de pensamiento.*
179 — J. Cazeneuve: *Sociología de la radio-televisión.*
180 — K. Young, J. C. Flügel y otros: *Psicología de las actitudes.*
181 — M. Mead: *Adolescencia y cultura en Samoa.*
182 — K. Popper: *La sociedad abierta y sus enemigos.* 2 tomos.
183 — W. Stern, G. W. Allport y otros: *Aportaciones a la psicología de la personalidad.*
184 — H. Rosinski: *El poder y el destino humano.*
185 — A. Montagu: *La revolución del hombre.*
186 — P. J. Reynaud: *La psicología económica.*
187 — H. M. Johnson y otros: *Sociología de la producción y el consumo.*
188 — H. M. Johnson y otros: *El cambio social.*
189 — W. J. H. Sprott y otros: *Psicología y sociología del líder.*
190 — K. Young y otros: *La opinión pública y la propaganda.*
191 — E. V. Salerno: *Ginecología psicosomática.*
192 — H. W. Brosin, M. Mead y otros: *Ciencias del hombre. Influencias y aplicaciones.*
193 — W. J. H. Sprott y K. Young: *La muchedumbre y el auditorio. Su psicología y sociología.*
194 — H. M. Johnson y W. J. H. Sprott: *Sociología y psicología social del grupo.*
195 — Talcott Parsons y otros: *Sociología de la religión y la moral.*
196 — R. May, S. Schachter y otros: *La angustia normal y patológica.*
197 — W. Stern, G. W. Allport y otros: *El conocimiento de sí mismo y de los demás.*
198 — G. W. Allport, O. Fenichel y otros: *Psicología y psicoanálisis de los rasgos del carácter.*
199 — G. Ryle y otros: *Psicología de la motivación.*
200 — O. Fenichel y otros: *Psicología profunda del carácter.*
201 — Jean Cazeneuve: *Felicidad y civilización.*
202 — E. V. Salerno: *La frigidez sexual de la mujer.*
203 — A. Garma: *Psicoanálisis de los ulcerosos.*
204 — B. Canal Feijóo: *La leyenda anónima argentina.*
205 — A. Haber: *Un símbolo vivo.*
206 — K. Young: *Psicología social y aprendizaje de la interacción.*
207 — K. Young: *Psicología social de la personalidad.*
208 — K. Young: *Psicología social del grupo, del líder y de los seguidores.*
209 — K. Young: *Psicología social de la muchedumbre y de la moda.*
210 — K. Young: *Psicología social de la opinión pública y de los medios de comunicación.*
211 — K. Young: *Psicología social de la propaganda.*
212 — K. Young: *Psicología social del prejuicio.*
213 — K. Young: *Psicología social de la revolución y de la guerra.*
214 — M. Aberastury: *La Organización Internacional del Trabajo en la política mundial.*
215 — S. C. Kohs: *Las raíces del trabajo social.*
216 — H. Racker: *Estudios sobre técnica psicoanalítica.*
217 — J. Kogan: *Arte y metafísica.*
218 — J. Itzigsohn: *Una experiencia judía contemporánea.* Memorias y reflexiones.
219 — D. K. Stewart: *Psicología de la comunicación.*
220 — G. Bychowski: *Anatomía del odio y de la violencia.*
221 — H. Arvon: *El anarquismo.*
222 — E. Fromm: *El Dogma de Cristo.*
223 — E. Fromm: *La condición humana actual y otros temas de hoy.*
224 — R. Frondizi: *El yo como estructura dinámica.*